

Bajo su PROTECCIÓN

LA FAMILIA CONSTELLA

LEONA WHITE

BAJO SU PROTECCIÓN

LEONA WHITE

Copyright © 2024 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 Creado con Vellum

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

La familia Constella Serie

Bajo su Protección

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta

ÍNDICE

Blurb

1. Dante
2. Nina
3. Dante
4. Nina
5. Dante
6. Nina
7. Dante
8. Nina
9. Dante
10. Nina
11. Dante
12. Nina
13. Dante
14. Nina
15. Dante
16. Nina
17. Dante
18. Nina
19. Dante
20. Nina
21. Dante
22. Nina
23. Dante
24. Nina
25. Dante
26. Nina
27. Dante
28. Nina
29. Dante
30. Nina
31. Dante
32. Nina

BLURB

Una deuda que cambiará mi vida.
Un salvador de cabellos plateados.
Un amor prohibido que podría destruirnos a ambos.

Con 22 años, estoy huyendo por mi vida.
Perseguida por un despiadado club de motociclistas.
Desesperada. Sola. Sin opciones.

Hasta que él me reclama.

Dante Constella. 49 años. Jefe de la mafia. El peligroso deseo personificado.
Mi protector. Mi tentación. Mi perdición.

¿Nuestra única salida? Una relación falsa que rompe todos los límites.
Su poder me protege. Mi inocencia desarma a sus rivales.
Debería ser simple. Sin complicaciones.

Pero no lo es.

Un roce enciende mi cuerpo en llamas.
Un beso promete deleites pecaminosos que no puedo resistir.
Con cada momento, nuestra farsa se derrumba.

A medida que los enemigos nos rodean y las sombras se ciernen, el destino interviene:

Llevo su hijo.

Ahora, no solo está en juego la pasión, sino nuestra supervivencia.
En el mundo de Dante, el amor es una sentencia de muerte.
¿Podrá lo que empezó como una farsa convertirse en nuestra salvación?
¿O será nuestro vínculo prohibido nuestra caída final?

“Bajo Su Protección” es un romance oscuro y ardiente de diferencia de edad, protagonizado por un dominante hombre de cabello plateado, una heroína joven y audaz, y una relación falsa que se convierte en un incendio de deseo. Prepárate para secretos familiares letales, un embarazo inesperado y un amor que desafía todas las probabilidades.

Solo para lectores adultos; esta historia intensa y apasionada te dejará sin aliento.

1

DANTE

Romeo estaba sentado en una silla, esperando que nuestra reunión comenzara. No levantó la vista cuando me acerqué. En su lugar, mantuvo su mirada seria fija en su teléfono, sin duda obsesionado con los detalles de un acuerdo comercial que supervisaría. Le di a mi único hijo libertad absoluta en la familia. La organización de la Mafia Constella siempre había sido dirigida por los patriarcas de la familia, y algún día, sería el turno de Romeo de estar al frente de todo.

Pero no todavía.

Hice una mueca mientras cruzaba el patio. "¿No es demasiado temprano para verte tan abatido?", pregunté, con un toque de sarcasmo, mientras me acercaba a una silla y la jalaba hacia atrás.

Bien. Demasiado con las pesas hoy.

Él sonrió de medio lado, entrecerrando sus ojos azules por el intenso brillo del sol. Mientras deslizaba sus gafas de sol para cubrirlos, soltó una risa. "¿Y no eres demasiado viejo para pensar que puedes manejar tanto en el gimnasio?".

No le respondí. Aunque no era vanidoso, estaba orgulloso de cuidarme, y eso incluía una meticulosa rutina de ejercicios. Esa era también la razón por la que definitivamente debería haber sabido que no debía cargar tanto peso tan pronto. Había ignorado la regla general de aumentar un diez por ciento semanalmente, y ahora lo pagaría. Estirando los brazos por encima de la cabeza, solté un ligero quejido. "Uno tiene la edad que siente".

"Y supongo que te sientes mayor de tus cincuenta".

Le lancé una mirada mientras me acomodaba en la silla. "Cuidado". Este otoño cumpliría cincuenta, pero no lo temía. Había sobrevivido más que mi padre, quien a su vez había sobrevivido más que mi abuelo. En nuestro mundo, la mortalidad corría del lado escaso. Prosperábamos con la violencia y nos enfrentábamos a cualquier peligro. Tenía la intención de mantener mi posición como el Jefe durante muchos años más. Romeo lo sabía, y por eso estaba seguro de que solo estaba bromeando.

Y su intento de humor era bienvenido. Desde que asumió la responsabilidad por la muerte de tres de nuestros soldados, Constella, Romeo había estado amargado y resentido. Luchaba por sobreponerse a la culpa del sobreviviente, y esperaba que con el tiempo pudiera relajarse y dejar atrás ese desafortunado incidente. Cuanto antes todos superáramos la guerra contra los Domino, mejor. El polvo aún se asentaba tras ese gran drama en nuestro mundo, pero con cada día que pasaba, las cosas comenzaban a calmarse nuevamente.

“Perdón por llegar tarde”, dijo Franco mientras se apresuraba a cruzar el patio. Detrás de él, dos fuentes ornamentadas tintineaban y vertían agua. A mi izquierda, la piscina brillaba quieta, suplicando que saltara a nadar. No era tarde para una fiesta, el propósito para el cual este lujoso espacio al aire libre había sido diseñado; solo era una pequeña reunión.

“No lo estás”, le dije al hombre. A pesar de que era un primo lejano, seguía siendo un empleado de la organización. Sin Franco, Romeo y yo tendríamos dificultades para seguir al tanto de la dirección de los muchos negocios del imperio Constella. Este fornido culturista era nuestro capo de mayor rango, y nunca lo disciplinaría por llegar tarde. Yo mantenía una agenda ocupada, pero no sabía cómo manejaba él la suya.

“Tuve que deshacerme del ‘invitado’ otra vez”. Puso los ojos en blanco mientras se sentaba, enfatizando esa palabra con comillas en el aire.

“¿Quién?”. Miré entre mi hijo y mi capo.

“¿Quién más?”, murmuró Romeo, guardando su teléfono en el bolsillo.

Fijé mi mirada expectante en Franco, quien suspiró pesadamente.

“Vanessa Giovanni”, respondió con desgano, como si no quisiera molestarme con su nombre.

Maldita sea. Mientras miraba hacia la casa, casi esperando que la mujer apareciera, hice un esfuerzo por contener una mueca. Intenté y fallé.

“No te preocupes. Ya se fue”, nos aseguró Franco.

“Por esta vez”, comenté. Vanessa era joven y hermosa. Sexy. Astuta. Y completamente indeseada en mi casa.

“Hemos tenido a los guardias atentos a su auto en la entrada”, dijo Franco.

Romeo resopló. “Lo cual, claramente, ya descubrió, porque cada vez que pasa por aquí, viene en un auto diferente”.

Negué con la cabeza, perdiendo un poco el enfoque mientras observaba el agua ondular sobre el borde de una concha tallada en la fuente. Hace años, me hubiera sentido halagado. Mi primera esposa murió hace treinta años, y esas tres décadas desde entonces habían sido solitarias. Claro, me acostaba con quien quería, pero me había faltado una verdadera compañía por demasiado tiempo. Mi trabajo, gestionando y construyendo todos los negocios de Constella, me servía como una distracción del hecho de que era soltero. Vanessa no ocultaba su interés en mí, pero lo proyectaba de una manera tan depredadora que me alejaba.

“Podrías simplemente acostarte con ella y acabar con esto de una vez”.

Entrecerré los ojos hacia Romeo. “Ni de broma. Solo intentaría aferrarse más”.

Franco se quitó las gafas de sol, afortunado de estar sentado a la sombra. “¿Crees que va tras de ti? ¿O tras el dinero y el nombre?”.

Romeo rió. “Probablemente todo lo anterior”.

No estábamos aquí para charlar sobre lo atractivo que podría ser para una mujer como Vanessa. Ella era despampanante por derecho propio, y muchos hombres babearían por tener una oportunidad con ella. Como la hija mayor de la familia Giovanni, otra organización mafiosa, ella tenía su propia fortuna familiar y un nombre influyente.

O tal vez ya no lo tiene. Franco tenía un buen punto. “¿Qué tan mal le fue a Stefan con la caída de los Domino?”.

“¿Financieramente?”.

Asentí.

“No puedo darte un número. Nadie lo dirá con certeza, pero según mi mejor estimación, perdió bastante al aliarse con los Domino”. Franco miró a Romeo, quien asintió.

“Stefan perdió producto, hombres y mucho dinero invertido que no recuperará”, añadió

Romeo. “Al apoyar a la familia Domino, Stefan estuvo a punto de quiebra”.

Y lo había estado, con creces. Hace solo un par de meses, la familia del crimen Domino se encontraba en pleno conflicto bélico. Después de ser derrotados y eliminados, sus amigos también sufrieron, incluyendo a Stefan. Esa era la mayor razón por la que era cauteloso con mi antiguo amigo. Stefan y yo fuimos cercanos, verdaderos amigos cuando éramos jóvenes e ingenuos. Desde su alianza con los ahora extintos Domino, no estaba seguro de poder volver a confiar en él.

Franco aclaró la garganta. “Si Stefan está enviando a su hija aquí para engañarte, entonces…”.

Negué con la cabeza. Dudaba mucho que ese fuera el caso.

Romeo también negó con la cabeza. “Vanessa lo perseguía desde antes de que los Giovanni apoyaran a los Domino”.

Vanessa nunca había sido tímida respecto a su interés en mí. “No va a engañarme”. Solo me molestaría, aparecería sin ser solicitada ni invitada, y haría pública su obsesión. Su desesperación no la pondría por encima de cualquier otra mujer que tuviera su vista puesta en mí. Lo único que hacía era que yo fuera aún más cauteloso de bajar la guardia. Sería agradable encontrar una mujer con quien pasar tiempo de calidad, pero no quería lidiar con Vanessa mientras tanto. La mujer simplemente no entendía el significado de la palabra no.

“Por supuesto que no”, dijo Romeo. “Nadie nos va a engañar, a ninguno de nosotros, nunca más”.

Franco y yo intercambiamos una mirada ante el sombrío comentario de mi hijo. Parecía que llevaría su culpa a la tumba. Aunque había sido víctima de engaños y mentiras por parte del traidor que provocó la muerte de nuestros soldados en el enfrentamiento con los Domino, el incidente no era culpa de Romeo.

Sugerirle que lo dejara pasar solo despertaría más emociones, y era simplemente demasiado temprano en el día para eso. “Especialmente no con Stefan”, dije. “No confío en él desde el final del poder de los Domino en la ciudad”.

“Ha estado actuando extraño”, dijo Franco, “pero no me sorprende. Su asociación con los Domino es algo que todos recordarán por un buen tiempo”.

Incluyéndome a mí. Cuando conocí y me casé con mi esposa, siendo un joven de dieciocho años, era amigo del heredero del nombre Giovanni. Éramos dos jóvenes, príncipes de la Mafia, nacidos con el conocimiento de que heredaríamos un gran poder.

“Aunque fueron aliados hace mucho tiempo”, dijo Franco, “mantendremos un ojo en él. Y en su hija”.

“No éramos aliados en ese entonces. No habíamos llegado al poder para formar alianzas. Solíamos ser solo… amigos”.

“Con Henry Bardot, también”, dijo Romeo, mencionando otro nombre de mi pasado. “Quien, por cierto, falleció recientemente”.

Le presté toda mi atención. “¿Henry está muerto?”. Se había metido en el ejército mientras Stefan y yo tomábamos el control de los negocios familiares. Habían pasado años desde que vi a mi mejor amigo, pero asumí que permanecería en el servicio hasta su último aliento. “¿Lo mataron en combate en el extranjero?”.

Romeo asintió, pero sacudió la cabeza y levantó un dedo. “No en combate. Escuché que lo dieron de baja y terminó directo en cuidados paliativos”.

“¿Quién te lo dijo?”, preguntó Franco, siempre interesado en rastrear hechos, no rumores.

“Ricky”, respondió Romeo, mencionando al único hijo de Henry. “Lo vi en las salas de juego

hace un par de meses y conversamos un poco. Mencionó que Henry tenía cáncer, y vi que había fallecido".

"Maldita sea". Me froté la mandíbula, pensativo por esta noticia. Henry tenía más o menos mi edad, y esto me golpeó fuerte. Era demasiado joven para estar muerto, eso era seguro. Vivir una vida en combate tenía que haberlo envejecido, pero mi vida no me había tratado diferente. Estaba expuesto al peligro y a las peleas constantemente, y aún seguía aquí. "No puedo recordar la última vez que hablamos". Debió haber sido hace bastantes años, durante una de sus visitas a casa cuando vino a ver a su hijo y a su hija. Nunca me importó mucho Ricky, pero tampoco lo impedí de venir a las salas de juego sobre el asador que poseíamos. Y su hija, demonios, no la había visto desde que era una niña. Una chica tranquila, estudiosa, que rara vez decía más que un hola al pasar.

"Oye, esas cosas pasan", dijo Franco sobriamente, levantando las manos. "La gente desaparece. Se distancian". Lo dijo como si hablara por experiencia.

Es la verdad, sin embargo. Los tres, Henry, Stefan y yo, habíamos sido cercanos alguna vez. Antes de que nuestras vidas y carreras nos cambiaran, pasábamos mucho tiempo juntos. Luego Henry se unió al ejército y se quedó allí. Yo me enfoqué en tomar el control de la organización Constella cuando mataron a mi padre, y Stefan siempre había tratado de competir, tomando las decisiones equivocadas en el camino y esperando que nuestra amistad fuera un recurso en el que pudiera apoyarse.

"Y la vida es demasiado corta para eso". Fruncí el ceño ante la gravedad de mis propias palabras. Estaba lejos de ser viejo, como mi hijo solía bromear. Incluso si lo fuera, ya había hecho planes para el futuro. Romeo era un buen hijo, un príncipe de la Mafia que me enorgullecía. Algún día, sería él quien lideraría la familia aquí. No yo. Nunca me gustó pensar demasiado en mi mortalidad, pero al escuchar que Henry había fallecido, me vi obligado a pensar en el futuro.

Solo Romeo me lloraría. No tenía más hijos. No tenía esposa. Y me disgustaba la sensación de soledad en esos hechos. Odiaba la idea de pasar el resto de mi vida así, atado a mi trabajo y manteniéndome lo más en forma posible antes de que mi cuerpo me traicionara al empezar a decaer.

"¿Demasiado corta para qué?", preguntó Franco, levantando las cejas. "¿Demasiado corta para dejar que la gente se vaya por su cuenta?". Se encogió de hombros. "Así es como va".

Siempre hacía comentarios así, pero no podía identificar quién lo había lastimado. Tampoco era el momento de averiguarlo.

Me enderecé y respiré hondo. "¿Hay algo más?". Estábamos de acuerdo en que la vida era demasiado corta, y lo sentía profundamente en mis huesos. Nunca podría apagar esta urgencia de moverme y hacer las cosas. Había demasiado que supervisar y lograr dentro de mi tiempo limitado, también. Mientras liderara la organización Constella, haría todo lo que pudiera para asegurar un futuro sólido para Romeo y sus hijos. Para todas las generaciones que vendrían después de la mía.

Nuestras reuniones de día por medio eran una rutina que aseguraba que todos estuviéramos al tanto de cualquier cosa importante. Pero los temas de hoy empeoraron mi humor. La leve tensión en mis músculos agotados también me molestaba.

"Se acerca la Gala Sarround", dijo Franco mientras me ponía de pie.

Asentí. "Sí, sí, sí". *Esa maldita fiesta solo sirve para hablar de negocios.*

Romeo también se levantó. "No puedo decir que estoy de humor para una fiesta".

Esperaba que algún día lo estuviera. No podía vivir con esa culpa para siempre.

“Pero Dante, si no piensas llevar a Vanessa”, dijo Franco, caminando hacia adentro con nosotros, “tal vez deberías asegurarte de conseguir una cita para mantenerla alejada”.

¿Ahora tenía que buscar una cita? No tenía tiempo para eso. Con un gesto de la mano, descarté la idea de volver a buscar una mujer.

2

NINA

Apreté el nudo con más fuerza en mi delantal de mesera. Mirando con furia a mi ‘hermano mayor’, apreté los dientes y descargué mi frustración en el tejido burdeos del delantal.

“Ricky”, comencé.

“No”. Sacudió la cabeza, haciendo que su cabello castaño, algo largo, cayera sobre su frente de nuevo. “No uses ese tono conmigo, Nina”.

Suspiré, tratando de encontrar alguna reserva oculta de paciencia. No tenía ninguna. “Ricky, no seas idiota”.

“Deja de regañarme”, respondió al vuelo, demostrando que éramos unos maestros en las discusiones. Estoy segura de que muchos hermanos pelean, pero ninguno tiene que lidiar con un tonto como mi hermano.

“No te estoy regañando. Te estoy diciendo que te vayas a casa”.

Él puso los ojos en blanco y se robó un panecillo de una bandeja que pasó cerca.

Tessa, mi mejor amiga, le golpeó la mano. “No dejes que te atrapen comiendo mientras trabajas”.

Con la boca llena, le sonrió. “Yo no estoy trabajando. Tú sí”.

Tessa y yo no solo éramos amigas. También trabajábamos juntas. Ella era la hermana que nunca tuve, y sabía que podía contar con ella para educar a mi hermano.

“Sí”. Movió el dedo de un lado a otro para señalar que ambas estábamos vestidas con nuestros uniformes del Hound and Tea, listas para pasar horas de pie toda la noche, sirviendo en el restaurante de carnes. “Nosotras estamos trabajando. Porque tenemos trabajo”.

“Y porque tenemos un trabajo y un poco de sentido común financiero”, dije mientras le daba un golpe en el pecho con mi dedo, “¡deberías escucharnos!”.

Él gimió.

“Subir a apostar no es sentido común”, dijo Tessa más fuerte.

Solo teníamos un poco de tiempo en nuestro descanso. Supongo que tuve ‘suerte’ de que Ricky hubiera parado aquí de camino a las salas privadas de juego, que eran totalmente ilegales. Papá rara vez visitaba, pero cuando lo hacía, era momento de que los ‘chicos’ se reunieran, y lo hacían allá arriba. Nunca había pasado un solo minuto en el segundo piso de mi trabajo, y nunca quise hacerlo.

“Todo se trata de suerte, Tessa”, intentó convencer Ricky, como si fuera un tipo encantador y sofisticado. No lo era.

“No, no lo es”. Crucé los brazos. “Ya te has gastado todo el dinero que papá nos dejó en su

testamento.”

“Me lo dejó a mí, hermanita”. Me señaló la frente con un dedo. “No a ti. Me lo dejó a mí”.

Le di un golpe en la frente con la palma de la mano, haciendo que se quejara. “No. Nos lo dejó a los dos, pero como tú eres el mayor, se suponía que debías dividirlo entre nosotros”.

“Bueno, lo recuperaré todo”. Sonrió como el idiota que era, siempre confiado en que la vida mágicamente daría un giro. Solía pensar que era una ilusión. Un mecanismo de defensa. Nos crio nuestra abuela vieja y cascarrabias mientras nuestro papá estaba en el ejército, y ella era pésima para hacer o mantener dinero. Nuestra madre se fue después de que yo nací, y a papá le importaba más estar presente para el ejército que para nosotros. Ricky y yo no crecimos con la mejor base, y supongo que su inclinación a tomar riesgos y apostar era un producto de eso.

“Ricky”, dijo Tessa con tono exasperado, “ya estabas en deuda antes de que tu papá muriera. Ahora solo estás más endeudado, perdiendo todo lo que te dejó”. Entrecerró los ojos hacia él. “Y sabes que la mitad de eso era para Nina. ¿Qué te hace pensar que tu supuesta suerte mejorará esta noche?”.

Me cubrí la cara con la mano. “No lo alientes”.

“No lo hago. Solo señalo que nunca va a tener suerte. ¡Nunca!”.

Él se rió. “Prepárense para tragarse sus palabras, chicas”.

Golpeé mis puños contra los costados. “¡No lo haremos! No es una cuestión de suerte. ¡Se trata de probabilidades! ¡Las estadísticas!”.

“Como si supieras”, se burló. “Todo lo que haces es leer y actuar como una perdedora que se queda en casa”. Se frotó las uñas contra la parte delantera de su camisa. “No te preocupes. Tengo esto controlado. Tengo una idea que lo va a recuperar todo”.

No quiero ni saber. “Una idea”, respondí con sarcasmo.

“Sí”. Su sonrisa se ensanchó, arrogante y estúpida. “Y es genial”.

“¿Tú? ¿Un genio?” Tessa se burló.

Él frunció el ceño. “Oye”.

“Ricky, no subas ahí y apuestes ni un centavo más”. Me moví para bloquearlo y que no saliera del pequeño rincón del descanso en la cocina del Hound and Tea. Tessa notó que intentaba físicamente detenerlo de subir las escaleras.

“Hay otras formas de volver a estar en una posición sólida”, le aconsejó.

Él endureció su rostro en una mueca de desprecio. “¿Ah, sí? ¿Lo dices por experiencia?”

Abrí la boca, indignada. “Cállate”. Eso fue innecesario, echándole en cara su situación así.

“¿Qué?”, Ricky se encogió de hombros, fingiendo inocencia. “Es verdad. Ella es tan pobre como nosotros siempre hemos sido, antes o después de que papá nos dejara algo de dinero”.

Apreté los dientes, preguntándome cómo este tipo podía compartir mis genes. Era un imbécil. “No importa. No puedes usar eso en su contra”.

Tessa levantó la mano para callarme. “No me importa. Puede decir lo que quiera. No cambia el hecho de que yo… que nosotras… sabemos de lo que estamos hablando. Subir ahí a apostar no es la solución”.

Asentí, agradecida por mi amiga. “Exactamente”.

A Ricky no le impresionó. “Ah, entonces, ¿qué se supone que hagamos? ¿Esperar diez años más para que tú, como mesera, recuperes una fracción de lo que perdí por casualidad?”.

“*¿Perdiste por casualidad?*”. Me enfurecí, entrando en su espacio personal, lista para golpearlo. “No *pasó nada*. No es un desastre natural que nos golpeó. Elegiste apostar. Tomaste la decisión de tirarlo todo. ¡Cada centavo que has tocado, lo has tirado en nombre de la maldita suerte!”.

Él puso los ojos en blanco, enderezándose. “No lo entiendes”.

“Entiendo que no tienes ni idea, Ricky. Estás completamente desorientado, y nunca aprenderás. Deberías haberme dejado manejar la cuenta una vez que estuvo limpia”.

Sacudió la cabeza rápidamente. “¿Qué? No. Yo soy el hombre de la familia ahora”.

Me reí. Comenzó como una risa ligera, se transformó en una carcajada y terminó en una risa histérica. “Nunca has sido el hombre de la familia. Nunca has intentado mantener un trabajo más de un mes, ¡y desperdicias todo lo que gano mientras trato de cuidarte!”.

“Entonces te lo devolveré esta noche”, gruñó. “Confía en mí”.

Solté una risa seca. “No puedo. No hay manera de que pueda confiar en ti”.

Él se inclinó más cerca, se erguía sobre mí y trataba de usar su altura para intimidarme. “Qué mal. Vas a tener que aprender a confiar en mí esta noche”.

“Ricky, solo vete a casa, ¿de acuerdo?”. Tessa le empujó el hombro para sacarlo de mi cara. “Ve a casa, tómate una cerveza y echa una siesta o algo. Solo mantente fuera de esas salas de apuestas”.

Este intercambio me recuerda a una famosa cita de *El Padrino*: ‘La suerte no es suficiente; se necesita inteligencia para sobrevivir’. Ricky está atrapado en la ilusión de que la suerte resolverá sus problemas, pero como decía Marco Aurelio, “el arte de vivir se asemeja más a la lucha que a la danza”.

Él se echó hacia atrás y se puso las manos en las caderas. “Nunca lo van a entender. Ninguna de las dos. Siempre van a pensar que pueden decirme qué hacer. Que tienen el control de las decisiones por aquí”.

“¡Debería ser yo!”, grité, sin importarme quién me escuchara. “Debería estar a cargo de todas las decisiones sobre nuestro futuro”.

“Demasiado tarde”, espetó él.

“Nina, ¿Tessa?”, gritó nuestro supervisor desde el fondo de la cocina. “¡Pónganse a trabajar! Su turno empezó hace cinco minutos”.

Ricky sonrió con suficiencia y aplaudió dos veces. “Vamos, chicas. Trabajen duro. Esclavícense por unas miserables monedas mientras yo voy a hacer una fortuna”. Se dio la vuelta y se fue caminando hacia las escaleras.

Me quedé ahí, fulminándolo con la mirada hasta que desapareció.

Tessa suspiró y me empujó el brazo. “Vamos. Manos a la obra”.

“Lo odio”, murmuré, y lo decía en serio, aunque no del todo.

“Está bien, pero no tiene sentido intentar meterle sentido común a golpes”. Inclinó la cabeza para que la siguiera.

Tenía razón. Ricky era un caso perdido. Sin esperanza. Todo lo que podía hacer era esconder mis propinas en algún lugar donde no las encontrara ni las usara. Todo lo que papá nos dejó se había ido, y no veía cómo alguna supuesta idea genial suya lo sacaría de su deuda grave y lo haría salir adelante.

Durante todo mi turno, no podía pensar en otra cosa. En cuánto detestaba a mi hermano, lo irónico que era que él, siendo el mayor de los dos, pudiera afectar mi parte de lo que me correspondía, y lo terrible que era que se adueñara de lo que me pertenecía.

También me invadió la culpa. Me despreciaba a mí misma por estas circunstancias, porque en verdad lo amaba como a un hermano. Era mi familia, la única familia que me quedaba. Cuando Ricky y yo visitábamos a papá en el hospicio para veteranos, papá me hizo prometer que cuidaría de él, plenamente consciente hasta su último aliento de que Ricky no era el tipo más brillante.

¿Pero cómo puedo cuidarlo si se lleva y pierde hasta el último centavo que hemos tenido?

"Mejorará", me aconsejó Tessa de manera vaga cuando tuvimos un momento para limpiar mesas más tarde.

"No veo cómo".

"Yo sí sé cómo".

Le lancé una mirada de incredulidad.

"Podrías encontrar un *sugar daddy*. O casarte con algún tipo rico y viejo por dinero". Sonrió ampliamente, burlándose.

"No voy a venderme de esa manera".

Ella se rió, apilando platos que el ayudante de mesero era demasiado flojo para recoger. "¿Por qué no?".

"¿Cambiar mi independencia y dignidad por qué? ¿Lamerle las bolas flácidas a un viejo por un ingreso?".

Su cara se arrugó mientras reía más fuerte. "Creo que ahora estás describiendo la prostitución".

Me encogí de hombros, deseando poder sentirme lo suficientemente despreocupada como para unirme a sus risas. "Deberías considerarlo tú misma". Alcé una ceja, observando su mueca.

"Para evitar que tus padres te presionen a casarte con Elliot".

Ella fingió una arcada. "Por favor. Ni siquiera menciones su nombre".

Su reacción a ese nombre siempre era la misma. Nunca entendí bien los detalles, pero desde que Tessa era adolescente, parecía que sus padres se habían metido en la cabeza que tenía que casarse con el hijo de sus amigos. "No pueden esperar realmente que vayas a cumplir con eso, ¿verdad?".

Ella se encogió de hombros. "Prefiero no pensarlo".

Negué con la cabeza mientras ordenaba las cosas para llevarlas al lavaplatos. "Estás hablando tonterías, de todas formas. ¿Casarte con un hombre rico y viejo?". Saqué la lengua. "No, gracias. No puedo decir que la idea del matrimonio me atraiga en absoluto".

Sonriendo más, me acompañó de vuelta a la cocina. "Tienes razón. No tengo prisa por tener a un hombre que me diga qué hacer o que tome decisiones por mí".

Suerte que no tienes un hermano como el mío, entonces.

Asentí hacia ella. "¿Quién necesita a los hombres, eh?".

"Nosotras no", celebró, poniendo todo el entusiasmo posible en su voz.

3

DANTE

Aunque el Hound and Tea generara ventas mediocres, el edificio era demasiado rentable para considerar cerrarlo. Las salas de juegos privadas y ultrasecretas en el segundo y tercer piso del edificio generaban cantidades significativas de dinero. También servía como un terreno común para que los hombres hablaran libremente. Se cerraron innumerables acuerdos comerciales en estas salas. Yo mismo había arreglado múltiples transacciones y acuerdos a través de sus mesas.

No pasaba a menudo por las salas. A veces, Romeo disfrutaba supervisar lo que sucedía allí, y esta noche, me uní a él y a Franco. La mayoría de los hombres eran conocidos míos de todos modos, y aquellos que no lo eran caían en la categoría de mis enemigos. Merecían una mirada más cercana.

Stefan Giovanni estaba sentado en la esquina, hablando con un par de capos, y ya no estaba seguro de cómo clasificarlo.

Tan pronto como llamó mi atención, levantó el mentón en señal de reconocimiento.

Luché contra el impulso de fruncir el labio en señal de molestia. En lugar de darme la vuelta, caminé más cerca para saludarlo. Si tenía la intención de convertirse en mi enemigo, era mejor mantenerlo cerca.

"¿Qué te trae por aquí?", preguntó Stefan después de saludarnos.

¿Además del hecho de que este es mi maldito establecimiento? Mantengo las manos en los bolsillos, fresco y distante, mientras me encojo de hombros. "No hay razón específica". ¿Qué te trae por aquí? Más concretamente, quería saber por qué tenía tanta curiosidad acerca de mis acciones. ¿Estaba tratando de hacerme un seguimiento?

"No hemos charlado en un tiempo", dijo, casi tan indiferente como yo había hablado.

"Soy un hombre ocupado, Stefan", respondí mientras notaba que Franco me llamaba para que me acercara a él. "Disculpa". Asentí a los hombres con los que estaba y me fui a hablar con mi capo.

"¿De qué se trataba eso?", preguntó cuando llegué a él en uno de los muchos pequeños bares. Mantuvo su voz en un susurro, y ambos escondimos nuestras bocas detrás de nuestras copas.

"¿A qué te refieres?".

Él arqueó una ceja. "Parecías irritado".

Mierda. No estoy ocultando mis emociones muy bien. Era un maestro en disfrazar mis reacciones y mostrar un rostro en blanco. Cuando el aburrimiento se infiltraba, o cuando me volvía inquieto por alguna razón, tendía a flaquear. "Lo estoy. Porque si ese idiota está aquí, su

hija también lo estará".

Él sorbió su whisky. "Hmm. Pensé que tal vez habrías oído".

"¿Sobre qué?".

"Que Giovanni estaba apostando con un tramposo". Inclinó la cabeza hacia un lado. "Romeo y otro croupier atraparon a algún idiota haciendo trampa".

Los tramposos no podían durar mucho aquí. Me había llevado demasiado tiempo y requería demasiado dinero establecer uno de los lugares de juego más importantes. No permitiría que los tontos arruinaran nuestra reputación.

"Me encargaré de él yo mismo", dije, ansioso por la oportunidad de infligir algo de dolor. Tal vez eso era todo lo que necesitaba, una oportunidad para desahogar y liberar esta energía reprimida que no podía explicar.

"Ten cuidado", advirtió Franco. "Lo hice apartar. Está en la sala de arriba".

Asentí. El cuarto piso estaba reservado para retener a las personas… aquellos atrapados aquí y en otros lugares. En una organización grande como la de Constella, necesitábamos múltiples lugares para almacenar a las personas, tanto muertas como vivas.

"¿Por qué la precaución, entonces?". No era la primera vez que torturaba a un idiota que se atrevía a romper las reglas en mi territorio.

"Él está con el MC".

Apreté la mandíbula. Estaba enfermo y cansado de oír hablar de ese club de motocicletas. Los Hermanos del Diablo era un nombre estúpido, y los hombres que formaban parte de la 'organización' parecían aún más estúpidos, despiadados y propensos a la violencia, pero inferiores a la clase que manteníamos entre las viejas familias del crimen. Estaban intentando ser los nuevos en el barrio. Hasta ahora, habían hecho bastante al matar casi a todos los Domino. Pero no eran bienvenidos más allá de ese punto. Y definitivamente no estaban invitados a estas salas de juego… mis salas de juego.

"¿Quién lo dejó entrar?", exigí.

Franco sacudió la cabeza. "Romeo está preguntando a los hombres en la puerta. Parece que tal vez se colaron disfrazados, pero no hay manera de confundir al tramposo con uno de esos hombres del MC".

Genial. Eso es simplemente jodidamente genial. Si fuera a torturar a uno de sus hombres, estaría haciendo una declaración en su contra. Reaper, el llamado Presidente del club, usaría cualquier cosa como excusa para pelear. No los temía, pero definitivamente no quería el dolor de cabeza de tener que lidiar con ellos directamente.

"Gracias". Incliné la cabeza en señal de reconocimiento y dejé mi vaso vacío sobre la barra.

Él me agarró del brazo antes de que me alejara para decir: "Si quieres apoyo, solo di la palabra".

Solté una risa burlona. Esto no era un asunto para reírse, sin embargo. "Esto es una tontería. ¿Tener que caminar sobre cáscaras de huevo y tener cuidado de no enojar a los recién llegados?". Levanté las cejas, desafiándolo a discutir conmigo.

"Sé a qué te refieres. Pero con la forma en que decimaron a la familia Domino…". Se encogió de hombros.

"Los Constella han gobernado en esta ciudad por más de un siglo. Un grupo de motociclistas idiotas no va a cambiar eso".

Lo dejé con esa declaración y busqué a mi hijo. Tal vez torturar a este tramposo ayudaría a sacarlo de su sentimiento de culpabilidad. La violencia no siempre era la respuesta, pero para bastardos oscuros como nosotros, a veces ayudaba a mejorar nuestro estado de ánimo.

Antes de que pudiera localizar a Romeo, alguien más llamó mi atención. Vanessa. Se acercó a mí en un pasillo estrecho entre las salas, y suspiré. El ruido se ocultaba con la música y el murmullo en todo el piso, pero no me habría importado si me hubiera oído o no. Aunque no quería causar una escena porque aborrecía el drama, le había dicho a esta joven mujer "no" suficientes veces que se volvía irritante repetirlo.

"Mi respuesta no ha cambiado", le dije con seriedad.

"Dante". Se acercó para presionar un beso en mi mejilla. "Es tan bueno verte de nuevo". Sin detenerse allí, empeoró su saludo con un abrazo torpe y unilateral que terminó sintiéndose como un agarre pegajoso y de cuerpo completo. Resistí un escalofrío, pero no pude ocultar una mueca mientras me liberaba de su abrazo.

"Ha pasado demasiado tiempo desde que tuve un momento para hablar contigo". No se rindió fácilmente. A continuación, tomó mi mano. Sus dedos eran demasiado delgados y fríos como el hielo, casi como si fuera un molde helado de persona. Con un tirón forzado, intentó llevarme hacia otra sala que estaba más tranquila.

"Y tampoco tienes un momento ahora". Deslicé mi mano y la metí en mi bolsillo, decidido a evitar que me agarrara de nuevo. "Estoy ocupado, Vanessa".

Ella era sorda o simplemente ignorante. "¡Oh! Me encanta cómo dices mi nombre". Pegándose a mí, me rodeó el cuello en un abrazo. La maniobra empujó sus tetas falsas contra mi pecho, y con la rapidez con la que se acercó a mí, casi tropiezo hacia atrás. No la animaría. No pondría mis manos sobre ella y accidentalmente le daría una maldita pizca de esperanza. Cuando deslizó sus labios sobre mi cuello, besándome y gimiendo mientras se frotaba contra mí, mi impaciencia estalló. Mi molestia se transformó en rabia.

"Basta". La empujé. Una vez que la tuve a la distancia de un brazo, con los codos bloqueados para que no intentara acercarse, esperé hasta que me mirara a los ojos para que viera cuán en serio era. "No más, Vanessa".

Su sonrisa seguía suelta y torcida, y no era la primera vez que pensaba que estaba intoxicada. Probablemente por cocaína o pastillas, ya que no olía a alcohol. La había visto esnifando líneas antes. No era mi problema, y no lo haría mío.

"No estoy interesado".

Aun así, ella sonrió como una lunática. "Claro que sí". Arrastró sus dedos a lo largo del bajo escotado de su vestido, incitándome a mirar su mercancía. Ya las había visto. Me las había mostrado antes, en una fiesta, y no cambiaría mi respuesta.

Esta mujer no solo estaba obsesionada con follarme. Estaba obsesionada con salirse con la suya, y me había convertido en su objetivo.

Estaba cansado de que me coqueteara tan abiertamente. En verdad, era estúpido rechazarla. Sus pechos eran falsos, pero más que un puñado. Su piel era suave y tensa. Su rostro era joven y seductor. Era el sueño húmedo de cualquier hombre, pero no me hacía nada. Tal vez si no fuera tan insistente. Si fuera un desafío, podría haber sentido curiosidad. Disfrutaba de la caza y del tira y afloja de la tensión sexual. Con ella, no había nada de eso.

"No estoy interesado", repetí mientras la soltaba. Mi eco severo debió tener un impacto porque no se lanzó sobre mí de nuevo. Poniendo un puchero ligeramente, me miró hasta que me di la vuelta.

Reanudé mi búsqueda de Romeo. Si alguien debía acompañarme para torturar a ese tramposo, debería haber sido él. Las salas estaban llenas, sin embargo, y caminar de una a otra no era tarea fácil. No ayudaba que me detuvieran constantemente, a veces solo para saludar, otras veces para evitar discusiones más profundas para las que no estaba de humor aquí o ahora.

Aunque el salón de juegos estaba lleno de hombres y sus acompañantes, aún no era un codo a codo. Podía deslizarme lo suficientemente bien, pero evitar a Vanessa era otro obstáculo. Ella me seguía, siempre de alguna manera a la vista, y estaba tentado a rendirme por completo.

A este ritmo, solo quería salir de allí. Al encontrar a Franco de nuevo, le dije lo mismo. "Que se joda. Tú puedes encargarte del hombre que llevaste arriba". Podía torturar al hombre que se atrevió a hacer trampa aquí.

"Hey, también te estaba buscando. Giovanni ha estado preguntando dónde está ese hombre del MC".

Fruncí el ceño. "¿El que estaba haciendo trampa?".

Él asintió.

Interesante. Si Stefan estaba tratando con hombres del MC que hacían trampas… *¿Qué significa eso?* ¿Estaba necesitado de dinero y quería ganar unos cuantos dólares rápidos? ¿Estaba tan desesperado por dinero que apostaba y se hacía amigo del enemigo que le hizo perder tanto en primer lugar? Todo el concepto de mantener a los amigos cerca, pero a los enemigos más cerca a menudo rivalizaba con el principio de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Los Hermanos del Diablo arruinaron a la familia Domino. Y Stefan alineó a la familia Domino con el financiamiento y apoyo de la familia Giovanni. Ahora que los motociclistas habían terminado con el dominio de los Domino…

¿Qué demonios estás planeando, Stefan?

Me di la vuelta, buscando a mi antiguo amigo, y vi la cara sonriente de Vanessa mientras se acercaba a través de la multitud.

Maldita sea. Pasé la mano por mi cabello, gruñendo de frustración. Estaba cansado de esta tontería. Al menos por esta noche. "Tú encárgate", le sugerí a Franco. "Porque yo me voy de aquí".

Notó que Vanessa venía directo hacia mí. Después de darme una palmada en el hombro, que se unió a su empujón para que fuera detrás de él y saliera, suspiró. "Vamos. Yo evitaré que te persiga. Pero, por el amor de Dios, hombre. Ve y acuéstate con alguien o algo. Deja que otra mujer haga una reclamación sobre ti, incluso temporalmente, para que esta se eche atrás".

Solté una risa oscura. "Ni siquiera estoy seguro de que eso funcionaría". Le di una palmadita en la espalda en respuesta y me apresuré a salir.

4

NINA

Al final de mi turno, visiones de quemar mis zapatos pasaban por mi cabeza. Estos zapatos de vestir eran viejos, casi sin amortiguación en la suela, y ya era hora de reemplazarlos. Con el tiempo que tenía que estar de pie sirviendo en el Hound and Tea, reemplazar mi calzado era una necesidad, aunque una necesidad que no se atendería. No con la mala situación económica en la que estaba.

Cuando papá falleció, Ricky y yo estábamos aturdidos. Primero, porque papá sabía sobre el cáncer, pero eligió ocultarlo. Luego, porque quería pasar los últimos días de su vida lejos de nosotros, sirviendo hasta donde pudiera. Nos avisaron demasiado tarde, después de su baja, y solo lo vimos un poco cuando estaba en el hospicio.

No mentiría. Me alegré de verlo sin dolor después de todo ese sufrimiento que había ocultado. Y cuando nos dijeron la cantidad que nos dejaría, que no era una gran fortuna, pero para nosotros era un buen dinero, me emocionó que, aunque había sido tan egoísta al no estar allí como padre, nos dejara algo después de su muerte.

"Pero no está allí", susurré para mí mientras terminaba de limpiar las mesas de mi sección y reflexionaba sobre la muerte de papá. Ricky se había encargado de la rápida desaparición de todo lo que nuestro padre nos dejó, y no estaba segura de poder perdonarlo. Si quería perder su parte, bien. Yo habría sido responsable con la mía.

"¿Hey, Nina?".

Hablando del diablo.

Me giré lentamente para enfrentar a mi hermano mientras entraba en el comedor. El Hound and Tea ya estaba cerrado, y sin clientes aquí, a mi supervisor no le importaría si él entraba.

"Hola". Estuvo a punto de salir de mi boca una disculpa por cómo le había hablado antes, pero la parte lógica y terca de mí no lo permitiría. Necesitaba un amor duro. Tenía que escuchar que no se le podía confiar dinero. Más que nada, tenía todo el derecho a decirle lo enojada que estaba por haber perdido mi parte de lo que papá nos dejó.

"¿Ya terminaste aquí?", preguntó.

Tessa ya se había ido. Su papá vino a recogerla, pero no estaba dispuesto a esperar a que terminara sus tareas. Me ofrecí a quedarme y limpiar su sección, ya que yo caminaba a casa cada noche, lo que significaba más castigo para mis pobres pies cansados.

Ricky nunca se ofrecía a llevarme. Solía quedarse en casa, ya fuera jugando videojuegos o haciendo algo que solo él sabía. Aunque compartíamos un apartamento, nuestra relación se sentía más como la de simples compañeros de cuarto que como la de una verdadera familia.

Siempre discutimos sobre dinero. Hasta que él cambiara, ese seguiría siendo nuestro principal motivo de conflicto. Me negaba a ceder, ya que estaba haciendo todo lo posible para evitar que termináramos sin un techo sobre nuestras cabezas.

El hecho de que estuviera aquí ahora, preguntando si había terminado de trabajar, encendió alarmas. "¿Qué te importa?".

"Eh, tengo un favor que pedirte".

Dejé caer mi cabeza hacia atrás y gemí hacia el techo. *Debes estar bromeando.* "¿Un favor?", respondí con tono serio mientras lo miraba de nuevo. "¿Quieres pedirme un favor?"

Él se sobresaltó al ver cómo levanté la voz.

"No… no necesito tus propinas". Bajó la mirada y se mordió el labio.

¿Eh? Eso era algo nuevo. Crucé los brazos. "¿No necesitas mi dinero?". Sí, claro. Que mi hermano rechazara la oportunidad de pedirme dinero no tenía sentido. Implicaba que tenía su propio dinero, y eso era una tontería.

"Sí". Se aclaró la garganta, y me puse tensa.

Mierda. Eso son dos señales ahora. Ricky probablemente era un mal apostador porque era demasiado fácil de leer. Primero, se mordió el labio, ahora se aclaraba la garganta. Estaba nervioso.

"¿Qué está pasando?". Sabía que lo que dijera a continuación serían malas noticias.

"Sabes, eh, ¿recuerdas que te mencioné a ti y a Tessa que tenía una idea?".

Fruncí el ceño. "Dijiste que tenías una idea 'genial'".

"Bueno, en realidad… salió mal".

Imagina eso. No me sorprendió. Algo más me llenó. Bajé los brazos. Ellos, junto con mis piernas, se sentían pesados de terror. "¿Qué pasó?". *¿Salió mal cómo, exactamente?*

"Perdí…". Se pasó las manos por el cabello y se apretó los mechones mientras me miraba, los ojos entrecerrados por el miedo.

¿Qué más hay de nuevo? Incliné la cabeza hacia un lado. "¿Perdiste…?".

"A tí".

Un largo momento pasó entre nosotros. Pesaba en el aire, cargado de confusión por mi parte. ¿Me perdió? ¿Qué significaba eso? Lo mejor que podía suponer era que finalmente estaba experimentando un momento de reflexión donde aprendía que ya había tenido suficiente de él. Que estaba a una fracción de milímetro de cortar todos mis lazos con él, mi única familia. ¿Estaba tratando de reconocer que nuestro vínculo fraternal se había roto debido a nuestra última discusión? ¿Que finalmente estaba harta de sus tonterías y lista para dejarlo?

"¿Qué significa eso?". Retorcí el paño de cocina en mis manos, necesitando girar algo para liberar un poco de la tensión que burbujeaba dentro de mí.

"Te perdí". Se aclaró la garganta de nuevo. "En… una apuesta".

Mis ojos se abrieron tanto que dolió. El shock me atravesó, haciendo que mi ritmo cardíaco se acelerara. Respiré más rápido con inhalaciones superficiales que no ayudaban. "¿Qué dijiste?".

"Pensé que podía apostar sobre…". Hizo un gesto hacia mí. "Ti".

Abrí y cerré la boca, atónita y sin palabras.

"Lo siento, Nina".

"No". El shock se desvaneció, reemplazado por furia. "No. No lo hiciste". Pasé corriendo a su lado, apurada por huir. No quería ni siquiera mirarlo a la cara.

"Nina, espera". Me siguió fuera del comedor, a través de la cocina, y hacia el área donde las escaleras llevaban a la parte trasera del edificio. "¡Nina!".

Me di la vuelta para enfrentarle mientras me agarraba la muñeca. “¡No!”

Sus dedos se cerraron con fuerza mientras me acercaba. El olor a alcohol salía de su aliento, y lo miré con desdén. Bebiendo con mi dinero. Apostando con mi vida. La ironía me mataba. Sacudí la cabeza, esforzándome por comprender cómo este monstruo era mi hermano. Mi familia.

“No puedes hacer eso”.

“Dije que lo siento”.

“¿Lo sientes?”, lo grité, tan confundida por lo que decía que me retrasé en reaccionar físicamente mientras él me tiraba hacia arriba por las escaleras. En el angosto pasillo de las escaleras, no tenía suficiente espacio para girar y correr. La gente subía y bajaba, causando demasiado tráfico para que pudiera escapar. Incluso si hubiera tenido plena capacidad mental en ese momento, habría sido un desafío liberarme de él y realmente escapar. En mi estado, me encontraba tan aturdida que todo a mi alrededor pasaba como un borrón.

“Esto no es… Esto es… No. Este tipo de cosas no pasan en la vida real”. En las películas, claro. La realidad era diferente. Era ridículo pensar que esto se desarrollaría como él imaginaba.

“Aposté por ti, Nina. Y perdí”. Hizo una mueca como si admitir que había perdido doliera más que la audacia de haber apostado por mí.

“Siempre pierdes, Ricky. Todo el maldito tiempo. Pero esto…”. Sostuve el marco de la puerta para evitar que me arrastrara al aterrizaje del segundo piso. “No. La gente no apuesta por humanos. Esto no va a funcionar”.

Tiró de mi brazo con tanta fuerza que mi hombro se torció dolorosamente. Mi hermano era un hombre delgado, pero tenía cierto grado de fuerza sobre mí. Me forzó a entrar, y aún con los dedos bloqueando mi muñeca, se inclinó más cerca para gruñirme.

“Lo hará. Este tipo de cosas sí pasan aquí. No es un maldito casino, Nina. Es una apuesta privada. Y la gente aquí sí negocia con personas”.

Oh, mierda. Oh, no. El pánico se apoderó de mí, y empujé sus dedos que me mordían el brazo, esforzándome por deshacerme de ellos. “No. No, Ricky. Esto no está pasando”.

“¡Ya pasó! Perdí la apuesta. Y ahora tienes que irte con…”. Miró por encima del hombro. “Con ellos”.

Me quedé quieta, bloqueándome tan fuerte que todos los músculos de mi cuerpo dolían de una vez. “¿Con ellos?”. Fruncí el ceño, sin querer ni saber. “¿Con quién?”.

Rompiendo el contacto visual nuevamente, eso solo me hizo sentir más nauseabunda. Tenía que ser alguien malo, alguien realmente malo si él estaba tan incómodo.

“Con… el presidente”.

Fruncí los ojos. “¿Qué?”.

“El presidente. Del club”.

Lo miré fijamente, esperando que sus palabras encajaran. “¿De este club de apuestas?”.

“No. Los Constella son los dueños de este lugar”.

El tenue recuerdo de uno de los viejos amigos de papá no me tranquilizaba en lo más mínimo.

“Los Hermanos del Diablo”, aclaró. “Ese club”.

Me sorprendí, incapaz de ocultar mi total shock. “¿El club de motocicletas?”. Los conocía. Reconocía los parches cosidos en sus chaquetas de cuero. Los veía pasar en sus motos. Todos ellos eran tipos desaliñados, con exceso de músculos y aspecto agresivo. “¿Me perdiste en una apuesta con alguien del maldito MC?”.

“No solo con alguien”. Miró nuevamente por encima del hombro. “Con su presidente. Su

líder… Reaper”.

Mi rabia alcanzó su punto máximo y se desbordó. La furia me recorría, llenándome de una energía desenfrenada, lista para atacar. Golpeé, abofeteé y pateé con todo lo que tenía, sin pensar conscientemente en cada movimiento. “¿Me perdiste en una apuesta con alguien llamado Reaper? ¿Estás loco?”.

En cualquier otra circunstancia, habría puesto los ojos en blanco ante la idea de que mi hermano pensara que podía apostar sobre mí. Como si un humano fuera una cosa que poseer y negociar. Que pudiera ser propiedad de alguien y entregada en una transacción de deuda. Para personas normales, ordinarias y respetuosas de la ley, habría sonado ridículo.

¿Pero un club de motocicletas? ¿Un MC que se rumorea que trafica con mujeres y niños, sin mencionar drogas y armas y quién sabe qué más?

Esto era real. La ‘genial’ idea de Ricky no era una broma, sino una deuda tangible y actual que mantener.

Luchar contra él no le hizo daño, pero en mi reacción instantánea de atacarlo, de golpearlo por la pura estupidez de lo que intentaba, gané mi libertad. Fue demasiado lento para bloquear una patada en la espinilla, y cuando se encorvó y se agachó por el impacto, aflojó su agarre en mi muñeca.

En el segundo en que sus dedos me soltaron, salí corriendo, hacia el salón de juegos, a través de los pasillos y alrededor de las esquinas. Escabulléndome entre las multitudes de gente, traté de esconderme y alejarme de Ricky lo mejor que pude, pero había tantas malditas personas aquí. Cada una de ellas contribuía a esta claustrofobia creciente que me mareaba.

Conversaban y reían. Bebían y apostaban. Algunas de las camareras mayores del Hound and Tea estaban trabajando aquí como meseras, llevando bandejas de comida y alcohol.

Me detuve, indecisa sobre hacia dónde dirigirme entre todas estas habitaciones lujosamente decoradas, impregnadas de riqueza y elitismo. En la esquina de otro pasillo, vi a dos hombres de aspecto más descuidado y los identifiqué instantáneamente como mis nuevos dueños. Hombres del MC Hermanos del Diablo. No llevaban sus chaquetas, pero eran reconocibles, de todos modos. Lo supe cuando levantaron sus teléfonos y miraron hacia atrás a mí, como si estuvieran comparando mi presencia con una imagen en sus pantallas.

“Esa es ella”, dijo uno al otro.

Su amigo asintió, y ambos me siguieron.

“Joder”, susurré. “No”.

Me di la vuelta y corrí, pero no llegué lejos. Chocar contra un cuerpo duro como una roca fue una forma brutal de detener mi carrera. Dedos firmes se envolvieron alrededor de mis brazos superiores, pero estas manos no eran ásperas ni posesivas. Este hombre fuerte simplemente me atrapó del choque, evitando que me estrellara contra el suelo.

Los aromas de sándalo y cedro flotaban de él mientras levantaba mi rostro de su pecho vestido. Mientras mi corazón golpeaba con fuerza, levanté la mirada para observar a este hombre alto que me había atrapado. Su agarre en mis brazos no era fuerte; no me retenía a la fuerza. Sin embargo, con los tipos del MC acercándose, me sentía atrapada y vulnerable, sin importar hacia dónde corriera o si me quedaba.

“¿Estás bien?”.

Oh, Dios. Tenía uno de esos barítonos ásperos y rasposos, tan profundo y grave, lleno de autoridad. Tragué saliva, tratando de entender por qué su voz me parecía tan familiar. Al mirar hacia arriba en el rostro rudo y atractivo de Dante Constella, supe por qué.

Habían pasado años desde la última vez que lo vi. Muchos años. Aunque se veía más viejo,

lo reconocí con un confuso e instantáneo golpe de familiaridad reconfortante.

"¿Nina?". Frunció los ojos marrones. La sorpresa y la incredulidad se reflejaban en su rostro delgado. "¿Nina Bardot?".

Asentí, inmediatamente a la defensiva. "No viniste al funeral de mi papá". Era el reproche más tonto y lamentable al que podía aferrarme, pero era el detalle más reciente que atravesaba el pánico que me invadía.

Parpadeó, no herido y aceptando mi excusa de saludo. "No fui. Lamento haber estado fuera por negocios y solo enterarme de su muerte más temprano hoy".

Ahora no importaba. Nada importaba. Una sensación de fatalidad se filtró a través de mí, casi arraigándome al lugar. Nada importaría en mi vida nunca más. Ni este increíblemente sexy hombre acariciando mis brazos con los pulgares, casi como un pensamiento inconsciente sobre el que no tenía control. Ni el shock de volver a ver este rostro del pasado, aquí, así. Ni la falta de respeto por no asistir al funeral de uno de sus viejos amigos.

Todo en lo que podía concentrarme era en el tiempo que se escapaba. Mi libertad terminaría tan pronto como esos hombres del MC me alcanzaran. Mi idiota hermano me había entregado a motociclistas paganos. Y no había una sola maldita cosa que pudiera hacer al respecto.

Dante me miraba, pareciendo superar su sorpresa al encontrarme. Se pasó la punta de la lengua por el borde de los labios y frunció el ceño. "¿Nina?".

Me sobresalté, parpadeando aturdida mientras absorbía todas las características rudas de su rostro atractivo. "¿Hmm?".

"Espero que no estés demasiado ocupada", dijo.

No pude evitar reír incrédulamente ante ese chiste. *Ocupada corriendo por mi vida, tal vez.*

Con un ligero movimiento, me instó a acercarme a su cálido cuerpo, tan elegante en ese traje a medida. "¿Te gustaría salir de aquí y ponerte al día?".

Me fijé en la promesa de sus palabras. *Salir de aquí.* Eso era todo lo que quería. En un trance, cautelosa al pensar que su repentina aparición era demasiado buena para ser verdad mientras mi vida se desmoronaba, asentí. "Sí".

Tenía que escapar. Necesitaba alejarme de esos motociclistas hasta que pudiera encontrar un paso lógico para detener este desastre de arreglo que se estaba formando.

Él bajó sus manos de mis brazos, y antes de que pudiera perderlo entre la multitud, tomé una de las suyas con rapidez.

Mientras miraba mis dedos enlazados con los suyos, tragué y traté de no sonar como si estuviera suplicando. "Sí, por favor. Me encantaría ponerme al día".

5

DANTE

¿Ponernos al día?

Hablar era lo último que tenía en mente.

Algo en la intensidad de su agarre en mi mano me molestaba. No estaba aferrándose a mí; bueno, sí lo estaba. Pero no era con la misma impaciencia empalagosa que Vanessa mostraba hacia mí.

Rara vez daba la bienvenida a las mujeres que intentaban acercarse a mí. Prefería la caza. El desafío. Todos los altibajos de la tensión y trabajar por lo que quería para disfrutar mejor de los trofeos y recompensas.

La hija de Henry me apretó la mano desesperadamente, con audacia, pero con un grado de determinación que bordeaba el miedo.

Antes de guiarla por la habitación, escaneé mis alrededores. Rindiéndome a la búsqueda de Romeo, noté que Franco estaba tratando con algunos hombres. Luego, otros capos a cargo. Todo estaba bien aquí. Franco podía manejar a ese idiota de MC que estaba haciendo trampa.

Como jefe, podía ir y venir a mi antojo, y ahora mismo, quería salir de aquí con Nina.

“Vamos”, le dije, apretando mi mano alrededor de la suya. Ella era delicada, pequeña y frágil, pero sentí la aspereza de su piel desgastada en las yemas de sus dedos.

Ella no respondió, y mientras la guiaba por la habitación, llevándola conmigo, no ofreció ninguna señal de resistencia a lo rápido que la estaba sacando de allí.

¿Ponernos al día?

Con su mano en la mía, me electrificó un extraño y repentino cosquilleo de lujuria. Si la mera sensación de este contacto mínimo, su mano en la mía, podía despertarme así, imaginé que un toque más pleno, más desnudo de ella contra mí, sería aún mejor.

Ponerse al día con ella era una mentira. Nunca la había conocido realmente antes. Felicité a Henry y a su ex, Alison, cuando nació Nina. Un par de veces, cuando Henry estaba en casa entre giras, los visitamos y tuve vislumbres fugaces de la tranquila y estudiosa chica que era Nina entonces.

No la conocía. No en aquel entonces, mientras crecía. Y no me atrevería a suponer que sabía una sola cosa de ella ahora, aparte de reconocerla como la hija de Henry. Conciliar a la chica que apenas recordaba con la exquisita joven que era ahora… no podía. Era imposible.

“Por aquí”, le ofrecí cuando pareció apresurarse justo detrás de mí.

No pasó desapercibido que estaba ansiosamente de acuerdo con esta farsa de ‘ponernos al día’. Dudaba que recordara algo sobre mí, aparte del hecho de que su padre me conocía, y aun

así, aquí estaba, lista para irse conmigo.

"¿A dónde…?". Aclaró su voz temblorosa, y de inmediato me puse en alerta por lo incómoda que sonaba. "¿A dónde vamos?".

Su sentido común prevaleció, pero quizás demasiado tarde. Ya estábamos afuera, caminando hacia mi auto.

Me encogí de hombros. "¿Quieres dar una vuelta un rato?".

Ella levantó su rostro hacia el mío. Iluminada por las farolas detrás del edificio Hound and Tea, estaba rodeada de sombras y una tenue luz dorada. Y jodidamente hermosa. Capté la cautela en sus ojos, y no sabía cómo interpretarla. Estaba dispuesta a escapar de esas habitaciones abarrotadas conmigo, pero tenía su guardia arriba.

¿Está enojada porque no fui al funeral de su padre?

Esa era la única cosa reciente que podía tener en mi contra. No nos conocíamos. Habíamos sabido el uno del otro, indirectamente.

Y quería cambiar eso de la peor manera mientras desaceleraba cerca de mi auto.

Quería familiarizarme con cada centímetro decadente de su sexy cuerpo. Cada curva. Toda la piel suave y lisa de sus generosos pechos, su diminuta cintura. La miraba a los labios, luchando contra el impulso de probarlos y morderlos por el premio de su suspiro. Y su cabello, esa gruesa trenza brillante. Resistía la necesidad de agarrarla y mantenerla en su lugar mientras empujaba mi polla en su boca y…

Ella aclaró la garganta, entrecerrando los ojos con sospecha. El sonido me sacó de mi ensueño, y me reprendí por mostrar lo mucho que la deseaba.

La observé levantar las cejas mientras nos deteníamos en la puerta del pasajero, mirándonos intensamente en una tensión que se estaba cocinando en silencio. Me incliné para agarrar el tirador para ella.

"Después…".

La puerta del edificio se abrió de golpe detrás de nosotros, y mientras un grupo de hombres ruidosos intentaba salir del estrecho espacio a la vez, puse los ojos en blanco. Franco y los guardias de seguridad definitivamente tenían sus manos llenas esta noche. Parecía que eran más de esos idiotas de los Hermanos del Diablo, y me preguntaba si ya era hora de darles una advertencia para que se largaran de aquí. En mi territorio.

Nina no estaba tan distraída. Mientras yo me giraba para mirar la puerta, ella se escabulló y abrió la puerta por sí misma. Sus dedos se cerraron sobre los míos mientras tiraba de la manija. En el siguiente momento, su cuerpo se alejó, impidiéndome disfrutar de la cálida y delgada curva de la parte baja de su espalda, donde habría puesto mi otra mano.

Ya estaba en el auto, tirando de la puerta para cerrarla cuando miré de nuevo a los hombres que salían del edificio.

Vaya.

No me lo estaba imaginando. Nina estaba un poco fría conmigo, no dejándome ser el caballero y abrirle la puerta. Pero no importaba por ahora. Ella estaba en mi auto, y mientras rodeaba el vehículo para entrar por el lado del conductor, consideré la pura estupidez de pedirle que pasara tiempo conmigo.

La deseaba. Desde el segundo en que chocó conmigo, una necesidad carnal profunda me llenó. Pero esta era la hija de Henry. La hija de mi mejor amigo. Esto no estaba bien, sin importar cuánto nos hubiéramos distanciado Henry y yo a lo largo de los años.

Me subí al auto de todos modos, sin perder un segundo para acelerar con ella en el asiento del copiloto. En el espacio limitado del auto, su fragancia me abrumaba. Algo limpio pero dulce,

mezclado con su aroma, intoxicante en su totalidad. Había estado con innumerables mujeres atractivas antes, pero algo en Nina me atrapaba.

"Interesante encontrarte ahí, en un lugar como ese", dijo ella.

"¿Cómo así?", levanté una ceja hacia ella mientras entraba en un estacionamiento cerca de las salas de juego. No estaba seguro de a dónde llevarla. Lo único que se me pasaba por la mente era llevarla a casa y follármela duro, pero eso no resolvería nada más que rascar un picor obstinado, este deseo que surgía rápidamente y era fuerte por ella.

"Acabo de enterarme esta noche de que los Constella eran dueños de ese edificio".

Puse el auto en modo de estacionamiento, mirando su uniforme. "Yo soy el dueño".

Ella se giró para mirarme. "Entonces, eres mi jefe. ¿Ese es el negocio que te mantuvo tan ocupado que no pudiste pasar por el funeral de mi papá?".

Frotándome la mandíbula, consideré si estaba haciéndose la tonta o realmente era tan ignorante. "Henry y yo solíamos ser mejores amigos en el pasado".

Ella se rió. "Antes de que dejara de mantenerse en contacto con todos, quieres decir".

"Nos distanciamos", coincidí.

"Eso no es excusa para no asistir a su funeral".

Mantuve mi mirada severa sobre ella. "No lo es". Si estaba tratando de provocar una pelea conmigo, no iba a ir lejos en este tema. Me sentía mal por no haber ido al funeral de Henry. "Me siento mal por no haber sido informado".

Ella puso los ojos en blanco, desafiante pero no infantil con ese gesto juvenil. "Demasiado ocupado siendo dueño de Hound and Tea. Entiendo".

"¿De verdad?", pregunté. Antes de que pudiera responder, renuncié a resistirme a su atractivo. En la privacidad del auto estacionado, oliendo su dulzura y deseando poder inclinarme y tocarla, me sentía débil. Demasiado débil para mi gusto. No permitía que las mujeres tuvieran poder sobre mí, nunca, así que salí y caminé alrededor del auto para abrirle la puerta. Ella se unió a mí, de pie fuera del auto disfrutando del aire fresco y tranquilo de este lote vacío.

"¿Lo entiendes?", la estudié. "No somos extraños…".

"¿Cómo no somos extraños? No te he visto desde que Romeo y Ricky compartieron una fiesta de cumpleaños".

Hice las cuentas. Recordando la única vez que mi hijo compartió las celebraciones de cumpleaños con el hijo de Henry, su hermano, calculé que habían pasado casi veinte años desde el recuerdo que mencionó. Sus cumpleaños estaban cerca uno del otro, y combinamos esfuerzos para celebrar a los chicos esa vez. Dieciocho años. Se sentía como si hubiera sido hace demasiado tiempo. Pero exhalé aliviado de que Nina no era la chica que parecía. Ahora tenía veintidós años, completamente desarrollada en su figura de mujer.

"Pero Henry sabía qué tipo de negocios supervisaba". Dejé que el silencio persistiera entre nosotros, incitándola a estar de acuerdo o a discutir ese punto. Ella simplemente frunció los labios y miró hacia otro lado.

"Prefiero apoyarme en el principio de que la ignorancia es felicidad". Levantando su rostro para sonreírme, agregó, "Y no es como si me hubiera encontrado contigo a lo largo de los años".

Asentí. "Es interesante que nos hayamos cruzado esta noche, sin embargo".

Su ceño se frunció. "No estaba allí para trabajar".

Era una novedad para mí que ella también trabajara en el restaurante de abajo. "Tengo mis manos en muchos negocios, Nina. No sabía que eras empleada en el steakhouse".

Ella se encogió de hombros, desestimando ese detalle. "No es como si fuera a volver ahora".

Me acerqué más, seguro de que mi primera corazonada era correcta. Cuando me chocó y

luego saltó a la oportunidad de salir de allí, me pregunté si estaba tratando de esconderse. Demonios, yo también. Estaba ansioso por alejarme de Vanessa y Stefan. Ahora, con la amarga broma de Nina, quería saber por qué sonaba tan molesta.

"¿Qué pasa?". Cuando ella abrió la boca, la interrumpí. "Y no me digas que estás molesta por mi ausencia en el funeral de Henry". Dudaba que eso fuera. Algo más estaba sucediendo, y exigía saber qué era.

"Yo…". Cerró los labios de golpe y sacudió la cabeza. Al cruzar los brazos, avancé hacia ella. Al diablo con esas defensas.

"Te hice una pregunta".

Tomé su mano y la bajé, alterando físicamente su postura mientras la instaba a retroceder hacia el auto. Ella se apoyó contra la puerta cerrada y me miró hacia arriba. Solo una fracción de miedo brillaba en sus ojos, y odiaba cómo temblaba su labio inferior.

"Mi hermano…" Ella dudó, lamiéndose el labio y bajando la mirada. "Ricky me perdió en una apuesta".

"¿Qué?". Nunca me había importado el hijo sin agallas y torpe de Henry.

"Ricky tenía deudas y pensó que tenía una 'idea genial' al apostar por mí, como si yo fuera una especie de posesión para…". Inhaló un rápido aliento. Sus ojos se abrieron de par en par al acercarse alguien al lote. Por el sonido de los motores roncos, tenían que ser motociclistas.

Furioso porque Ricky hiciera algo tan estúpido y peligroso en el peor lugar, en mis salas de juego donde se cerraban tratos ilegales, esperé a que ella terminara. "¿Para?".

Su mano se levantó hacia mí. Agarró la solapa de mi chaqueta, pero aún no había desviado la mirada de lo que capturaba su atención a mis espaldas. "Él me perdió en una apuesta con alguien de ese club de motocicletas. Alguien llamado Reaper". Su garganta se tensó al tragar, cerrando los dedos en un puño mientras los envolvía alrededor de mi chaqueta.

Joder. Maldito idiota. Ricky tendría que responder por esta estupidez. Tenía mis respuestas. Sabía por qué quería huir de allí ahora.

Se me ocurrió una idea, y aunque era imprudente, nada podría detenerme de querer intervenir y ayudarla.

"Haz como que juegas", ordené.

"¿Qué?". Se formaron líneas en su frente mientras me miraba con el ceño fruncido. "¿Qué quieres decir?".

"Haz como que juegas". No esperé. Esos motores solo podían significar que los hombres del MC la habían seguido y venían por ella.

Demasiado malo para ellos. No se acercarían a ella ahora.

Pero yo sí. Con un hambre posesiva que no podía entender, me acerqué hasta que ella quedó atrapada contra el auto. Atrapada entre mí y la dura superficie, me miró hacia arriba y abrió la boca para discutir. Para exigir una explicación. Para preguntar qué quería que hiciera.

Ignorando su reacción, bajé mis manos hacia sus caderas. Levantando su falda, me empujé contra ella.

La tenía atrapada, su núcleo cubierto de bragas frotándose contra mi erección creciente mientras abría sus piernas.

La mantuve en silencio mientras me inclinaba más.

Silencié sus protestas, todas impregnadas de total confusión, y la besé con fuerza.

6

NINA

Dante se lanzó contra mí tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Me indicó vagamente que siguiera con los planes que tenía, y antes de que pudiera empujarlo hacia atrás e insistir en un poco de espacio personal, me mantuvo contra su coche.

Su cuerpo sólido presionó el mío, empujándome hacia atrás con rudeza antes de que pudiera protestar. No me había dado la oportunidad de ponerme al día, de insistir en que se apartara. Pero ahora, con su dura presencia firmemente atrapándome en su abrazo, no tenía fuerza de voluntad ni deseo de rechazarlo.

No quería ningún espacio entre nosotros. Mientras enrollaba mis brazos alrededor de sus hombros, abrazando su cuello mientras él asediaba mi boca, no quería barreras ni distancia entre nosotros. Con su cuerpo musculoso pegado al mío, su tamaño imponente bloqueándome de la vista de los motociclistas que habían entrado en el estacionamiento, no podía pensar en ningún otro lugar donde preferiría estar, en ningún otro lugar que me hiciera sentir tan segura.

Y deseada.

Inhalé por la nariz, sorprendida por lo repentino de cómo había aplastado sus labios contra los míos. Un segundo estaba lidiando con la humillación de admitirle a este hombre exitoso y rico que mi hermano había caído tan bajo como para perderme en una apuesta contra un criminal. En el siguiente, él estaba empujando su lengua aterciopelada y demandante en mi boca, haciéndome tanto jadear como gemir.

Gruñí, incapaz de formar palabras, y él se apartó, sin aliento y mirándome con urgencia. “Sigue el juego”, ordenó nuevamente antes de lanzarse de nuevo y besarme con más fuerza. Sus labios calientes se movían de un lado a otro mientras buscaba un ángulo más profundo. Luego, su lengua se deslizó dentro para robarme el sabor, explorando sin paciencia.

Con necesidad. Vaya, la idea de que este tipo me quisiera… Era una locura, un sinsentido, pero hice lo que me dijo. Superando el shock de sus acciones, me rendí a su idea impulsiva y traté de seguir el juego. Lo besé de vuelta. Enredé mis dedos en su espeso cabello mientras me agarraba de su cuello. Y arqueé mi espalda para prometer que este beso no terminaría, ni siquiera para tomar aire.

“Actúa como si lo quisieras”, gruñó, malinterpretando mis movimientos inquietos como un intento de zafarme.

Escapar de él era lo último en mi mente. Incluso si esos motociclistas no estuvieran estacionando cerca y hablando en voz alta, no me habría atrevido a cesar este beso tan sorprendente.

Dante se frotó contra mí, obligándome a abrir más las piernas y elevarlas. No parecía ser suficiente para él. Bajó sus brazos para acariciar mis nalgas.

"Haz que piensen dos veces antes de interrumpir", susurró en mi oído antes de trazar sus labios húmedos y calientes a lo largo de mi cuello.

En el momento en que sus dedos se deslizaron bajo el elástico de mis panties, grité. Esos dedos duros y callosos acariciaron tan cerca de mi vagina, y no pude evitar empujar mis caderas hacia él.

"Sí, así. Muéstrales quién te tiene", instó, cada palabra oscura y sucia con una seducción áspera.

Gimoteé mientras él sumergía sus dedos en los fluidos que había provocado que brotaran de mí. Estaba resbaladiza, húmeda y demasiado caliente de deseo mientras él chupaba mi cuello. Alternando entre besar y morder, luego lamiendo el ardor, se frotó contra mí y deslizó sus dedos en mi humedad.

Tan pronto como curvó sus dedos, subiendo para encontrar mi clítoris, dejé mi boca abierta mientras gemía.

"Joder, Nina. Así, justo así. Déjame escucharlo". Chupó mi lóbulo de la oreja mientras frotaba círculos alrededor de mi botón necesitado. "Más fuerte".

No me contuve. No podía. El sentido común se había esfumado. No era capaz de responder, y mucho menos de pensar. Todo lo que podía hacer era aferrarme mientras deslizaba sus dedos hacia mi entrada, frotando su cuerpo contra el mío para conseguir la fricción tan necesaria.

Con el primer roce de su beso, me encendió. Una dulce y adictiva tensión se construyó dentro de mí, más fuerte y más rápida, hasta que jadeaba con la necesidad de llegar al clímax.

"¡Dante!".

Me presionó a estallar. Un rápido empuje de sus dedos profundos dentro de mí hizo el truco. Su pulgar, frotando con precisión alrededor de mi clítoris, me llevó más lejos. Olas y más olas de alivio salieron de mi cuerpo, y mientras temblaba y estremecía a través de la dicha que ardía tan intensamente, me aferré a él. Mis brazos se volvieron débiles, pesados por la fatiga, mientras los mantenía sobre sus hombros. Temblando y torpe, mis muslos seguían abrazando su cintura.

Mi pulso se ralentizó. Mi respiración se volvió más fácil. Todo mientras él besaba mi línea de la mandíbula, presiones tiernas y más deliberadas de su boca traviesa. Me incliné contra él, débil y drogada con un orgasmo que no podía haber anticipado.

A lo lejos, el rugido de las motos se desvanecía. Se habían ido, y tardíamente, más allá de la niebla del deseo, me di cuenta de lo que había hecho. De cuál era su juego.

Quería que siguiera el juego de este pequeño espectáculo de… de…

Lo empujé en el hombro, llamando su atención. "¿Qué demonios fue eso?". Aún luchaba por recuperar el aliento. La forma en que sonreía, mirando mis labios húmedos y entreabiertos, me llenaba de una dosis de arrogancia que no tenía derecho a sentir.

"Te estaba mostrando que estabas ocupada de otra manera". Me apretó las nalgas, guiándome a bajar las piernas hasta que temblando quedé de pie entre él y su coche. Una vez que estuve de pie, bajó las manos para arreglarse los pantalones y subir la cremallera. Estaba tan ciega y sorprendida que no me di cuenta de que se había desabrochado y dejado los pantalones colgando.

Desde la perspectiva de los motociclistas y las sombras que cubrían este estacionamiento entre edificios altos, probablemente parecía que Dante me estaba follando contra el coche.

"Tú…". Bajé la mirada, notando el grosor prominente de su erección abultando sus pantalones. No había bajado sus bóxers. En realidad, no me había follado, pero seguro que les había dado un espectáculo.

Levanté mis manos para cubrir mi cara. No era vergüenza lo que hacía arder mis mejillas. Al menos no solo vergüenza. Pero estaba fuera de mi zona de confort, aun aclimatándome a lo rápido que había sucedido esto.

Siguiendo el juego. Pretendiendo que me estaban follando contra el coche. Pero también… viniendo tan intensa y rápidamente.

"¿Por qué…?", exhalé con fuerza, mirándolo. "¿Por qué hiciste…?".

Él gimió, inclinándose más cerca para perder su sonrisa contra mi boca. Con este beso, esquivó la respuesta, pero no me importó. Apreté la parte delantera de su camisa, asombrada por cuánto lo deseaba, aún lo deseaba, a pesar de haber llegado al clímax.

"Para que te dejaran en paz", respondió.

Oh, ¿y la erección en tus pantalones no es más que un efecto secundario de tu heroísmo? No estaba segura de si estaba más molesta porque no admitiera que me deseaba tanto como yo a él o porque había hecho algo tan estúpido e imprudente. Aunque nunca lo lamentaría, no me arrepentiría de haber llegado al clímax así, era más rápida en considerar las ramificaciones de lo que acababa de suceder.

"Se fueron, ¿verdad?", me provocó mientras retrocedía y pasaba su mano por su rostro, frustrado pero triunfante también.

"Por ahora", asentí. "¿Estás tratando de matarme?".

Él sacudió la cabeza.

"¡Lo harás!". Le di un manotazo en el hombro mientras me bajaba la falda. Mis panties estaban rasgados, forzados por su mano debajo de ellos. Eran inútiles y estaban mojados, colgando sueltos contra mi muslo. "¡Me matarás después de que le informen a su líder que otro hombre estaba tocando a su mujer!".

Entrecerrando los ojos, él se acercó, obligándome a inclinar el cuello para mirarlo y mantener contacto visual directo. "Pero no eres su mujer".

"No, pero…".

"Pero, ¿qué?".

"No soy tuya tampoco".

Su sonrisa fue lenta y siniestra. "Digamos que lo eres. No sabrían que ya estás ocupada. No habrían sabido eso antes de que Ricky te perdiera en una apuesta".

La rabia me invadió con ese recordatorio. Que mi idiota hermano se atrevió a apostar sobre mi vida. La confusión llegó después. No podía entender lo que Dante estaba sugiriendo. "No estaba… no estoy ocupada".

Colocando una mano sobre el techo del auto, se inclinó más cerca. No era lo suficientemente cercano para que me sintiera atrapada y segura bajo su toque, pero estaba inmovilizada bajo su atención directa. "No se meterían conmigo, Nina. Esos idiotas motociclistas saben quién soy en esta ciudad. No se meterán conmigo ni con mi mujer".

Apreté los dientes sobre mi labio inferior. "Pero no soy…".

Él tiró de mi labio, mirando su pulgar sobre mi piel. Esa mirada ardiente me provocaba, y luché contra el instinto de chupar su dedo en mi boca. Dante provocaba algo en mí, haciéndome reaccionar sin pensar y escuchar esta necesidad que latía a través de mi cuerpo.

Aun así, la verdad seguía siendo clara.

Aclaré mi garganta. "No soy tu mujer".

"Haz de cuenta que lo eres". Me retó con una mirada seria. "Sigue el juego".

Parpadeé rápidamente, tratando de racionalizar su oferta. "Dante…", sacudí la cabeza. "Aprecio que me hayas salvado esta noche, pero ellos volverán y…".

“Finge ser mi novia, Nina”.

Buscando su rostro, esperé una señal de su humor. Tenía que estar bromeando. Porque un hombre como él no necesitaría fingir este tipo de cosas. Podría tener a cualquier mujer que quisiera. Atractivo, rico, en forma, y… maldición, era el tipo de hombre sexy por el que cualquiera sentiría deseo.

“Desearía poder, pero…”, miré hacia abajo, confundida sobre qué podría servir como contraargumento aquí. No tenía ganas de pelear. La idea de ser la mujer de Dante, aunque solo fuera en pretensión, era demasiado tentadora para rechazar.

“Pero, ¿qué?”.

“Pero es una tontería”. Fruncí el ceño, mirándolo de nuevo. “No funcionaría”.

“Por supuesto que funcionaría”.

Admiré su confianza. Probablemente tenía muchas razones para poseerla. También parecía demasiado impulsivo, casi impaciente por que yo estuviera de acuerdo.

“¿Por qué querrías protegerme?”.

Suspiró, erguido y poniendo distancia entre nosotros. “Tengo mis razones”.

“¿Porque conocías a mi padre?”.

Gruñó. “No puedo imaginar que Henry aprobaría esto”. Hizo un gesto con el dedo entre nosotros.

Un golpe de vergüenza me calentó. No, dudaba que a papá le gustara saber que su antiguo mejor amigo había puesto su boca y manos sobre mí.

“¿Por qué querrías hacer esto?”.

“Tengo mis razones”. Adoptó nuevamente esa autoridad mandona, alisándose la chaqueta y levantando la cabeza más alto. Irradiaba dominio y control, y supuse que esperaba que no le preguntara sobre su razonamiento.

Supuse que no importaba.

“¿Qué dices?”, preguntó mientras tomaba mi mano y la levantaba. Estudiando las marcas rojas que dejaba en mi muñeca, cortesía de Ricky tratando de manejarme, Dante apretó la mandíbula.

No tenía idea de qué decir. Horas antes, Tessa y yo habíamos bromeado sobre esta misma situación, encontrar un *sugar daddy* o tener un hombre que nos protegiera de las tonterías de la vida. Ambas nos habíamos reído de eso, tan seguras de que siempre estaríamos mejor sin hombres en nuestras vidas, *pero ahora…*

¿Por qué no? Dante era exactamente el tipo de hombre fuerte que podría ser mi héroe… aunque solo estuviéramos fingiendo.

Él arqueó una ceja hacia mí, algo que estaba reconociendo rápidamente como su forma de exigir silenciosamente una respuesta.

Mi corazón latía desbocado, mientras mi mente se sentía vacía y pesada. En lo más profundo, mi cuerpo reaccionaba por instinto, al margen de la descarga de adrenalina o el eco de un orgasmo tan intenso que me dejaba débil, perezosa y completamente satisfecha.

¿Por qué demonios no?

Asentí.

“¿Sí?”. Una sonrisa iluminó sus labios.

“Sí. Yo… um. Hagámoslo”. Pasé mis dientes sobre mi labio inferior, sin estar segura de si podría manejar seguir el juego así. “Tú y yo. Fingiré ser tu novia”.

Pero no en serio, ¿verdad?

Él levantó mi mano, mirándome directamente mientras besaba mis nudillos. “Tú y yo”,

acordó.

Tragué con dificultad, preocupada de haberme involucrado ya más de lo que debía.

7

DANTE

Esta vez, cuando abrí la puerta para Nina, ella no se opuso. Su mirada permaneció distraída mientras entraba en el coche. Después de cerrar la puerta, respiré hondo y dudé de mí mismo.

La idea de fingir que Nina estaba conmigo fue precipitada. No lo pensé bien. Actué por impulso, y eso no siempre era algo malo.

No es que no estuviera en mi mente ya. Desde que nos cruzamos, luchaba contra una necesidad persistente por ella. Imaginándola desnuda y brincando sobre mi pene, luché contra el deseo de tomarla como quería. Escucharla gritar de placer me atormentaría para siempre, y era lo mejor que podía esperar en ese momento.

Rodeé el coche, apretando los dientes. La frustración se apoderó de mí antes de llegar a mi puerta.

No había estado pensando cuando actué por mi lujuria hacia ella. Claro, eso le ayudó al final, pero ahora que estábamos comprometidos a fingir que estábamos juntos, me había asegurado una tortura interminable. La quería, toda ella, pero había arruinado esa posibilidad al decirle que lo fingiríamos.

Había hecho de esto una especie de transacción comercial. Mantendría a los motociclistas alejados de ella, y ella mantendría a Vanessa fuera de mi camino. No podía confiar en Vanessa porque representaba un vínculo con Stefan, y tener a Nina cerca me daría tiempo para llegar al fondo de por qué ya no confiaba en nadie de la familia Giovanni.

“Cuéntame exactamente qué pasó esta noche”, dije mientras entraba en el coche. No tenía intención de retractarme de mi sugerencia improvisada de salir con esta hermosa y callada mujer, y planeaba asegurarme de que todo fuera bien según lo que yo considerara adecuado.

“¿Con Ricky?”.

Asentí, saliendo del estacionamiento. Detalló las circunstancias en las que Henry los había dejado, y odiaba la tristeza de que ella hubiera recibido lo peor del trato con el hombre que debería haber sido su padre. Un verdadero padre. Nina y Ricky fueron criados por una abuela, y su madre nunca estuvo presente. Pensé hace mucho tiempo que Alison se había ido porque sabía que todo lo que a Henry le importaba era su carrera militar.

“Algunas familias son así”, le dije a Nina. “Dedicadas al servicio”.

Ella resopló. “¿Dedicadas? ¿O querrás decir ‘obsesionadas’?”

No podía discutir con ella en eso. Henry provenía de una larga línea de hombres de servicio con mentalidad militar, y supuse que era un hábito difícil de romper o enmendar.

“Tienes muchos hombres trabajando en tu ‘organización’. Probablemente están dedicados y comprometidos con sus trabajos”.

“Lo están”. Cada soldado de Constella se podía contar.

“Pero también tienen familias, ¿verdad? ¿Amigos y familia?”.

“Todos somos una familia”. Probablemente no tendría sentido para ella, pero así era.

“Bueno, no estoy segura de tener alguna familia que me quede. No después de que Ricky me hiciera eso. Se llevó todo el dinero que papá dejó. Lo apostó”.

Fruncí el ceño mientras conducía. “¿En el Hound and Tea Rooms?”.

Ella se encogió de hombros. “No lo sé. Probablemente en otros lugares también. Así que, lo perdió todo y esta noche, dijo que tenía una idea. Eso terminó siendo apostar por mí, y perder, por supuesto, y esperar que yo fuera con ese tipo motociclista”.

Capté un vistazo de ella temblando mientras se giraba para mirar por la ventana, y resistí el impulso de tomar su mano. Ahora que había trazado la línea en la arena, declarando que éramos dos jugadores en un gran esquema de fingir estar juntos, tenía que mantenerlo estrictamente profesional.

Así era como erraba con cada trato que cerraba. Todos conocían su parte. Todos tenían sus objetivos delineados. No había lugar para la confusión. Por eso ya no confiaba en Stefan. Desde que se alineó con los Domino, sus objetivos y el espectro de dónde estaba su lealtad ya no eran claros para mí.

“¿Dijo cuánto estaba apostando?”.

Girándose lentamente, me lanzó una mirada fulminante. “¿Me estás preguntando cuál es mi precio?”.

No me inmuté, sin perturbarme por su tono altanero. De hecho, lo respetaba. Tenía suficiente sentido como para no ponerle precio a sí misma, ni a ninguna persona. Sin embargo, en mi mundo, con otros líderes del crimen como mis pares, sabía lo contrario. Todo, y todos, tenían un valor. Y siempre se podía cuantificar con signos de dólar.

“¿Te lo dijo?”.

“No”. Ella volvió a mirar por la ventana, pero su lucha se desinfló rápidamente. Sus hombros se encorvaron. Hundiéndose de nuevo en el cojín, suspiró profundamente. “De todos modos, ni siquiera quiero saber”.

“¿Qué te dijo?”. Tenía que conocer los detalles y cubrir mis bases. Se me pasó por la mente que podría simplemente ofrecer pagarle a Reaper. Podía darle al hijo de puta el número que quería de Ricky. Podría ser un reembolso a Henry, post-mortem, por no haber asistido a su funeral.

Sin embargo, no me atrevería. En el instante en que entrara en cualquier tipo de negociación o transacción con esos idiotas motociclistas, se convertiría en algo más profundo, y me negaba rotundamente a hacer tratos con ellos.

“Estaba terminando mi turno en el steakhouse. Él apareció y me dijo que me ‘perdió’ en una apuesta con Reaper, y luego trató de arrastrarme escaleras arriba. En cuanto me di cuenta de que lo decía en serio, que esas personas realmente pensaban que era una posesión, lo golpeé y me solté”.

“¿De ahí vienen las marcas en tu muñeca?”.

Asintió, frotándose el lugar. “No es gran cosa”.

Detenido en un semáforo en rojo, me giré para mirarla. “Que alguien marque tu piel es malo”, gruñí.

Excepto… yo. Miré la rojez de donde había succionado su punto de pulso, lamiendo la dulce

tentación de su carne allí. Joder, realmente me gustaba mi marca en ella.

Pero no más. Si íbamos a fingir esto, entonces tenía que mantener bajo control mi necesidad.

"Entonces vi a esos motociclistas, y vinieron tras de mí. Ahí fue cuando me di la vuelta y corrí hacia ti. Y luego…". Levantó su mano para gesticular en silencio sobre lo que siguió.

Y luego quise probarte y encontré la manera de hacerlo.

Suspiré. *Tanto por mantener mi vida simple.* En el resto del trayecto hacia la finca Constella, un poco más lejos de la ciudad, pero no demasiado, hablé con Franco. Respondió en la primera llamada, a diferencia de Romeo, que no contestó en absoluto.

"Quiero que alguien siga a Ricky Bardot", le dije. En mi visión periférica, noté a Nina girarse para mirarme, con el ceño fruncido.

"¿El hijo de Henry?", preguntó.

"Sí".

"¿Para…?".

"Solo para seguirlo". Era toda la aclaración que quería darle mientras Nina pudiera escuchar. La mitad de mis planes incluían darle una lección al joven. No tenía derecho a intentar apostar por la vida de su hermana, y con Reaper, de todas las personas. Más que mi necesidad de castigarle por su estupidez, sin embargo, tenía que asegurarme de que los motociclistas no se vengaran de él o empujaran al chico para facilitarles las cosas.

Mi altruismo solo llegaba hasta cierto punto. Sí, quería salvar a Nina de esta situación, pero mi deseo por ella alimentaba esa decisión. Mis propios intereses también lo hacían. Mientras estuviera conmigo, Vanessa se mantendría alejada.

Franco y yo hablamos un poco más sobre tener a alguien que siguiera a Ricky. Mencionó la presencia de los miembros del club de motocicletas en las salas de apuestas, y debatí la posibilidad de prohibirles por completo. Ese movimiento también sería considerado como un 'ataque', y no estaba seguro de si quería meterme oficialmente con ellos de esa manera. No todavía, al menos. Vi lo que sucedió la última vez que un MC se involucró con una familia de la Mafia: los Domino habían desaparecido. Fuera. Muertos y desintegrados como organización. Aunque sabía que el nombre Constella no caería tan fácilmente, haría todo lo posible para evitar problemas grandes y amenazas innecesarias.

"Romeo se fue hace una hora", dijo Franco mientras me acercaba a la finca. No se esperaba que mantuviera un control sobre mi hijo. Tampoco lo micromanejaba. Romeo era su propio hombre y nunca me había decepcionado. Dudaba que alguna vez lo hiciera. Sin embargo, Franco y yo éramos más que conscientes de lo mal que Romeo estaba superando su culpa por no haber salvado a los tres soldados en esa pelea. Era un testimonio de lo mucho que todos importábamos. Como le dije a Nina, éramos una gran familia.

No estaba seguro de si eso significaba que Romeo estaría aquí. Normalmente vivíamos juntos, pero también tenía varias propiedades en las que le gustaba quedarse.

Sin embargo, parecía que solo íbamos a ser Nina y yo. Después de colgar, salí y rodeé el coche para abrirle la puerta.

"¿Qué está pasando?" preguntó, asimilando la enormidad de mi hogar.

"Te quedas aquí".

"¿Con usted?". Me miró boquiabierta mientras inclinaba la cabeza en una orden muda para que me siguiera hasta la puerta. Mientras tanto, un hombre se acercaba para llevar el coche a los garajes, y ella se distrajo observando al hombre cumplir con sus deberes sin orden.

"Sí, conmigo".

Nina se apresuró a alcanzarme, agarrando mi antebrazo. Me sujetó para detenerme, pero me

dejé llevar, acercándola más y formando su mano para que descansara en mi brazo, con la mía sobre la suya.

"¿Esperas que me mude contigo?", balbuceó. "¿Así, de la nada?". Chasqueó los dedos, y me detuve en medio de los escalones que llevaban a la puerta principal.

"Espero que te mudes conmigo. Así, de la nada. Porque si vuelves a donde llames hogar, tu hermano o los motociclistas te llevarán. Así, de la nada". Agregué un chasquido de dedos para burlarme de ella y enfatizar mi punto.

Se puso pálida.

"No confío en Ricky", dije mientras la guiaba hacia la puerta. "Tampoco confío en ese MC".

"Está bien. Me doy cuenta de eso, pero…".

"Pero nada", respondí, amando en secreto cómo protestaba y defendía su posición en cada paso del camino. Las personas que se dejaban llevar eran aburridas. Las personas obedientes, dóciles y sumisas me ponían de los nervios. Nina no discutía por el simple hecho de pelear, sino porque quería hacer oír su voz.

También me encantaba aplastar cualquier respuesta que ella quisiera lanzarme. La satisfacción se enroscaba dentro de mí, cálida y potente, y disfrutaba de la emoción de este tira y afloja. Según los mensajes de texto y correos electrónicos que habían llegado mientras besaba a Nina y acariciaba su apretada vagina, tenía muchas otras cosas que hacer. Pero aquí estaba, llevándola a mi casa.

"Mantenerte cerca es de mi mejor interés".

Sus cejas se fruncieron mientras pensaba en mis palabras.

Mierda. No tenía el tiempo ni la paciencia para explicar por qué pretender estar con ella era beneficioso para mí. "Tu quedarte aquí, cerca de mí, es de nuestro mejor interés".

"Para disuadir a los motociclistas de pensar que yo sería la de su líder".

Asentí. Y para darle a Vanessa la impresión de que no estaba disponible, ya que las veces que le dije que no, no tuvieron efecto.

"Para que sea creíble", dije mientras la soltaba en el vestíbulo. No parecía estar escuchando, girando lentamente mientras absorbía la opulenta entrada. Sus labios carnosos se separaron en asombro mientras recorría su mirada apreciativa sobre las ventanas de vitrales y la enorme lámpara de araña que brillaba y centelleaba con las luces tenues de las paredes.

"Para que sea creíble…", me instó. Estaba escuchando, y tenía la corazonada de que siempre lo hacía. Nina no me impactaba mucho cuando era una niña porque era tranquila y estudiosa, manteniéndose para sí misma. Pero sería estúpido asumir que carecía de cualquier sentido de percepción y conciencia de su entorno.

Observadora. Me gustaba eso.

"Para hacer que este acuerdo entre nosotros sea creíble", repetí, "realmente necesitarás actuar el papel".

Se puso seria, deteniendo su exploración del vestíbulo. "¿Qué implica eso, exactamente?".

Cuando mordió su labio inferior, contuve un gruñido. ¿Esperaba que incluyera más intimidad? ¿Más oportunidades para tener sexo? La expresión de sus pesados párpados que no podía ocultar lo insinuaba.

"Actúa el papel viviendo en mi casa", dije, sacando mi teléfono ya que vibraba en mi bolsillo nuevamente.

Asintiendo, aceptó eso. "Está bien. Probablemente sea lo más seguro. No confiaría en Ricky si volviera a casa".

"Y también necesitarás ser vista conmigo".

“De acuerdo”.

No podía ignorar lo rápido y dispuesta que estuvo para aceptar ese punto. Si esperaba repetir lo que hicimos en el coche, se sentiría decepcionada. Ahora que habíamos entrado en un acuerdo, ambos debíamos atenernos a nuestros roles. En el momento en que difumináramos las líneas, lo más probable es que se desmoronara.

“Sin embargo”.

Ella puso los ojos en blanco. “Siempre hay un truco”.

“No me des esa actitud”.

Ella arqueó las cejas. “No lo haré siempre y cuando no intentes darme tonterías”.

“Sin embargo”, volví a decir, “soy un hombre ocupado”.

“Creo que lo has mencionado”. Cruzó los brazos. A pesar de que su uniforme de Hound and Tea era simple, su gesto empujaba sus pechos hacia arriba en esa blusa blanca. Luché por no mirar.

“Soy un hombre ocupado y no puedo detener mis compromisos laborales por ti”. Era la razón más importante por la que rechazaba cualquier sugerencia de salir. También era por eso que evitaba invertir tiempo en encontrar a una mujer con la que estar. El trabajo, todos mis negocios y acuerdos, me habían mantenido bastante ocupado durante treinta años, y cambiar eso era más fácil decirlo que hacerlo.

Nina se encogió de hombros. “¿Está bien?”.

“No estaré aquí para mimarte y consentirte”.

Ella sonrió con desdén. “¿Acaso te lo estaba pidiendo?”.

Ese fuego. No tenía idea de lo sexy que era así. “No quiero que te metas en la cabeza que estoy disponible”.

“¿Y por qué deberías estarlo?”. Señaló entre nosotros. “Estamos fingiendo todo. En lo que a mí respecta, solo eres un compañero de cuarto aquí”.

Oh, ¿es así? Por un lado, me agradaba que lo entendiera, que comprendiera que no estaba aquí para jugar a la casita con ella. Por otro lado, me preguntaba cuán fácil sería ir por todo.

Un mayordomo apareció a mi lado, listo para ayudar con Nina. Debía haberla notado y asumir que era una invitada, no nuestra nueva inquilina.

“George”, le dije mientras mantenía mi atención en Nina. “Por favor, lleva a la Sra. Bardot a la habitación de invitados cerca de mi suite”.

Asintió.

“Encárgate de que sus necesidades sean atendidas por la noche”.

“Sí, señor. Traeré cualquier prenda y necesidad que requiera”.

“Pero en la mañana, por favor, informa a mi sobrina que su asistencia es necesaria para darle una mejor bienvenida a la Sra. Bardot en nuestro hogar”.

Nina frunció el ceño. “¿Tu sobrina?”.

Asentí, aunque no estaba seguro de que se conocieran. “Sí, Eva te ayudará a instalarte”.

Ella abrió y cerró la boca, mirando hacia un lado. “Uh. Um, está bien”.

¿Ya estaba perdiendo de vista mi explicación de que estaba demasiado ocupado para jugar a la casita con ella? ¿O simplemente estaba decepcionada de que tuviera que dejarla de lado tan pronto?

Es por tu bien, Nina. Incliné mi cabeza una vez, como despedida, antes de girarme. “Buenas noches, Sra. Bardot”, dije por encima de mi hombro.

“Sabes, llamarme por mi nombre lo haría más creíble”, bromeó.

“¿Creíble para quién?”. Me volví lentamente, extendiendo los brazos para mostrar que solo

éramos yo, ella y mi mayordomo. No necesitaba preocuparme por engañarlo. Él trabajaba para mí.

Técnicamente, ella también trabaja para mí. Agregué eso a mi lista de tareas pendientes: terminar su empleo mientras realizaba esta actuación conmigo. No sería seguro que estuviera cerca de las salas de juego con los motociclistas tratando de encontrarla. O su idiota hermano.

Pero ella entendió la idea. Aquí, en la privacidad de mi hogar, no había necesidad de fingir nada. Tras un gesto de incomodidad, asintió. “Entendido. Buenas noches, entonces, Sr. Constella”.

Joder. Quería escucharla decir mi nombre de nuevo, como lo había gritado cuando la hice venir.

Apretando los dientes, ignoré mi deseo y me alejé.

8

NINA

“¿Cuál es tu nombre?”, le pregunté al mayordomo mientras me guiaba escaleras arriba.

“George, Sra. Bardot”.

Estudié su perfil, divertida de que se mantuviera en tal formalidad. No era nadie a quien impresionar. Como mujer de clase trabajadora, me identificaba más con él que con el hombre con el que se suponía que estaba ‘saliendo’.

“Solo llámame Nina”, le dije, sacudiendo la cabeza ante lo surrealista que se estaba volviendo mi vida. En el transcurso de horas, mi existencia había sido sacudida y distorsionada tanto que no sabía cuál era el camino correcto.

Primero, la audacia de Ricky apostando por mí… y perdiendo. Luego, el miedo de que el Reaper y sus motociclistas vinieran a capturarme. Encontrarme con Dante fue una extraña coincidencia, pero la forma en que me dijo que ‘siguiera el juego’ mientras me besaba y me tocaba…

Moví mi mano al otro brazo y pellizqué ligeramente. El dolor punzaba en el punto.

Sí. Esto es real. Estoy aquí, fingiendo salir con él.

No era un sueño. O, a la luz de la apuesta que Ricky perdió, tampoco era una pesadilla. Dante había aparecido en el momento justo y me ofreció una salida fácil. Como un héroe de los libros que me gustaba leer, sugirió una solución para evitar que cayera en una horrible pandilla de motociclistas.

En lugar de intentar aceptar que mi vida realmente había cambiado tan rápido de tantas maneras en tan poco tiempo, me desconecté y observé a mi alrededor. Me sentía fuera de lugar y sucia mientras George me guiaba por la gran escalera. Parecía que estaba recorriendo un museo con toda la fina obra de arte colgada en las altas paredes. Y al girar hacia un par de puertas dobles ornadas y talladas, me preparé para el resto de esta experiencia de ser un pez fuera del agua, de pensar que la vieja historia de un pobre y un príncipe podría ser una realidad.

La enorme suite de dormitorio a la que George me guio era digna de la realeza. Para una princesa. Alguien con poder e importancia.

Me quedé allí, atónita, mientras escaneaba los detalles. Paredes de un rosa cremoso con molduras de corona que serían un verdadero dolor de cabeza para limpiar. Dos candelabros titilando con una luz tenue. Como un mar de cómodos edredones y almohadas, la cama esperaba que la desordenara. Incluso la alfombra estaba impecable, tan suave y lisa, luciendo tan nueva que me preocupaba que mis zapatos viejos y desgastados la mancharan.

“Yo…”, sacudí la cabeza, saliendo lentamente de este estado de aturdimiento. “No puedo

quedarme aquí".

George frunció el ceño. "El Sr. Constella especificó que su habitación de invitada debía ser la más cercana a sus cuartos privados".

Parpadeé, frunciendo el ceño ante este lugar perfecto y lujoso. "Lo escuché, pero… No. No puedo". Sacudí la cabeza de nuevo.

"¿Hay algo que no le guste? Puedo llamar a la ama de llaves y…".

Le levanté la mano para detenerlo antes de que sacara su teléfono de su bolsillo. "¡No! No. No molestes a nadie". No por mi culpa.

"Sra. Bardot…".

"Nina. Por favor". Tragué con dificultad el nudo de emociones que me obstruía la garganta. "Por favor, no me trates como si fuera una especie de invitada estelar o figura importante". Añadí una ligera risa. "Esto lo hace aún más… extraño".

Asintió, apoyándose sobre las plantas de sus pies. "Ya veo".

Fruncí el ceño. "¿De verdad?". No estaba segura de si a los mayordomos se les permitía compartir opiniones. Sin embargo, quería la suya. ¿Podía este hombre mayor reconocer lo fuera de lugar que estaba aquí? ¿Cuán absolutamente diferente era mi vida de la de Dante?

"Puedo organizar que tenga otra habitación". Levantó las cejas.

"No, por favor. No es molestia". Suspiré y miré de nuevo alrededor de la habitación, preocupada de que pudiera romper algo o ensuciar una superficie. "Esto está bien".

Asintió, y podría haber jurado que sonrió ligeramente. "Haré que Maura traiga algunas opciones de ropa para usted".

"Oh". Ni siquiera había pensado en eso, en lo que podría ponerme esta noche. No tenía pijamas. No tenía nada más que el uniforme que no había tenido oportunidad de cambiarme desde que terminó mi turno. Pensar en ropa o pertenencias personales parecía tan frívolo en este contexto. Descubrir cómo adaptarme a vivir aquí y pretender ser la novia de Dante ya era un gran problema en mi vida.

¿Cómo conseguiría mis cosas? ¿Y cuánto tiempo estaría aquí? Dante y yo no habíamos puesto un límite de tiempo a esta farsa, pero con su pequeño aviso de que era un hombre de negocios ocupado que no estaría aquí para hacerme compañía, supuse que mi presencia expiraría más pronto que tarde.

¿Y qué se supone que iba a hacer?

Las preguntas zumbaban en mi cabeza, demasiado rápidas para responder, y todas acumulándose tan rápido.

¿Seguiría yendo a trabajar? Tenía que hacerlo. ¿Cómo iba a ganarme la vida? ¿Planeaba pagarme para quedarme aquí y ocultarme como su novia? No, eso no sonaba bien tampoco. Dijo que tendríamos que ser vistos juntos, fuera de esta monstruosidad de hogar palaciego.

De repente, me di cuenta de todas las maneras en que no había pensado en nada de esto. Yo era la conservadora cuando se trataba de riesgos. Nunca los tomaba, optando por la ruta segura y fácil a través de la vida y manteniéndome fuera del radar. Sin embargo, no había puesto ningún sentido de planificación en decirle a Dante que fingiría ser su novia. Los detalles debían aclararse. Se debían discutir y negociar acuerdos y condiciones. No habíamos hablado de nada, y me sentía estúpida por no haber prestado atención y no ser una persona inteligente y lógica sobre todo esto.

Soy solo humana. Había estado sobreviviendo a base de sobras después de mi largo turno, sintiéndome cansada y agotada. Luego, con el miedo de ser capturada por los motociclistas, me vi impulsada por la gasolina de la adrenalina para seguir adelante durante la noche. Sin embargo,

todo cambió cuando Dante me besó y me llevó al clímax…

Exhalé un suspiro exasperado y pasé mis dedos por los restos de mi trenza deshecha.

El suave clic de la puerta detrás de mí fue la única señal de que ahora estaba sola para permitir que estos hechos se asimilaran en mi cerebro. Sin querer parecer tonta o desagradecida, me giré para ver un panel de madera pulida.

“Gracias”, murmuré, aunque ya era demasiado tarde para que George me escuchara. Supongo que no se suponía que hablara con los invitados, después de todo, siendo parte del personal contratado y todo.

Miré la cama, luego eché un vistazo a la puerta abierta que daba a un lujoso baño. Dividida entre la necesidad de presionar un botón para reiniciar la noche, me pregunté si debería darle un descanso a mi cansado cerebro dejándome caer sobre el colchón y desmayándome o si debería limpiar la suciedad del trabajo.

Al caminar por el enorme baño, consideré lo diferente que era esto de lo que estaba acostumbrada. Un cubículo de ducha separado de una amplia bañera con patas de garra. Tanta luz y toallas amplias y esponjosas. Todo brillando, limpio, impecable y nuevo. Me sentía como una mota de polvo en una sala de exhibición de última generación.

Tan perdida en mis pensamientos y asombro sobre mis alojamientos, me sobresalté cuando un suave golpe sonó en la puerta de mi habitación.

“Lo siento por interrumpir, Sra. Bardot”.

Salí apresurada para encontrar a una empleada de limpieza dejando una pequeña pila de ropa. “Nina”, corregí.

Ella se inclinó un poco más. Una reverencia. Me hizo una reverencia. Solté una risa y traté de entender todo esto.

“Por favor, hágame saber si necesita algo más para esta noche”. Retrocedió mientras levantaba la esquina del conjunto de pijama que estaba sobre una pila de prendas similares y suaves. Conjuntos de pijama, camisones, incluso lencería.

“Oh, esto es demasiado”, protesté.

Ella retrocedió un paso más, levantando la mano en señal de desacuerdo. “Oh, en absoluto. Tenemos todo lo que necesita en esta casa”. Con una dulce sonrisa, se acercó a la puerta. “Si necesita algo, solo use la línea fija y elija el botón de limpieza”.

La miré atónita, asintiendo tontamente mientras ella salía de la habitación, ejecutando otra reverencia, y me dejaba allí, confundida. La pila de ropa que acababa de dejar probablemente costaba más que dos meses de propinas; buenas propinas.

Mis dedos se sentían demasiado sucios para recoger las opciones y revisarlas. Me sentía demasiado sucia después de una larga noche de trabajo. “Primero la ducha”, murmuré para mí misma.

Necesitaría una buena noche de descanso para asimilar todo esto. El rescate de Dante. Su extrema generosidad. Este enorme cambio al mundo de los ricos, incluso si solo estaba pretendiendo pertenecer a él.

Mientras me duchaba, traté de no asustarme por lo cenicienta que era esto para mí. Simplemente era demasiado en qué pensar, demasiado para asimilar. Una vez que me limpié y me vestí con un camisón, me dejé caer en la cama y me quedé dormida.

Soñando con motociclistas rugiendo tras de mí debería haberme hecho despertar por la mañana con inquietud, pero sorprendentemente, dormí bien.

Me senté, bostezando, y me pregunté qué demonios sucedería a continuación. Me tomaría un tiempo ajustarme, pero entendía lo básico. Estaba aquí para pretender ser de Dante. No era

seguro para mí ir a casa arriesgándome a ver a Ricky o a los motociclistas. Y Dante probablemente no estaría aquí para ayudarme a adaptarme.

Pero alguien más estará.

Con la curiosidad de saber si y cuándo conocería a Eva, me levanté y me cambié a la ropa cómoda que Maura había dejado junto a las selecciones de pijama de la noche anterior.

No había pasado mucho tiempo desde que me vestí y me cepillé los dientes y el cabello cuando alguien llamó a la puerta.

"¿Sí?", me estremecí mientras iba a abrirla. ¿Debería contestar? ¿Solo abrirla? No estaba segura del protocolo. Era una invitada, ¿pero no?

Abrí la puerta y vi a una morena delgada. Me miró, impasible y sin impresionar, y sacudió sus largos y brillantes cabellos castaños sobre su hombro. Vestida con un vestido ajustado, lucía impecable. Maquillaje aplicado profesionalmente. Cabello estilizado con destreza. Piel impecable y radiante. Y su vestido y zapatos parecían sacados de una pasarela, con una figura de modelo, además.

"¿Eres Nina?", preguntó.

Aunque no lo dijo con demasiada ironía, capté un indicio de su molestia.

"Sí". Al menos no tuve que corregirla por llamarme la formal y rígida Sra. Bardot. "¿Y tú debes ser Eva?".

"¿Por qué debo serlo?", replicó, entrando en la habitación. Esta mujer no podía ser mucho mayor que yo, pero se movía con una confianza y madurez sofisticadas, casi como si supiera que estaría a cargo y contaba con que eso nunca cambiara.

"Porque… Dante dijo que me ayudarías a adaptarme aquí".

Ella entrecerró los ojos y cruzó los brazos mientras me miraba de arriba a abajo. "¿Adaptarte, eh? ¿Realmente piensas quedarte aquí?".

Uh… ¿no? No estaba segura de si debía decir eso, sin embargo. *¿Él le dijo que estábamos fingiendo salir? ¿Se lo digo?* De nuevo, lamenté los pocos detalles que había acordado con él sobre nuestro trato.

"Porque no puedo verte quedándote mucho tiempo".

Genial. Simplemente genial. Su sobrina tenía que tener la mentalidad de mis enemigos en la escuela. La chica mala. Era la reina de ellas, eso era seguro.

"¿Por qué no?", desafié.

Ella resopló, mirándome de arriba a abajo. No llevaba mi uniforme ni zapatos feos. Me había duchado y había domado mi cabello. No tenía mucho maquillaje para apoyarme, pero prefería el look de cara fresca, de todos modos. No estaba segura de cómo podía ver algo que me faltara a simple vista, pero supuse que, para alguien como ella, podría detectar cuando estaba en presencia de alguien inferior en clase.

"No eres su tipo". Se acercó lentamente, con una clara advertencia en su mirada severa. "Y si piensas que puedes hacer lo que quieras con mi tío y manipularlo de alguna manera, piénsalo de nuevo".

"Vaya". Levanté las manos con mi respuesta sarcástica. "Tranquila, tigre".

"Cuando se trata de mi tío, y de mi primo, nunca seré blanda con alguien que irrumpe aquí y es un impostor tratando de parecer que pertenece".

Era inquietantemente precisa con esa evaluación, y me perturbó. ¿Cómo podía verme tan diferente para que me señalara como a una forastera? ¿Era por mi postura? ¿La forma en que hablaba o sostenía la cabeza en alto? No tenía ni idea. Durante las siguientes horas, mientras me daba un recorrido por el lugar y luego me encargaba de un guardarropa, me otorgó más ejemplos

de cómo nunca pertenecería aquí.

La lujosa decoración. Los artículos de primera en cada habitación de la casa. Y toda la ropa cara y de diseñador que vendría pronto para mí. Eva, con su tono gélido, tenía razón. Nada me quedaba aquí. Nada hacía que esto se sintiera como un hogar. Era una impostora. A medida que avanzaba el día con ella asegurando lo esencial para mí, deseaba poder ver al menos un pequeño destello de Dante. Solo para tener un recordatorio visual de por qué estaba haciendo esto, de cómo esto importaba.

No vi nada de él. Solo estábamos Eva y yo mientras ella ordenaba tantas cosas que dejé de intentar calcular el gasto glotonamente. No podía justificarlo. Claro, no podía volver a casa, pero tal vez George u otro soldado podrían ir allí y recoger algunas cosas para mí.

Me habría sentido más cómoda con algo familiar. Una vez que Eva me dejó por la noche, tomé mi teléfono y contacté a Tessa. La necesitaba ahora más que nunca.

Ella respondió rápidamente, preocupada por la noticia de que había 'renunciado' en el asador. Aunque no queríamos que nadie supiera que estábamos fingiendo salir, le dije a Tessa la verdad. No le diría a nadie, y necesitaba al menos una fuente independiente que supiera de mi paradero y por qué estaba aquí.

"Así que eso es lo que estaba haciendo", resumí. "No estaba en casa preparándome para otro turno de mesera esta noche. Estaba aquí, en su casa, tolerando a su fría perra de sobrina mientras trataba de hacerme ver presentable y mostrarme a dónde ir en esta mansión".

"¿Es tan mala, eh?".

Me sentía horrible por quejarme de Eva. Apenas la había conocido. No la conocía lo suficiente para juzgarla. Del mismo modo, ella no sabía ni un pimiento sobre mí, pero claramente era muy crítica.

"Creo que es muy protectora con Dante y su primo". Me giré en la cama, recostándome sobre mi estómago en lugar de mi espalda. Mientras trazaba círculos y formas abstractas sobre la colcha, solté un suspiro. "Y no puedo culparla por eso. Sabes, la familia es la familia".

Tessa soltó una risa. "Sí, claro. No me mires a mí para obtener confianza sobre la familia. ¡Es un poco loco, sin embargo, que hayas trabajado para Dante y ni siquiera lo supieras!"

Me encogí de hombros. "Supongo que, después de todo, el mundo puede ser pequeño". No le había contado que él me había hecho venir anoche. Los detalles más finos sobre cómo me había pedido que lo siguiera podían ser algo entre él y yo, no para nadie más. Admití que me había besado, y eso parecía ser suficiente para convencerla de este plan.

"¿Y dices que no es malo a la vista?", bromeó sobre mi resumen unos momentos antes.

"¿No es malo?", gemí. "Dios mío, chica. Es tan atractivo". Golpeando mi mano sobre mi cara, traté de contener la amplia y emocionada sonrisa que se dibujó en mis labios. "Algo debe estar seriamente, mórbidamente mal conmigo".

Ella rió junto a mí, sonando tan lejana por el altavoz. "¿Por qué pensarías eso?".

¿Aparte de la pura locura de entrar en una relación falsa solo para salir de una entrega forzada a unos motociclistas sin ley?

"¿Desear a un hombre mayor?", resoplé una risa débil. "Es mucho mayor que yo".

"La edad es solo un número. Solo significa que él sabrá lo que está haciendo". Se rió. "En todos los sentidos".

Oh, lo sabe. No quería preguntarme cuántas mujeres había practicado para poder hacerme venir tan rápido y sin esfuerzo así. Simplemente apreció que pudiera hacerlo y que hubiera elegido mostrármelo. "Él es…".

"¿Él es qué?", preguntó Tessa, con emoción clara en su tono.

Era tanto que no podía resumirlo fácilmente. Generoso, entregado, arrogante y fuerte. Poderoso y sexy, y muy masculino. “Es muy inteligente”. Se sentía como una salida fácil y un cumplido al mismo tiempo. Era inteligente y tenía experiencia en complacer a las mujeres.

“¿Y caliente?”.

“Oh, Dios, Tessa. Definitivamente caliente. No puedo dejar de pensar en…”. La necesidad era tan fuerte de ser sincera y decirle que me había hecho llegar al clímax. Sin embargo, me detuve, mordiéndome el labio y reprimiendo esta confesión. Quería mantener el recuerdo de él solo para mí.

“¿Sobre qué?”, me instó, aun riendo. “No me dejes en suspenso”.

“Él”. No podía atreverme a decirle toda la verdad. En momentos, los recuerdos de sus besos y caricias me encendían y renovaban ese deseo instantáneo que había despertado en mí. Sin embargo, no se lo diría. La saludé y le expliqué que estaba fingiendo salir con Dante para evitar esa apuesta que había hecho Ricky. Me llevó varios largos minutos calmarla de la ira por esa noticia, pero aun así, no podía mentirle directamente. Ella era mi mejor amiga. Las mejores amigas estaban al tanto de ideas escandalosas como pretender ser la novia de un Señor de la Mafia. Aunque sabía que no hablaría sobre lo que Dante y yo estábamos haciendo, me sentía avergonzada de admitir que nos habíamos besado y que él había llevado la actuación tan lejos como para hacerme llegar al clímax.

Suspiré. “No puedo dejar de pensar en él”.

“Bueno, eso es cursi”, bromeó. “¿Te gusta mucho, eh? ¿Aunque solo sea un juego?”.

Suspiré, deseando poder explicar adecuadamente cuánto despertaba Dante mi deseo.

Al escuchar un claro de garganta detrás de mí, me sobresalté y dejé caer mi teléfono sobre la cama. Me giré, encontrando a Dante de pie en la puerta. No había cerrado del todo la puerta, al parecer, porque no escuché el sonido del mecanismo al abrirse.

Se apoyaba contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la cadera inclinada contra la pared. Sus ojos divertidos estaban fijos en mí. Al primer atisbo de una sonrisa o una mueca en sus labios, supe que lo había escuchado todo.

“Eh…”, me costó encontrar las palabras mientras manipulaba mi teléfono. “Tengo que irme”. Desconecté la llamada y odié cómo mis mejillas se sonrojaron furiosamente. Decir que estaba avergonzada habría sido el eufemismo del año.

Me había atrapado hablando de él como si fuera una tonta enamorada tan lejos de su nivel de madurez.

“¿Tuviste un día productivo?”, preguntó, interesado pero, más que nada, divertido.

“Sí. Eva fue de gran ayuda”. Mierda. ¿Cuánto tiempo había estado allí de pie? Esperaba que no hubiera escuchado mis quejas sobre su sobrina.

“Me alegra escuchar eso”.

Mentalmente gemí. *¿Qué más escuchaste justo ahora?*

“Buenas noches, Sra. Bardot”. Con un leve movimiento de su mentón, un medio asentimiento, se dio la vuelta y me dejó ahí, sintiéndome mortificada y sonrojada por la humillación.

“Buenas noches”, le respondí débilmente, preguntándome cómo podría volver a enfrentarle después de eso.

9

DANTE

Nina y yo tuvimos que mantener nuestros planes en secreto. Eso era un hecho. Sin embargo, escucharla decirle a una amiga que estábamos pretendiendo salir no me llenó de alarma.

Aunque no conocía mucho a la mujer, me sentía seguro de que era una persona leal, alguien que no traicionaría la confidencialidad con un enemigo.

Si quería contarle a su amiga cercana lo que estábamos haciendo, podía permitírselo. Tenía que tener algún tipo de historia que contarle a su compañera de trabajo y amiga para explicar su repentina ausencia y su ocultamiento.

Tan pronto como salí de la habitación de Nina, luché por desestimar la mirada seductora en sus ojos cuando hablaba de lo atractivo que le parecía. Lo había visto, y oído, todo. Hablando mal de Eva, lo cual sonaba bastante acertado. Mi sobrina podía ser fría. Sobre los planes de pretender que estábamos saliendo. Y luego opiniones tímidas sobre desearme, a un hombre de la edad de su padre. El antiguo amigo de su padre. Todo el tiempo, ella estaba relajada en la cama, boca abajo, con sus delgadas piernas moviéndose en el aire y provocándome a mirar su trasero. El espejo al otro lado de la habitación me dio un vistazo de su reflejo mientras tenía su charla de chicas, y disfruté la felicidad emocionada cuando hablaba de quererme.

No estaba mintiendo.

Nina me deseaba.

Lo sentía, y me sentía satisfecho al escucharla admitirlo a alguien más.

Pero tenía que resistir. Apenas habíamos iniciado esta farsa, y no podía dejarme llevar por completo, confundiendo todo al acostarme con ella como tanto deseaba. Dormir con ella haría que todo se sintiera demasiado real. Deslizarme en su vagina o boca haría que esto fuera menos un acto y más una realidad.

“Ahora no”, gruñí para mí mismo mientras me dirigía hacia mi habitación. No podía decirme a mí mismo que renunciara a la idea de alguna vez tener a Nina como quería, pero era muy pronto. Teníamos que cimentar el hecho de que estábamos juntos, primero.

En la privacidad de mi habitación, saqué mi teléfono y busqué a la mujer que Nina había llamado. La llamada fue registrada por la vigilancia tecnológica de la casa, y seguí fácilmente el camino hasta una joven compañera de trabajo llamada Tessa West. No parecía alguien que causara problemas, y guardé la información para más tarde.

No podía resentir a Nina por hablar con su amiga. Mientras hiciera su parte aquí, no podía quejarme. Y durante los siguientes días, lo hizo.

Ocupado con llamadas, reuniones y discusiones con Romeo y Franco, tenía poco tiempo para

ver a Nina. Sabía que estaba en la casa. Había aceptado mi orden de mudarse y quedarse aquí sin protestar. Pero no la vi en absoluto. Eso no significaba que no estuviera en mi mente. Estaba. Profundamente arraigada con una dosis furtiva de intriga, Nina ocupaba mis pensamientos en mi tiempo libre, pero no tenía muchas oportunidades para soñar despierto con ella.

Era ridículo extrañarla cuando estaba al alcance, justo aquí en mi casa. Era otro ejemplo de cómo carecía de tiempo o enfoque para desarrollar una relación real. Mis prioridades estaban en mantener las empresas Constella funcionando sin problemas y asegurarme de que nuestros enemigos no estuvieran aprovechándose o tratando de atacar. Esos dos objetivos generales habían requerido mi atención tanto tiempo que luchaba por salir de ese hábito.

Sin embargo, tenía que hacerlo ahora. Después de salir de mi oficina, me dirigí hacia la habitación de invitados de Nina, más emocionado por la perspectiva de verla y tener una razón para hablar con ella de lo que probablemente debería estar.

Toqué la puerta, y después de su respuesta para entrar, entré en su habitación. Ella se recostó en una silla, con las piernas colgando sobre el reposabrazos.

"¿Ocupada?", pregunté, sarcástico pero no tanto.

"No". Cerró el libro y levantó las cejas.

No pude evitar sentirme sospechoso de que estaba siendo un poco sarcástica al acercarme y preguntarle si estaba ocupada después de que le había advertido tan claramente que no estaría disponible a menudo.

"Me gustaría que me acompañaras a cenar esta noche".

Colocando el libro en una mesa auxiliar, se giró para mirarme completamente, con los pies descalzos sobre la alfombra. "¿Oh?".

Asentí. "Saldremos en un par de horas para encontrarnos con algunos de mis conocidos en Escott's".

Su boca se abrió mientras fijaba su vulnerable mirada azul en mí. "Escott's. Vaya".

Mencionar uno de los mejores restaurantes de la ciudad la impresionó. O tal vez era una intimidación que intentaba disimular.

"No has querido mi compañía en la cena toda la semana".

¿De verdad ha pasado tanto tiempo ya? Parecía que fue ayer cuando había llegado aquí. Decirme a mí mismo que ignorara todos los pensamientos sobre ella estaba distorsionando mi sentido del tiempo.

"Me gustaría que estuvieras presente para que puedan ver que tengo a una mujer en mi vida".

La ligera sonrisa en sus labios no debería haber sido tan sexy. "¿Qué?". Dios, me estaba sacando de quicio.

"Bueno, argumentaría que no tienes a una mujer en tu vida".

La miré, maravillado por su tenacidad al no retroceder. "¿Porque solo estamos fingiendo?". No parecía que lo estuviera. Me imaginaba empujándola de vuelta en esa silla mientras me arrodillaba frente a ella, con su dulce vagina como mi objetivo. Esa imagen se sentía tan real, tangible hasta el punto que mi polla despertó.

"Todo lo que pareces querer en tu vida es tu trabajo". Se encogió de hombros y se puso de pie. "Solo digo que podría ser difícil convencer a alguien de lo contrario".

"Por favor, prepárate para acompañarme a Escott's en un par de horas", repetí, ignorando su intento de provocarme una respuesta.

Esta vez no pudo ocultar su incomodidad. Parecía que la había sacado de su zona de confort con cómo se estremeció y sonrojó.

"Espera. Yo, eh, no estaré lista". Se mordió el labio inferior. "No… no tengo nada que

ponerme. Quiero decir, en general sí, pero, ¿para Escott's?".

"Entonces pararemos en el camino y te conseguiremos algo". Me di la vuelta antes de que pudiera provocarme más con esa mirada inocente. Cuando se ponía tímida y callada, me encendía. Era tan malditamente tierna, juvenil e ingenua, y eso me excitaba y me hacía querer tanto ensuciarla como protegerla, refugiarla.

Cuando sostuve la puerta abierta para ella una hora después, estaba atrapado en una llamada con un soldado que estaba reportando. Luego, cuando llegamos a la boutique para que ella encontrara un vestido adecuado para el elegante restaurante al que íbamos, estaba al teléfono con Franco.

Aunque Nina y yo estábamos juntos en el coche, luego en la tienda de vestidos, estaba distraído por mis prioridades. Hice una pausa en mis conversaciones lo suficiente como para dirigir a la dependienta de la tienda a ayudar a Nina a encontrar algo adecuado para Escott's, y luego salí para seguir hablando.

Romeo se unió con una videollamada de tres esta vez, y no estaba contento con lo que tenían que compartir.

"Lo único que diré es que los Giovanni necesitan dinero", dijo Franco. "Han perdido mucho, y algunos de los hombres bajo mi supervisión han estado reportando que Stefan dice que está bien con su dinero porque sus 'amigos' lo respaldarán".

Romeo resopló. "¿Y nos mencionó? ¿Directamente?".

En la esquina donde se mostraba su video, Franco asintió. "Lo hizo. Stefan ha estado intentando establecer nuevos acuerdos, particularmente con el movimiento de armas, pero nadie quiere trabajar con él después de cómo se alineó con los Domino. Ha estado diciendo a otros que los Constella lo avalarían".

Gruñí y me froté la cara con la mano. "Que se joda".

"Perdí toda fe en Stefan cuando se alineó con los Domino y los apoyó", dijo Romeo.

Me robó las palabras de la boca. "Y ahora no confío en él ni un poco", añadí.

"Han perdido mucho", dijo Franco. "No es sorprendente que Stefan esté desesperado por algo sólido como respaldo".

Negué con la cabeza. "Él necesita mirar en otro lado".

"Ni siquiera está buscando", dijo Romeo. "Está por ahí asumiendo que puede contar con nosotros para apoyarlo".

"No puede". La molestia ardía más intensamente dentro de mí. "No puede presumir que me importa él ahora. Solo porque fuimos buenos amigos hace mucho no significa que eso siga siendo cierto".

Franco suspiró. "Esto también pone a Vanessa en una nueva perspectiva. Ella ha sido tan directa y ha dejado claro que te quiere…".

Apreté la mandíbula. "Lo cual comenzó cuando parecía que los Domino estarían terminados, y Stefan perdería junto a ellos".

"Esto es una tontería", rugió Romeo.

Odiaba la idea de que alguien más me viera como el aliado de Stefan. Era una noción falsa, y tenía que detener la propagación de esa tontería más temprano que tarde. Comenzando con esta cena. Apostaba a que algunos de los hombres en Escott's ya habrían oído sobre las mentiras de Stefan, y sería un excelente lugar para corregirlas y aclararlas.

"No me alinearé con los Giovanni". Miré ambas imágenes en la videollamada, asegurándome de que escucharan esto de manera directa y firme. "Ni con Stefan. Ni con Vanessa".

Estuvieron de acuerdo y se desconectaron tras confirmar que se asegurarían de transmitir eso

a los demás.

Cargado de impaciencia por llegar a esta cena y hacer control de daños por lo que Stefan había dicho sobre algo que no sucedería, esta fantasía de mi amistad y respaldo hacia él, entré en la tienda y me dirigí hacia los probadores.

“¿Nina?”

Ella hizo un ruido de sorpresa, luego se escucharon algunos movimientos detrás de la puerta del probador. “¿Sí?”.

“Apúrate. Vámonos”.

Me di la vuelta para regresar al coche, enfurecido y ensayando cómo disuadiría a cualquiera de pensar que respaldaría a mi ex amigo en futuros acuerdos.

10

NINA

Casi me salgo de mi piel ante la brusca orden de Dante de moverme. No tenía mucho tiempo para elegir algo adecuado para Escott's, un establecimiento elegante al que nunca en un millón de años pensé que iría. Pero la indecisión con la que luchaba era feroz, peor que la presión de la fecha límite inminente.

"Te lo estoy diciendo", dijo la empleada de la boutique. Roló los ojos tan rápido que podría haberlo pasado por alto. "Confía en mí en esto. Tóma este".

Era demasiado insistente, probablemente quería hacer la comisión por vender este vestido de diseñador. Su imploración, pidiéndome que 'confiara' en ella, no era un consejo fraternal dado porque ella fuera una experta. Se sentía más como una broma. Como si estuviera presumiendo su supuesto conocimiento que a mí me faltaba.

"Sé que probablemente no es lo que conoces…". Enfatizó la crítica al pasar junto a la silla donde había colocado mi camisa y jeans. Mientras Eva manejaba las compras en línea para un nuevo guardarropa que se adaptara a alguien del calibre de riqueza de Constella, yo aún no había usado ninguna de las prendas de diseñador. Había estado sentada leyendo en la mansión, sin ir a ninguna parte con Dante para lucir bien.

Hasta ahora.

Su 'invitación' a cenar me sorprendió, pero sabía que algo vendría.

Sin embargo, mi intuición sobre este vestido no dejaba de inquietarme. Me sentía expuesta, literalmente, con los cortes profundos y la ostentación del material ajustado. Me sentía fuera de mi zona de confort, usando este vestido provocativo. ¿Para cenar?

"No sé…". Rara vez me mostraba. Mi combinación de blusa y falda de uniforme de mesera era el límite de lo que alguna vez había vestido. Era modesta pero no tenía miedo de cómo me veía. Simplemente prefería no enfatizar mi cuerpo para llamar la atención.

"Es elegante", insistió la asistente. Al girarse, murmuró: "No es que tú lo sepas".

Probablemente no había pretendido que la escuchara. Eso confirmaba que mis instintos eran correctos. Esta mujer era solo otra chica mala, señalándome como de clase baja inferior e incapaz de adaptarse al mundo elegante de la ropa de diseñador. O de saber qué estaba de moda.

"Nina. Ahora". Dante volvió a golpear la puerta y pronunciar esas dos palabras. No gritó, pero no necesitaba hacerlo. Su tono llevaba un mandato, sin importar qué.

"Está bien". Me encogí de hombros y sacudí la cabeza, odiando tener que rendirme. Sin embargo, escuchar a Dante me instaba a perder mi terquedad. Esto no era yo. Este vestido no lo era. Ir a Escott's no lo era. Todo era una farsa, así que, en esa mentalidad, no importaba si no me

sentía cómoda en este maldito vestido.

Salí del vestidor, asombrada y sorprendida de lo fácil que podría comprarse un vestido tan escandaloso con poco más que la firma de un hombre rico. Dante no me miró, su teléfono pegado a su oído mientras me llevaba de regreso al auto, y me pregunté qué lo había puesto en un estado de ánimo peor mientras yo cambiaba.

No me tardé tanto. La empleada de la tienda prácticamente me empujó ese vestido tan pronto como le dije que íbamos a Escott's a cenar.

Mientras Dante conducía, hablando por teléfono, me encogí dentro de mí misma y traté de prepararme para la noche. Aún era mucho a lo que adaptarse, estar con Dante y esperarse que actuara como su mujer. En el camino al restaurante, controlé mi respiración y me preparé para fingir.

Solo mantente cerca de él. Sonríe. Y… sigue su ejemplo.

Ninguno de esos pensamientos ayudó. Si tenía que seguir su ejemplo, sería sentándome a su lado mientras prestaba atención a su teléfono.

¿Puedo hacer esto? La duda se asomó y traté de tirar del dobladillo de mi vestido hacia abajo en mis muslos. Antes de este momento, todo era fácil. Había podido relajarme lentamente en esa habitación de huéspedes, sintiéndome un poco como un secreto escondido del resto del mundo. Después de toda una vida trabajando duro, esos días de estar tumbada y leyendo eran unas vacaciones.

Ahora, me sentía barata. Expuesta en este vestido. Sin idea de cómo lucir como si perteneciera a un hombre sexy como Dante. Fuera de su auto esa noche, estaba atrapada en esa apuesta; éramos solo nosotros dos besándonos y hablando. En una cena con otros hombres, no podía confiar en una forma física de expresar nuestra cercanía, ya fuera falsa o no.

Demasiado pronto, llegamos, y mientras tomaba su mano y lo seguía dentro, temía que él detectara la humedad de mi palma sudorosa. Estaba nerviosa, tan perdida y confundida.

Nunca había ido a una cena elegante. ¡Nunca realmente había salido con nadie! Ninguno de esos escenarios estaba sucediendo esta noche, y cuanto más me recordaba que todo esto era un acto, más podía concentrarme en mi objetivo.

Lucir como si estuviéramos juntos. Eso era todo. Eso era lo único que tenía que hacer.

Y lo intenté.

Dante estaba en su elemento aquí, hablando con otros hombres igualmente ricos y poderosos, ninguno de los cuales reconocía. Dudaba que recordara sus nombres tampoco, porque yo era la acompañante muda, sin ser saludada o dirigida más allá de un saludo. Él socializaba y hablaba con muchos de ellos en este comedor privado del lugar caro, y todo lo que podía hacer era seguirlo a su lado y beber el trago que me entregaron.

No me tomó de la mano, pero se aseguró de que permaneciera cerca de él con miradas de reojo mientras hablaba con los demás. Al empujarme suavemente, se recordaba a sí mismo que estábamos en proximidad cercana. Mientras tanto, hablaba de negocios.

Los otros hombres me prestaban más atención que Dante, y cada una de sus miradas duraderas, lascivas y de estudio me molestaba. Odiaba cómo sus miradas se quedaban en mí, especialmente en mi piel expuesta, y eso reiteraba lo escaso que era este vestido. No era elegante. Era revelador y atrevido.

Por favor, por favor, mírame. Cada vez que atrapaba la mirada distante de Dante, deseaba que volviera su atención hacia mí, aunque fuera por un momento, para prestarme su presencia reconfortante. Para recordarme que, aunque todo era un engaño y falso, estábamos aquí juntos.

El período previo a la cena llegó a su fin, y Dante se volvió hacia mí con una mirada severa.

Colocó su mano en mi codo y me guio hacia un lado, y me pregunté por qué se veía tan molesto. No podía estar enojado conmigo. Yo había hecho mi parte, estando presente y pegada a su lado.

"¿Qué pasa?". No quería esperar a que me reprendiera o me dijera por qué actuaba como si yo le molestara. Cuando hablaba con los otros hombres, estaba calmado y sereno, enfocado y atento. Conmigo, estaba mirándome con desdén.

"No me gusta esto", admitió. "Cómo están…". Su exhalación fue larga y áspera. "No pueden quitarte los malditos ojos de encima".

Ya fuera un intento de halago o celos irracionales, se estaba equivocando de pleno y no tenía espacio para culparme. Me vestí como me dijeron. Aparecí como él esperaba.

"No me mires como si fuera mi culpa", le respondí con rudeza.

Él arrastró su mirada enfadada de arriba abajo sobre mí.

"Estoy aquí interpretando el papel, Dante". Mantener mi voz en un susurro disminuyó la efectividad de lo que quería decir. Era increíblemente difícil gritarle a alguien hablando tan bajo. "Estoy vestida para ser considerada tu adorno, ¿verdad?".

Él desvió la mirada, molesto.

"Si no quieres que me estén mirando, entonces recuérdales que estoy aquí. Contigo. Para ti".

Su mirada era tan oscura y amenazante que me arrepentí de haber sido tan atrevida al desafiarlo. Pero algo en la sorpresa de sus ojos también parecía un reto. No iba a retroceder.

"Quédate conmigo si quieres que se alejen. Actúa como si estuviera contigo".

Cuidadosa, Nina. Cuidadosa. Esto se suponía que era falso, pero aquí estaba yo hablando como una novia que realmente tendría derecho a su atención. No estaba interesado. Lo había dejado claro, pero luchaba por no difuminar las líneas, deseando que realmente me notara.

"Todo lo que has hecho es hablar de negocios". Bajé la mirada, demasiado intimidada para mantener ese contacto visual directo. No podía leerlo y estaba nerviosa de haberlo empujado demasiado lejos.

Su dedo y su pulgar se apretaron en mi mentón, y levantó mi cara para que lo viera.

"Tenga cuidado con lo que desea", gruñó.

Abrí la boca para responder algo, pero él deslizó su pulgar para atrapar mi labio inferior. "Esta es una reunión de negocios".

"Lo sé, pero…".

"Dante", dijo otro hombre, dándole una palmadita en la espalda mientras se acercaba.

Dante no apartó la mirada de mí, ni siquiera cuando me acercó más y se dio la vuelta con el hombre. Fuimos a la mesa a comer. Nuestra discusión se interrumpió, pero mis palabras tuvieron un impacto. Ahora, él sostenía mi mano. En el firme agarre de sus dedos alrededor de la mía, tenía la corazonada de que iba a demostrarme que estaba equivocada.

¿Tener cuidado con lo que deseo?

Me mordí el labio, preguntándome si él acaba de lanzar un desafío que no ganaría. Porque lo quería, de verdad.

11

DANTE

"A*ctúa como si estuviera contigo"*.

Si pudiera hacer eso de verdad, estaríamos dándoles un espectáculo demasiado grande. Tendría mi boca sobre la suya. Mis manos enredadas en su cabello. Su lápiz labial arruinado y su cuerpo desnudo.

Darme la libertad de estar con Nina desataría una ola de deseo que nadie podría detener. Una vez que cediera a la lujuria que ella invocaba, no habría forma de esconderme ni de contenerme.

Sin embargo, después de sus palabras, lo entendí desde otra perspectiva. Ella había hecho su parte, vistiéndose y acompañándome, pero mientras tomábamos asiento para la cena, repetí en mi mente cuánto realmente había interactuado con ella.

No lo había hecho.

En absoluto.

Con la visión de túnel para contrarrestar las preguntas sobre lo que Stefan había dicho, afirmando falsamente que los Constella siempre lo respaldarían en la amistad y las finanzas, había ignorado por completo a Nina. El equilibrio entre prestarle atención y gestionar la conversación de negocios estaba descompensado, y ahora era el momento de igualarlo.

Ella tenía razón. Si quería que supieran que estaba con ella, tenía que actuar como tal. Y empecé ahora. Sosteniendo su mano, hablando con ella. Mirándola y sonriéndole a su nerviosismo.

Me di cuenta de que probablemente se había sentido perdida y confundida, sin saber cómo actuar como mi acompañante mientras yo charlaba con los hombres con los que a menudo trataba, líderes y capos de otras familias. Saber que ella estaba sufriendo me molestaba, y eso me llevó a darle toda mi atención.

El único inconveniente era cuánto deseaba que fuera real.

Actuar como si la quisiera era un arma de doble filo. Porque en realidad sí lo hacía.

"¿Más?", ofrecí después de que los platos de la cena fueron retirados. Levantando su vaso vacío, le sugerí que tomara más.

"¿Intentando aflojarme?", bromeó con una pequeña sonrisa sexy.

"¿Aflojar?", sonreí. "Me gusta lo ajustada que estás".

Sus mejillas se sonrojaron de inmediato, y tuve que luchar contra un gemido. Verla así de sonrojada era la tentación personificada. Saber que estaba pensando en cómo había tenido mis dedos en su vagina me divertía. Eso era solo el comienzo de lo que soñaba con hacerle.

"Oh". Su respuesta fue suave y breve, y disfruté dejarla sin palabras.

Lo combiné con tomar su rodilla debajo de la mesa, acariciando su piel con mis dedos y preguntándome hasta dónde podría tocar su muslo antes de que se pusiera aún más roja.

"¿Estás disfrutando de tu noche?", le pregunté mientras empujaba mi pulgar y mis dedos a lo largo de su pierna.

Ella no se tensó, pero tenía la sospecha de que estaba midiendo su respiración con cuidado para no reaccionar demasiado obvio a dónde iba mi mano.

"Sí". Tragó saliva, encontrando mi mirada directamente. "Quiero decir, ahora sí".

Humm, aceptando su indirecta. "Los negocios siempre son lo primero", le recordé.

"Qué pena". Separó las piernas, ensanchando su postura en su asiento. El cambio en su ángulo me dio más acceso para deslizar mis dedos más arriba de su piel suave. Y no perdí un segundo en hacerlo. Inclinándome hacia ella, la miré directamente a sus ojos azul profundo que brillaban con travesura. Este ángulo hacía obvio que la estaba acariciando, y no tenía la intención de ocultarlo.

Ella estaba jugando con fuego al invitarme a tocarla más. Yo ardía con la emoción provocativa de intentar ponerla nerviosa. Esto iba mucho más allá del coqueteo, real o falso. Y mientras agarraba su silla y la acomodaba en mi regazo, me aseguré de que ella también lo supiera.

"Oh. Vaya". Exhaló en un suspiro inestable, sorprendida por lo rápido y suave que la coloqué donde quería. Meramente tomarnos de las manos y rozarnos ya no era suficiente. Tenía que poner mis manos sobre ella, su cuerpo en contacto con el mío.

Había estado resistiéndola todo este tiempo, pero sabía que ella podría sentir la protuberancia bajo mis pantalones. Si no tenía cuidado, estaría tensando mis pantalones más pronto que tarde.

"Ahora mismo", le dije mientras acariciaba su mandíbula y besaba su mejilla, "me gustaría asegurarme de que tú llegues primero".

Su pecho subía y bajaba más rápido mientras se recostaba contra mi pecho, relajada y abierta. Esos generosos senos casi se derramaban fuera de su vestido, y mientras los miraba, agradecía que su atrevido vestido pudiera bajarse tan fácilmente. Quería mis dedos en sus pezones, mi boca succionando su carne allí.

Ella giró la cabeza hacia mí, mirándome con tal lujuria brillando en sus ojos. "¿Literalmente?", susurró.

Respondí deslizándome la mano debajo de su vestido. El mantel ocultaba la mayor parte de sus piernas. La oscuridad del comedor tenue ayudaba a las sombras. Incluso si alguien podía ver que quería tocarla, no me detendría. No me importaba. Esto estaba llevando "actuar como si" demasiado lejos, pero se mezclaba con lo que quería, de todos modos. Sentirla. Tocarla. Sentir placer.

"¿Quieres que te haga llegar?", le pregunté al oído. Luego la seguí besando a lo largo de su mandíbula hasta que presioné contra la esquina de su boca.

Ella gemía, girando el resto del camino hasta que me besó. Profundo y largo. Gruñí en su beso, y aumenté la tensión frotando mis dedos sobre su lencería. La estrecha tira de material pronto estaría húmeda, pero por ahora, provocarla era suficiente.

La idea de jugar con ella mientras concluía la cena me parecía adecuada. Pero no quería compartirla. Verla deshacerse, escucharla llegar… quería experimentar eso solo. Todo para mí.

Pero esto es falso, ¿verdad? Su deseo no lo era. Sabía que me quería. Se lo había dicho a su amiga. Sentía la necesidad en ella mientras me besaba y mantenía las piernas abiertas para que la tocara.

Era difícil separar lo que era un acto de la realidad, pero me negué a aflojar la tortura y la

provocación.

"¿Dante?". Alguien se acercó a mí, sacudiendo la cabeza mientras miraba su teléfono. "¿Desde cuándo estás de acuerdo con Giovanni sobre la ruta de distribución hacia los puertos?".

Mierda. Todavía estaban hablando de Stefan y la mierda que había comenzado a decir.

"No". Detuve mi mano bajo el vestido de Nina. Ella se tensó y contuvo la respiración, su boca contra mi mejilla. "Estás equivocado", le dije al hombre de una familia mafiosa rival pero no antagonista.

"Eh. Escuché…".

Así, me llevaron de nuevo al camino de hablar de negocios. Nina seguía en mi regazo, pero me alejaron de darle toda mi atención como quería. Como desearía poder hacerlo. Ser íntimo y cercano a ella era mucho más emocionante que hablar de negocios, pero traté de comprometerme. Con ella en mi regazo, acurrucada contra mí mientras la rodeaba con mis brazos, mantenía la apariencia de que éramos una pareja, entrelazados y cercanos, como si fuéramos uno solo. Pero mientras hablaba sobre Stefan y cómo no se debía asumir que estaba aliándome con él, lamenté las distracciones de todo esto.

Nina me distrajo de desmentir esos rumores.

Stefan y sus bulliciosas mentiras me impidieron hacerme con la joven ansiosa por mi guía sensual para ser complacida. Era una trampa de doble filo, deseándola cuando no debía. Al final de la noche, estaba frustrado con todo y con nada.

Excepto con ella. Docil, callada y paciente, Nina era una mujer ejemplar. No resoplaba ni ponía los ojos en blanco por no tener toda mi atención, ni interrumpía ni se quejaba de estar allí atrapada. Parecía que mantener el contacto físico con ella ayudaba mucho a calmar su incomodidad y su sensación de estar fuera de lugar, pero me atormentaba.

Quería arrancarle este vestido y follarla sin sentido. Quería decirle que se inclinara y me montara en esta silla, aquí y ahora.

En su lugar, logramos sentarnos toda la noche, como pareja, hombre y mujer juntos, hasta que ella se excusó.

"Ya vuelvo". Me besó la mejilla, y me encantó lo tranquila que estaba al tocarme y mostrar afecto, aunque bajo el disfraz de fingirlo.

Se puso de pie, pero mantuve mis manos en su cintura mientras se levantaba.

"Solo voy al baño", explicó con una dulce sonrisa solo para mí.

"Te esperaré". La observé hasta que desapareció de la vista a través de la puerta. Una vez que se fue, exhalé larga y profundamente.

"Mierda. Qué buen culo", dijo Leo, un alto capo de otra familia.

Le lancé una mirada dura. "No es un culo. No es un objeto".

Nina era la hija de mi viejo amigo, y odiaba escuchar a alguien menospreciarla como si fuera una fácil, de a docenas y nada especial.

"Oh. Entonces es serio, ¿verdad?", preguntó Leo, tomando la ausencia de Nina como un descanso de lo que sea que habíamos estado hablando. "¿Tú y ella?". Sorbió su bebida. "Vaya, solo han pasado veinte años desde que murió Grace".

"Treinta", corregí, extrañando a Nina ya. Leo no estaría hablando de mi difunta primera esposa si ella estuviera aquí, y no me gustaba volver a recorrer ese camino de recuerdos.

"Y yo pensé que serías tú y Vanessa formando pareja", bromeó Leo con una mirada cómplice.

"No". Lo dije con más firmeza de lo que pretendía, pero no pude evitar soltar la respuesta instantánea a esa línea. "He dejado claro que no estoy interesado en nada con Vanessa. Ni con su

padre".

Leo asintió. "Nada con los Giovanni, entonces".

"Eso es correcto".

¿Cuántas veces tendré que decírselo? Stefan siempre había sido un hablador, ruidoso y arrogante, pero no importaba cuántas tonterías soltara sobre contar con el respaldo de Constella, yo lo ignoraría por completo.

Volví a hablar de negocios, pero a diferencia de la hora de socialización previa a la cena, esta sesión de charla y copas después de comer se sentía solitaria. Quería a Nina de vuelta a mi lado, y me di cuenta con otra mirada a mi reloj que había estado fuera por un buen rato. Si quería tomar aire fresco afuera, o lo que fuera, los guardias esperaban en las puertas, y ellos la protegerían. Ningún motociclista de MC se atrevería a venir a Escott's, pero había dejado claro a todos los hombres de Constella que Nina estaba bajo mi protección.

"Disculpa". Salí del comedor y la busqué, curioso si todo había sido demasiado para ella. Luchaba entre quererla y decirme a mí mismo que no debía, y me imaginaba que ella sentía lo mismo.

"¿Nina?" La llamé mientras caminaba por la habitación y me dirigía por los pasillos hacia donde estaban los baños. Nada podía haberme preparado para la vista que encontré.

Nina, presionada contra la pared. Un hombre con su mano sobre su boca, silenciándola mientras su amigo la manoseaba, tirando de su vestido hacia abajo.

Eran meseros, hombres que nos habían atendido en el comedor privado. No sabía qué los había llevado a actuar sobre su lujuria por ella mientras ella caminaba sola hacia los baños. Y no me importaba. Una rabia indomable me invadió. Mi presión arterial se disparó. Mi pulso se aceleró. Con los puños apretados, me acerqué rápidamente para liberarla y hacer que estos estúpidos bastardos pagaran por siquiera pensar en tocarla.

Sin embargo, apareció Romeo. Había llegado demasiado tarde para la cena, pero apenas comenzaba a hacer su ronda con los hombres mientras bebían y hablaban de negocios.

Se dirigió hacia los hombres más rápido de lo que yo podía alcanzarlos.

"¿Qué demonios creen que están haciendo?", rugió, arrancándolos de ella.

Ella se tambaleó hacia atrás contra la pared, alejándose de su alcance. Sus ojos bien abiertos transmitían la profundidad de su miedo. Con labios temblorosos, rostro pálido y encorvada, era la imagen de una mujer aterrorizada.

La ira se intensificó. Mi necesidad de hacerles daño creció y creció. Quería consolarla, pero no podía hacer nada bueno por ella mientras esos hombres vivieran y respiraran.

"Llévala a casa", le ordené a mi hijo. Dos guardias de Constella entraron rápidamente, probablemente cerca porque ambos estábamos aquí.

Romeo, jadeando fuertemente, se volvió hacia mí. Luego miró a Nina, encogida contra la pared.

"Llévala a casa", ordené mientras los soldados agarraban a los dos meseros.

Romeo sacudió la cabeza. "Yo puedo…".

"Puedes llevar a Nina a casa. Ahora". Le lancé una mirada, sin querer hacer contacto visual con ella con esta furia salvaje. Mientras le entregaba mi chaqueta a otro soldado, dejé que el calor de mi rabia y posesividad sobre ella me mantuviera ardiendo.

No era mía. No realmente. Se suponía que todo esto era solo un juego. La idea de que esos imbéciles la manosearan garantizaba que morirían de una forma lenta y dolorosa a mis manos. Y cuanto más rápido lo hiciera, antes podría consolarla y asegurarme de que no quedara demasiado marcada por el trauma de esta noche.

“Ve”, ordené.

“Dante”. Ella se acercó a mí, quizás aún más asustada por la rabia que no podía contener. “No lo hice…”.

“Por el amor de Dios”. Sacudí la cabeza mientras los soldados arrastraban a los meseros afuera. “Lo sé, Nina”. Que ella pudiera asumir que la culparía por algo de esto era ridículo. “Sé que no hiciste nada”.

Todo lo que había hecho desde que me encontré con ella fue aceptar salir conmigo de manera falsa. En este momento, tenía que castigar a esos hombres por atreverse a tocar lo que era mío, pretendido o no. Porque tenía un muy serio problema al ver a Nina como mía.

Y ningún hombre viviría para tocar lo que llamo mío. Nunca.

12

NINA

Después de una semana escondiéndome en la mansión de Dante y esperando a que me necesitara para actuar como su novia, esta montaña rusa de noche me descolocó.

"Por aquí", dijo Romeo mientras me guiaba hacia un auto.

No había visto al hijo de Dante en años. Muchos, muchos años, pero reconocí al niño que una vez fue en el hombre que me llevó fuera de Escott's y hacia una SUV con ventanas oscurecidas.

"Sí", respondí sin aliento, agotada por la prisa de escapar y la rapidez con la que todo había cambiado.

La expectativa de tener que prepararme para fingir durante la cena. La indiferencia de Dante frente a mí antes de que empezara. El contraste absoluto de su afecto y besos una vez que terminó.

Y luego esos dos camareros encontrándome en el pasillo, perdida en mi camino hacia los baños porque este lugar era enorme. Aprovecharon el hecho de que estaba sola, y con dos de ellos, más altos y fuertes, estaba en desventaja numérica.

El miedo y la ira se entrelazaron, pero terminó siendo una abrumadora sensación de pánico.

Si Romeo no hubiera llegado cuando lo hizo.

Si Dante no hubiera venido a buscarme…

Estremecerme al recordar lo cerca que estuve de ser violada fue un golpe duro del que me costó recuperarme. Mi piel ardía, sangrando ligeramente por sus uñas cuando arañaron mi vestido. Mi mejilla ardía por la bofetada que me dio el tipo más alto cuando amenacé con gritar. Un líquido cálido goteaba sobre mi mejilla. No era una lágrima, sino un rastro de sangre. Habían roto mi carne, y el recordatorio físico de lo que ocurrió de alguna manera me ancló. Presionar mis dedos contra la herida fue un movimiento que ayudó a evitar que me hundiera en mis pensamientos.

"Gracias…", tragué, y luego aclaré mi garganta. Mi boca aún estaba demasiado seca para hablar mientras seguía a Romeo hasta la puerta del pasajero. "Gracias. Por…".

"De nada". Abrió la puerta, frunciendo el ceño al ver el trozo de tela rasgado que esos camareros arrancaron de mi cuello. "Aquí".

No necesitaba abrir la puerta más. Los guardias de Constella flanqueaban nuestro lado, y otros más estaban detrás de mí. Eran un muro, seguramente protegiéndome. Con lo inquieta y cansada que estaba, me habría metido a empujones a través de un pequeño hueco en la apertura de la puerta. Quería salir de allí… ahora.

Pero, ¿qué pasaba con Dante? Me detuve lo suficiente como para lanzar una mirada

preocupada hacia el edificio. No estaba asustada por él. Podía manejar a esos hombres. Dante era mayor, más fuerte, más musculoso. Pero no podía deshacerme de la ansiedad que seguía apoderándose de mí.

"No los animé", le dije a Romeo tan pronto como entró en el auto y puso la marcha. "No lo hice… No hice nada. Solo iba al baño y ellos me acorralaron y…".

Él levantó su mano para indicarme que me detuviera. "Nadie te culpa por nada".

"Está bien. Pero solo quería decirlo".

Él soltó una risa oscura mientras se aflojaba la corbata. El Romeo de mi infancia siempre había sido un niño serio, pero el hombre en que se había convertido no era diferente. Su aura, su presencia, era sombría y seria. "Llegué tarde a la cena, pero noté que te estaban mirando".

Fruncí el ceño, observando su perfil.

Mirándome de reojo, pero manteniendo su enfoque principalmente en la carretera, parecía tan confundido como me sentía. "¿Estabas… mirándome?".

"Ha pasado un largo maldito tiempo desde que te vi, pero sí, te observé. O supongo que te noté". En un semáforo en rojo, me estudió. "Ha pasado aún más tiempo desde que mi padre realmente salió con alguien o trajo una cita a algo. Así que, sí, me sorprende verlo en la cena con una mujer".

Me estremecí. Dante luchaba con la idea de tener a una mujer en su vida, y la forma en que lo expresó Romeo me hizo preguntarme si el sexy hombre realmente era tan ingenuo y torpe.

"No ha salido con nadie desde que mi madre murió".

"Vaya". Parpadeé, sin esperar eso. Ella falleció antes de que yo naciera, así que fue un largo período de sequía. Por atractivo y guapo que fuera Dante, sin mencionar su obvia experiencia en complacer a una mujer, sabía que no había estado célibe todo este tiempo. Sin embargo, no sabía cómo interpretar su rompimiento de la sequía conmigo.

"¿Estás con él ahora?", preguntó. Su tono era similar al de Dante. Firme y autoritario. Tenía que responder.

"Um, sí".

Él sacudió la cabeza, riendo para sí mismo. "No debería molestarme en preguntar. Vi lo suficiente".

Vio cómo estábamos entrelazados, pero todo era una farsa.

"Estoy pretendiendo estar con él". Me estremecí en cuanto las palabras salieron de mis labios. Soltar eso fue una tontería. La única manera en que Dante y yo podíamos fingir esta relación era si la manteníamos en secreto. Ya le había dicho a Tessa. No lo contaría, pero ¿Romeo?

No sabía si podía confiarle este secreto. O si a Dante le molestaría que se lo hubiera contado también. Romeo y yo nunca realmente nos habíamos llevado bien. Él era demasiado serio. Yo era demasiado callada. Rara vez nos veíamos, solo durante esas pocas veces que mi papá visitaba y nos llevaba con él cuando se ponía al día con Dante.

"¿Estás tratando de manipularlo?", demandó Romeo.

"¡No! No". Sacudí la cabeza, tratando de levantar el vestido rasgado más alto sobre mi pecho. "No a él. Ambos estamos pretendiendo".

"Están fingiendo que están juntos". Lo dijo en lugar de preguntarlo. "No. No me lo creo".

"¿Qué?". Fruncí el ceño, preocupada por haber abierto la boca en absoluto y porque parecía pensar que podría estar tratando de engañar a su padre. "No. Es verdad".

"¿Él está fingiendo que eres su novia?". Me miró antes de salir de la carretera.

"Sí".

“¿Tú?”.

Grité de frustración. “¿Qué? ¿No soy de calidad para una novia falsa?”.

“Esa no es mi decisión. Todo lo que digo es que no te creo. Te vi en el restaurante. Estaban el uno sobre el otro”.

“Porque estábamos fingiendo”.

“Sí, claro”. Se rió una vez más, molesto mientras sacudía la cabeza. “Si esa es la historia que vas a contar, tal vez quieras considerar que él está más interesado en ti de lo que piensas”.

“Él está…”. Recordé sus besos. Sus caricias. Quizás estaba tan enfocado y decidido a estar siempre en modo trabajo que había olvidado cómo actuar como si tuviera una cita. Una vez que se lo señalé, comenzó a tocarme y a mimarme.

“Ten cuidado con lo que deseas”. ¿Realmente quería decir que lo cumpliría?

“Él no…”. Aclaré mi garganta. “No está interesado en mí de verdad. Solo queremos hacerlo creíble, y con lo obsesionado que está con asuntos laborales y demás, simplemente parecía convincente”.

“¿Eso es lo que piensas?”. Me sonrió de lado.

Ya no tenía idea de qué pensar.

“¿Por qué necesitarías fingir salir con alguien? Menos aún, con mi papá”.

“Perdí una apuesta con el club de los Hermanos del Diablo”.

Él levantó las cejas. “¿Qué?”.

Suspiré, avergonzada de admitirlo. Romeo y yo nunca habíamos tenido una buena relación. Aunque era mayor que yo y Ricky era más cercano en edad, sus cumpleaños estaban inusualmente próximos, y aun así, ellos tampoco se llevaban bien. Romeo era simplemente demasiado serio como para acercarse.

“Ricky apostó por mí con Reaper, el líder de los motociclistas, y perdió. Tu papá sugirió que pretendamos salir para que los hombres del MC se apartaran. Que, si me veían con él, se darían cuenta de que ya estaba ocupada”.

“Maldita sea”. Él puso los ojos en blanco. “Tu hermano es un idiota”.

Me encogí de hombros. No discutiría con él al respecto. En momentos fugaces, recordaba cómo me había tratado como un objeto desechable, lo que me hacía elevar la presión arterial.

“En serio. Es un idiota por intentar negociar o tratar con ese MC”.

Junté los labios mientras él se acercaba al camino de entrada. No sabía qué decirle, y parecía que él no esperaba una respuesta, de todos modos.

Cuando extendí la mano para el pomo de la puerta, él salió y rodeó el frente del auto.

“Claro. Se supone que debo ser una dama delicada y mimada incapaz de abrir una maldita puerta”, murmuré para mí, algo molesta por este gesto caballeroso que el hombre Constella insistía en hacer. Probablemente me molestaba porque había crecido sin tales muestras simples de caballería, pero ahora no era el momento para estresarme por eso.

Romeo me ayudó a salir del auto y me condujo hasta la puerta principal. “¿Estarás bien aquí?”.

“Yo, um… Él me mudó aquí el lunes”.

“Oh”. Miró la puerta, abriéndola. “No he estado quedándome aquí últimamente. Así que, noticia para mí. ¿Estarás bien?”. Solo entonces notó mi pecho, donde los hombres habían desgarrado mi vestido y arañado mi piel. Al levantar la vista y ver el pequeño rasguño en mi mejilla, apretó la mandíbula, con una expresión mortal al recordar lo cerca que estuve de ser violada.

“George puede conseguir asistencia”, añadió.

Sacudí la cabeza. “Puedo ponerme una curita. Estaré bien”. En verdad, dudaba que lo estuviera hasta ver a Dante nuevamente, pero no quería pensar en eso. No quería pensar en lo que podría estar haciendo, luciendo tan siniestro y malicioso mientras esos dos meseros eran arrastrados.

Sabía que esta era una familia mafiosa, pero en este momento, odiaba considerar la violencia que ocurría por el hombre con el que estaba fingiendo salir.

“Puedo.” Romeo se volvió después de asentir hacia mí y regresó al vestíbulo. “Puedo organizar algunas lecciones de defensa personal para ti, si te gustaría. Sé a qué te refieres con él. Mi papá a menudo se sumerge en su trabajo y le cuesta ver más allá de eso. Su trabajo ha sido su vida durante demasiado tiempo. Si se olvida de enseñarte a defenderte de los hombres, y algún imbécil se atreve a molestarte como esos dos esta noche, al menos estarás entrenada y preparada”.

Abrí y cerré la boca, sin saber qué decir. Por serio y solemne que fuera Romeo, también era considerado. “¿De verdad?”.

Él asintió, sin sonreír y sincero. “Sí”.

“Está bien. Um, sí. Gracias. Me gustaría eso”. Asentí una vez. “Lo aprecio”.

Con una última mirada, se dio la vuelta y me dejó.

La oferta de Romeo de enseñarme lo básico de defensa personal era un regalo en el que podría confiar mucho después de que esta farsa de salir con Dante hubiera terminado. Esa simple sugerencia de protección significaba mucho para mí, especialmente después de que mi hermano me había perdido en una apuesta y estaba preparado para entregarme a motociclistas rudos.

Nunca me habían protegido, ni de la vida ni de los imbéciles. Claro, los hombres me manoseaban cuando trabajaba de mesera, pero esta noche fue un punto de inflexión. Casi había sido violada, y al ser salvada primero por Romeo y luego por Dante, me sentí valorada y segura por primera vez.

En lugar de buscar a George o Eva, o a cualquiera del personal aquí, subí las escaleras para limpiarme.

Esta noche no había ido como pensaba que podría. Había terminado en una nota horrible.

Pero al dejarme entrar en mi habitación de huéspedes, puse los ojos en blanco ante la absurdidad de que Romeo actuara como el hermano mayor que nunca tuve en Ricky.

¿Y para hacerlo aún más extraño? Estaba saliendo con su papá.

“No”. Cerré la puerta y suspiré. “No, no lo estoy”.

Estaba fingiendo salir con Dante, y me estremecí ante lo difícil que era reforzar la distinción.

13

DANTE

Torturar a los dos servidores no tomó mucho tiempo. Cuanto más rápido los matara en el edificio al que mis soldados los llevaron, antes podría irme a casa y ver a Nina.

Mientras los golpeaba hasta convertirlos en pulpa sanguinolenta antes de dispararles, me di cuenta del primer error que había cometido.

Uno de dos errores cruciales.

Al pedirle a Nina que pretendiera ser mi novia, la había convertido en un objetivo. Cualquier pareja significativa de un líder de la Mafia sería blanco de un ataque, un secuestro o una violación. Aparte de los MC que la buscaban, cualquiera de mis enemigos también podría intentar alcanzarla y hacerle daño. Falsa o no, una vez que la gente se diera cuenta de que Nina era 'mía', podría ser capturada o lastimada.

Estos dos servidores no operaban para una familia rival. Simplemente eran tan estúpidos, plebeyos que querían violar a una mujer por sí mismos.

Fue un error de mi parte permitirle acercarse al peligro, y aborrecía que la hubieran tocado en absoluto.

"Haré las cosas mejor, Nina", dije mientras me dirigía a casa después de dejar a mis hombres deshacerse de los cuerpos. "Lo haré". Ella merecía lo mejor, y si eso significaba gestionar un mejor equilibrio entre mis expectativas comerciales y asegurar su comodidad, lo haría.

Sin embargo, mientras mataba a esos hombres, reconocí mi otro error. Era una locura pensar que Nina y yo podríamos hacer que esta relación falsa fuera creíble sin que nos afectara.

La quería. Quería hacerla sentir segura y protegida, así como anhelaba darle placer y llevarla a la dicha.

Todo eso. La deseaba más de lo que debería, y al llegar a la casa y apresurarme a encontrarla, me pregunté cuánto tiempo podría negarme a mí mismo… y a ella.

"¿Nina?". Llamé a la puerta, pero no esperé su respuesta antes de abrirla. Nunca la cerraba con llave, y lo tomé como otro signo de su inocencia y disposición a acomodarse aquí. Era una invitada, pero se sentía como mucho más.

"¿Nina? Yo…". Me detuve en seco, encontrándola en el baño conectado a su suite de invitados.

Ahí estaba, vistiendo una blusa y pantalones cortos mientras su cuerpo temblaba frente al gran tocador. Fregando algo que yacía en la larga encimera, murmuraba para sí misma en voz baja, ajena a que yo había entrado.

"Nina".

Ella se sobresaltó, girándose parcialmente con un suspiro. “¡Oh! Dante”.

Solté una pequeña risa. ¿Esperabas a alguien más?

No perdí cómo miraba mis manos, probablemente esperando que estuvieran ensangrentadas.

“¿Estás bien?”.

Su respuesta fue un encogimiento de hombros. Se volvió hacia la encimera y reanudó el fregado. “Sí, claro. En realidad, no…”.

“No lo minimices”, le advertí mientras me acercaba a ella.

“No lo estoy. Solo digo que en realidad no me tocaron ni hicieron nada. Romeo pasó antes de que pudieran. Y tú”. Ella frunció el ceño, empapando de nuevo un pequeño paño.

Las manchas húmedas aparecían en la tela, y con los puntos más rojizos en el medio del área, estaba claro que intentaba quitar una mancha de sangre.

¿De quién?

Puse mi mano sobre la suya, deteniendo su frenético intento de limpiar el material. Ella levantó lentamente la vista hacia mí, y con ese movimiento, se giró en mi dirección. Me dio la oportunidad de ver su torso. La camiseta sin mangas que se había puesto estaba cortada lo suficientemente baja como para que viera la pequeña raspadura en su pecho. También tenía una leve marca en la mejilla, y las imágenes de ella en cualquier tipo de dolor renovaron la ira que había comenzado a disiparse cuando maté a los hombres que la tocaron.

“No está mal”, dijo.

“Te lo dije”. Bajé mis dedos para levantarle el mentón, observando la vista clara y completa de sus raspaduras. Ella no se sobresaltó ni se apartó, dejándome ver. “Cualquier marca en ti es un crimen”.

Se había duchado. El vapor aún flotaba en el aire, y su cabello estaba todavía húmedo, desordenado de manera sexy sobre sus hombros y cayendo por su espalda. Las heridas estaban limpias, pero deseaba que pudieran borrarse por completo.

“Lo siento”.

“No. Esto no es tu culpa”.

Aclaré mi garganta y aparté el vestido. Antes de que pudiera alcanzarlo, la levanté y la coloqué en el borde de la encimera.

“Espera”. Ella estiró la mano hacia él, pero no la dejé tomarlo. “Puedo limpiar eso y coser la tira y quedará como nuevo”.

Me mordí el interior de la mejilla, decidido a no sonreírle. Esta adorable mujer. ¿Quería reparar el maldito vestido y asegurarse de que aún tuviera valor?

“¿Por qué?”.

“Bueno, podría revenderlo por mucho dinero. Es un desperdicio simplemente tirarlo”.

Suspiré, deslizando el botiquín más cerca. Debió haberlo sacado, pero había priorizado limpiar y salvar el vestido sobre atender sus heridas. Sabía que no era materialista, pero sus palabras y su tenacidad me hacían sentirme cercano a ella.

Nina no era como las otras mujeres de la Mafia. No estaba acostumbrada a las exquisiteces y a la riqueza. Si hubiera estado buscando una novia materialista, Nina no era la adecuada. Después de años de lo mismo, era un cambio refrescante. No tenía que preocuparme por lo que intentaría sacar de mí, y esa era una libertad que rara vez experimentaba.

“Olvídalo”.

Ella asintió, pero frunció el ceño mientras me veía abrir el kit y encontrar la crema antibiótica y las vendas. “Oh. No. Dante, puedo hacerlo yo”.

Me incliné más cerca, estando entre sus rodillas, y ese acercamiento la hizo sobresaltarse

sobre la encimera.

“Tranquila”.

Se frotó la nuca, reacia a establecer contacto visual de repente. Después de la noche que había tenido, no me sorprendía que estuviera nerviosa. Pero parecía que estaba nerviosa a mi alrededor, no que estuviera traumatizada por esos hombres.

“Lo siento por lo que pasó”, le dije mientras comenzaba a atender la raspadura en su pecho. Tener mis dedos cerca de sus senos me alteraba. Si bien no había nada sexy en las acciones de ayudarla con los primeros auxilios básicos, se sentía íntimo.

Estar solos juntos. Tener el permiso para tocarla…

“Es la vida”, respondió. “No es la primera vez que me tocan o que alguien me agarra”.

Entrecerré los ojos hacia ella, odiando que esa fuera su realidad. “¿Dónde?”.

“Principalmente en el Hound and Tea”.

“¿Cuándo trabajabas?”.

Ella asintió y se quedó quieta mientras aplicaba la crema en el pequeño corte de su mejilla. “Eso lo comparto contigo. Trabajar. Era todo lo que hacía. Así que, si los hombres se aprovechaban, era solo parte del trabajo. A las mujeres les pasa en todas partes”.

Miré sus ojos azules, manteniendo su mirada durante unos segundos. “Ya no más”.

“Bueno, sí. Porque no trabajo allí ahora. Desde que estoy aquí… contigo”.

Odiaba lo temporal que sonaba eso. Se estaba volviendo demasiado fácil y natural volver a casa y saber que ella estaría aquí.

“Y porque si otro hombre te toca de nuevo, morirá a mis manos, igual que esos dos meseros”.

Observé cómo su delicada garganta se movía con su esfuerzo por tragar. Luego, encontrando sus ojos, esperé una señal de horror o desagrado. No vi ninguna.

En cambio, suspiró. “Lo suponía”.

“¿Suponías qué?”. Presioné las pequeñas vendas contra sus cortes.

“Que los lastimarías”.

La ayudé a bajar. “Los maté, Nina”. No necesitaba decírselo, pero quería hacerlo. Ella era tan diferente de mí y de lo que estaba acostumbrado. Era nueva, ignorante sobre los entresijos del estilo de vida de la Mafia. Era pobre e inexperta, no habiendo vivido mucho aún en su vida. Esos contrastes entre nosotros solo me hacían desearla más, y me sentía obligado a ponerla a prueba en esto. Ver si el saber que maté a alguien, por ella, la haría sentir repulsión hacia mí.

Quedándose quieta, mientras mantenía mis manos en sus caderas, asintió. “Sí. Lo supuse”.

“¿Y no te molesta?”.

Ella se lamió los labios. “No. No tengo control sobre ti o lo que dices y haces. Vives por un código distinto al mío, y no es mi lugar juzgar o esperar algo diferente”.

La insté a salir del baño, caminando con ella. “¿Es esta tu forma de decir ‘tú haz lo tuyo’?”.

“¿Quizás?”. Se mordió el labio inferior y bajó la mirada. “Simplemente no entiendo por qué irías tan lejos”.

La guie hacia la cama. Una vez que estuvimos allí, tiré la cubierta hacia atrás y le hice una seña para que se metiera. Había hecho lo que vine a hacer. La revisé. Parecía estar bien. Me sentí satisfecho al atender sus cortes.

Pero tenía que salir de aquí. Ella estaba nerviosa a mi alrededor, no juguetona ni coqueta como había estado en el restaurante. La quería así de nuevo, pero no tenía derecho a desearlo.

No aquí. No sola, con ella confiada y abierta, siguiendo mi ejemplo y actuando tan sumisa.

La follaría… toda la noche, de todas las maneras posibles. Pero eso estaba tan lejos de ‘fingir’ que no podía suceder.

“No soy… tuya”, dijo mientras se subía a la cama y me miraba.

“Se supone que todos deben pensar eso, sin embargo”.

“¿Así que me vengaste por nuestra conexión falsa?”. Levantó una ceja, poniéndome a prueba.

Si estaba pescando, si estaba probando las aguas para ver si le diría que realmente me importaba, estaría esperando mucho tiempo. Estaba haciendo mi mejor esfuerzo por mantenerme bajo control, y podría durar más tiempo aún.

No podía ceder ante ella. Al menos, no todavía. Ella me miraba en busca de protección. Si realmente fuera mi mujer, estaría en un mundo de peligro mucho mayor, siendo un objetivo como colateral. Y odiaba la posibilidad de que alguna vez volviera a ser lastimada.

“Siempre haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que estés a salvo, Nina”.

Ella suspiró de nuevo, pero se convirtió en un bostezo. “Lo siento. Por no cumplir con mi parte del trato muy bien”.

Fruncí el ceño al ver su sexy y relajada posición en la cama. A pesar de que hablábamos lentamente, calmadamente y en voz baja, mi corazón latía rápido y mi pene se endurecía. Este era un momento más suave que compartíamos aquí, pero maldita sea, quería unirme a ella en esta cama y hacerla olvidar lo que sucedió antes.

“¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo no estás cumpliendo bien con tu parte? Todos esos hombres sabían que estabas conmigo. Ese era todo el punto”.

“Lo sé. Pero…”. Se encogió de hombros y sonrió tan débil y rápidamente que supe que estaba reprimiendo su respuesta a lo que realmente tenía en mente. “Olvídalo. No importa”. Con un ligero gesto, me dio una expresión de ojos de ciervo y sumisa que me tentó. Como si quisiera decirme sin una sola palabra que me deseaba.

Oh, Nina… Quiero hacerlo.

Su mirada sexy y seductora era una súplica, un ruego desesperado para que me uniera a ella en esta cama. Tal vez era demasiado tímida. Quizás no sabía cómo pedirlo y esperaba que yo leyera el mensaje en su rostro expresivo y hermoso.

Lo hice. Pero resistí.

En su lugar, probé mi paciencia y control. Acercándome un poco más, besé su frente y luego retrocedí antes de atreverme a posar mis labios en otra parte de su cuerpo.

“Buenas noches”.

La decepción en sus ojos me irritó, pero sabía que no podía ceder. No ayudaría a ninguno de los dos. “Buenas noches, Sr. Constella”, comentó con picardía, pero de manera somnolienta.

Sonreí, manteniéndome recto antes de girar para irme.

Tan pronto como salí de su habitación, vacilé en el pasillo. Ajusté mi erección debajo de mis pantalones, gruñendo ligeramente por lo duro que me había puesto.

Una mirada a su puerta cerrada me provocó. Estaba sin llave. Siempre estaba sin llave. Ella yacía allí, mirándome con tanta apertura y confianza. Todo lo que tendría que hacer sería volver a entrar y hacer lo que quisiera con ella.

Aunque no fue fácil, resistí mi deseo y me alejé antes de que pudiera actuar sobre esta conexión condenadora y maldita que aún no se había desvanecido.

Había matado por ella.

Al llegar a mi habitación y saber que tendría que ducharme y masturbarme pensando en ella, supe que haría cualquier cosa por la mujer que se suponía que debía fingir que era mía.

14

NINA

Mis rasguños sanaron en unos pocos días. Aunque fue aterrador ser atrapada por dos hombres, no me molestó ningún trauma duradero más allá de esa primera noche. Era como le dije a Dante. Los hombres acosan a las mujeres todo el tiempo. Eso no era una excusa, afirmar que era el *statu quo* tolerar y acostumbrarse a ello, pero no había nada que pudiera hacer para cambiar la mentalidad general que los hombres comunes tenían contra las mujeres.

Ser atrapada por los motociclistas y entregada a Reaper me asustó, y mientras permaneciera en esta relación falsa con Dante, estaba a salvo. Evitaría ese destino todo el tiempo que pudiera.

En lugar de volver a comportarse como lo hacía esa primera semana, Dante estaba más presente. Al menos de paso. Seguía ocupado, siempre al teléfono o yendo a hablar con gente. Varias veces, lo vi reunirse con Franco y Romeo cerca de la piscina. El día que salí allí, preparada para nadar, los encontré sentados en una mesa bajo una gran sombrilla. Nunca me había envuelto tan rápido en una toalla y corrido de regreso a la casa como en ese momento. Mi traje de baño no era demasiado revelador, pero tampoco era la definición de modestia. Simplemente me sentí mal por si acaso los había interrumpido.

Sin embargo, después de ese incidente, parecía que Dante intentaba encontrarse conmigo en su enorme casa. Regresó a casa para cenar conmigo. No hablamos. Franco y yo continuamos charlando lo poco que lo hacíamos, ya que él estaba en la casa más que Dante. Aun así, Dante estaba allí.

Y de nuevo, cuando fui al gimnasio, lo pasé al salir de él. Otra vez, cuando quise un refrigerio, nos encontramos cerca de la cocina. Todos parecían episodios inocentes de casualidad. Si creyera en las coincidencias, habría dicho que era el caso de nuestros encuentros.

Quizás él lo estaba planeando. No lo sabía. Pero en la semana siguiente a esa cena, cuando le dije que actuara como si quisiera estar conmigo, me preguntaba si pensaba que lo decía literalmente.

“Él tiene que saber que lo dije en el contexto de pretender que estábamos saliendo”, le dije a Tessa por teléfono. “¿No?”.

“No lo sé”.

Me mordí el labio inferior, bajando las escaleras para prepararme el almuerzo. Quizás Romeo o Franco pasaran y pudiera prepararles un sándwich y una ensalada. Dante me dijo justo ayer que no necesitaba poner de mi parte y contribuir al hogar. Me recordó que contrataron personal para mantener la casa funcionando. Pero me había acostumbrado a estar aquí y sentir que estaba ‘con’

los Constella, y era natural querer compartir un almuerzo con los demás.

"Cuando lo puse en aprietos y le dije que tenía que actuar como si quisiera estar cerca de mí para hacer que esta cita falsa fuera creíble, me dijo que tuviera cuidado con lo que deseaba", le conté.

"Uuuh. Suena travieso".

"Pero estaba bromeando". Tenía que estarlo. "Esta tensión sexual entre nosotros no ha desaparecido, pero él se escapó de actuar al respecto. Esa noche, me llevó a la cama, y no hay manera de que no se diera cuenta de cómo lo miraba".

"¿Cómo?", preguntó.

"Como si deseara que me devorara. Como si quisiera devorarlo a él. Estaba ardiente, Tessa. Me excitaba su forma de actuar antes, y lucía como una mujer que deseaba tenerlo a su lado".

"¿La noche en que esos tipos te acorralaron?", preguntó, incrédula. "Por supuesto que no te tomó en ninguna situación sexy. Estabas asustada".

No realmente. Sabía que Dante estaba en el edificio, que los guardias Constella estaban cerca. *También era la noche en que le importó tanto lo que sucediera que mató a esos dos hombres.*

"Es tan confuso ahora". La mitad del tiempo pensaba que me quería, y la otra mitad estaba convencida de que quería estar casado con sus negocios y su organización, sin tiempo para nada ni nadie más. "Todos estos encuentros y el casual encontrarnos".

"¿Qué esperas? Ya estás viviendo allí como compañeros de cuarto".

Supongo que esperaba que me tratara como lo hacía antes, esa mezcla de burlarse de mí y quererme, pero manteniendo su distancia de todos modos.

Eva entró por el primer piso, con la mirada entrecerrada fija en mí. Como cada otra vez que veía a Eva en su enorme casa, me preparé para otra parte de su actuación de chica mala. Era evidente que me desagradaba. Aunque no la culparía por proteger a su tío y a su primo, tenía que aprender a retroceder. No estaba aquí para arruinarles. No quería causar problemas con nadie.

Ella parecía impermeable a entender eso, sin importar cuán educada y abierta fuera con ella.

"Te llamaré más tarde", le dije a Tessa. No necesitaba que Eva escuchara sobre mis sentimientos encontrados respecto a Dante. Por lo que ella sabía, era su novia a la que él rara vez le prestaba atención.

"¿Llamas a tu amante?", adivinó Eva.

¿Por qué no puedes volver a la otra casa? Simplemente no quería lidiar con ella. Durante esos primeros días, ella ayudó a conseguirme un guardarropa y necesidades, donde asumía que era una pobre nadie a la que tenía que proveer. Quizás esa era la razón de su andar defensivo. Asumía que estaba aprovechándome de la riqueza de Dante.

Si él fuera mi sugar daddy, eso lo resumiría.

Durante su recorrido, señaló la extravagante casa de huéspedes que llamaba hogar en la propiedad. Romeo vivía en otra.

Sin embargo, después de esos días iniciales, no tenía que soportarla mucho.

"No, Eva". Suspire, molesta porque me pusiera a prueba y me acusara de tener un amante. El único hombre que quería etiquetar de esa manera era Dante. Cada vez más, soñaba y fantaseaba con él.

"¿Te gustaría almorzar conmigo?", ofrecí, decidida a actuar como la persona mayor, matando el odio con amabilidad y todo eso.

"No". Cruzó los brazos, mirándome de arriba a abajo y sin duda molesta porque todavía llevaba la ropa que elegí, ropa genérica y casual, no la basura de diseñador que había traído aquí

para mí.

La campana sonó antes de que pudiera decir otra palabra. Miré hacia la puerta principal y luego me pregunté si George la abriría. No estaba prohibida de abrir la puerta, pero nadie nunca tocaba el timbre. Todos los que venían aquí tenían que ser aprobados por los hombres en las puertas, y todos los que caían en esa categoría normalmente estacionaban y entraban a la casa a través de la conexión del garaje.

"¿Quién es?", le pregunté.

"¿Qué, ahora soy psíquica? No tengo ni idea". Eva se rió de mí. "¿Invitaste a alguien?".

¡Argh! Ya basta. "No, no lo he hecho". No sabía la maldita dirección para dársela a nadie.

"¿Debo esperar a George?", le pregunté.

"Dios, eres tan desinformada. Hoy no está. Tiene una cita con el médico".

Asentí, haciendo una mueca. "Cierto. Esa cita para el tratamiento de conducto". Me encogí de hombros, dirigiéndome hacia la puerta y esperando que no fuera nada con lo que tuviera que lidiar. Mi estómago gruñó y me iba a poner de mal humor en cualquier momento, ya que había entrenado duro esta mañana.

Después de deshacer los candados y confiar en que nadie podía venir aquí sin pasar por las puertas, y luego también los guardias de perímetro que patrullaban el área, abrí una mitad de las viejas puertas dobles.

Una delgada morena estaba allí, esperándome. Su mueca sugería desdén al verme responder. A pesar de la brisa en el aire, su peinado se mantenía perfecto y liso, en su lugar. Debajo de su maquillaje aplicado con maestría, su piel brillaba, pero los labios demasiado hinchados que fruncía con desagrado eran tan falsos que me preguntaba si se daba cuenta de que los estaba moviendo.

"¿Hola?".

Su rostro se torció aún más, contorsionando su desagrado en una mueca. "¿Perdón?".

¿Qué? Levanté las cejas. "¿Hola?".

"¿Por qué no estás de uniforme?", exigió.

"¿Uniforme?". Miré hacia un lado, atrapando la mirada de Eva. Ella se quedó a mi derecha, fuera de la vista de esta visitante en la puerta. Rodando los ojos y cruzando los brazos, se mantuvo al margen.

"No tengo uniforme", dije lentamente, preguntándome si estaba desequilibrada o perdida. "¿Puedo ayudarte?".

"¿No eres una ama de llaves?".

Suspiré, perdiendo la paciencia. "No. No lo soy. No se permiten vendedores, por favor". Lentamente cerrando la puerta, descarté esto como una rareza. Cómo una vendedora había pasado la seguridad era un misterio para mí.

"¿Qué?". Golpeó su mano contra la puerta, manteniéndola abierta. "No estoy vendiendo nada". Sostuvo una bolsa en alto. El papel arrugado que sobresalía del contenedor mostraba que era un producto horneado de algún tipo de una pastelería elegante. "Estoy aquí para ver a Dante".

"¿Lo estás?".

Ella resopló. "Sí. Para nuestra cita de almuerzo".

Fruncí el ceño. Si alguien podía reclamar una cita con ese hombre, habría sido yo. Falsamente, en nombre de la fantasía, pero, aun así. Él era mío.

"No, no es así".

Se le cayó la mandíbula. "¿Perdón?".

Puse una mano en la cadera. "No estás aquí para ninguna cita con él".

“¿Quién dice eso?”.

Le lancé una mirada divertida. “Yo”.

“¿Quién diablos eres tú?”.

“Su novia”.

Durante varios minutos, se rió tanto que se le salieron lágrimas de los ojos. Me quedé allí, esperando a que se calmara. Intentando empujar, sacudió la cabeza. “Quítate de mi camino”.

Golpeé mi mano en el marco de la puerta y bloqueé mi codo. Era un bloqueo muy físico que le impedía acercarse más.

“No”.

“No eres su novia”. Ella sacudió la cabeza, como si la broma fuera sobre mí.

La miré fijamente. Si estaba buscando a alguien fácil de manipular, no me encontraría así ahora. No era nada de Dante, no realmente, pero este era el papel que él esperaba que desempeñara. No tenía idea de quién era esta mujer, así que apostaba a que tenía que mantener esta falsedad con ella también.

“Él me está esperando”, insistió, furiosa.

Él ni siquiera está aquí, idiota. Se había ido hace una hora, deteniéndose en el gimnasio cuando estaba a mitad de mi entrenamiento para decirme que iba a una reunión. En ese momento, me sorprendió, pero me conmovió que me dijera algo.

“No tienes que informarme”, le había dicho en tono de broma, sudorosa y asquerosa en la caminadora.

Él simplemente se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros. “Tal vez quiera hacerlo”.

Más palabras confusas.

“No te está esperando”, le dije a la mujer en la puerta. “Y no está interesado en tu regalo”. Miré la bolsa de la panadería que tenía en la mano.

“No sé quién demonios te crees”, gruñó, “pero él no está contigo ni con nadie más que…”.

Cerré la puerta en su cara. Como no siguió un grito de dolor, asumí que se echó hacia atrás antes de que realmente le golpeara la nariz. Malditos insultos y gritos llegaban amortiguados a través de la puerta, pero ya había tenido suficiente. Si seguía con ese ruido, un guardia la escoltaría fuera de la propiedad.

Estaba demasiado hambrienta para molestarme con eso. Girando para ir de nuevo a la cocina, disminuí mis pasos ante el aplauso burlón de Eva.

“Me alegra ver que no eres fácil de manipular”.

La miré, sin traicionar mis emociones. Si no me involucraba en su sarcasmo, estaba segura de que se iría más pronto que tarde.

“Te mantuviste firme”. Me siguió, sin rendirse en mi rápida caminata hacia la cocina.

“Vanessa nunca es agradable de soportar, pero cerrar la puerta en su cara…”. Se rió de forma oscura mientras llegaba a la cocina y abría el refrigerador. “Eso fue brillante”.

“¿Vanessa, eh?”, pregunté mientras miraba dentro del refrigerador. Ahora tenía un nombre. La próxima vez que me encontrara con Dante en la casa, me aseguraría de preguntarle qué demonios pasaba con ella al venir así.

“Sí. Vanessa Giovanni. Seguramente le diste una lección”.

Me encogí de hombros. Dante me dio un papel, actuar como su novia, y lo cumpliría. “¿Quieres una ensalada?”. Miré de nuevo a Eva. Ella estaba con la cadera apoyada contra el borde de la isla.

Ella exhaló, como si se estuviera preparando para decir algo más. “Nina, ¿por qué estás

saliendo con Dante?”.

Hice un gemido mental, no queriendo el tercer grado de nuevo. Me había bombardeado con todo tipo de preguntas sobre nuestra relación, pero afortunadamente, Dante la escuchó y la puso en su lugar con respuestas vagas.

“Porque no puedo culpar a Vanessa por reírse de la idea de que tú estés saliendo con mi tío”.

Resoplé mientras colocaba verduras sobre el mostrador. “Genial. Gracias”.

“Nada personal”, dijo ella.

“Oh, estoy segura de que sí lo es”.

“Simplemente no eres su tipo. Eso es un hecho”. Mientras la miraba, levantó las cejas, altiva como si supiera todo. “No eres el tipo de Dante, en absoluto. Sin embargo, aquí estás”.

Hice un gesto de jazz solo para molestarla. “Aquí estoy”, canturreé. “¿Entonces no quieres una ensalada?”

“No. No ensalada. Nina, ¿por qué está mi tío perdiendo su tiempo saliendo contigo?”. Me miró directamente, sin darme opción de evadir la pregunta.

Me mordí el labio, tentada a decirle la verdad. Que no estaba saliendo con él, aunque desearía estarlo, con todas mis fuerzas. Que anhelaba sus besos y extrañaba sus miradas seductoras y provocativas.

Mientras le contaba la verdad a Romeo y admitía que Dante y yo estábamos fingiendo estar juntos, estaba nerviosa de compartir esa misma verdad sin censura con ella. No sabía si podía confiar en Eva, y no tenía la confianza ni el valor para arriesgarme a intentarlo. Aún me preguntaba si había estado mal confiar en Romeo lo poco que lo hice, pero hasta ahora, nada había regresado a mí de eso. Dante no había venido a exigirme saber por qué le dije la verdad a su hijo.

Además, ¿qué demonios puedo decir? Oh, estoy aquí porque él quiere que parezca su novia. Se supone que es un acto, pero realmente desearía que fuera la verdad.

Mi deseo por Dante solo se profundizaba, y me di cuenta de que mi interés en él era como una bomba de tiempo. Cuanto más lo fingía, que simplemente estaba aquí para pretender, más se solidificaban y fortalecían mis afectos.

Más pronto que tarde, algo estallaría. Algo tendría que ceder.

Pero no le iba a dar a Eva ni una pizca de verdad ahora.

“Porque él quiere salir conmigo”. Le lancé una mirada fría que le advirtió que no diría otra maldita palabra sobre eso.

15

DANTE

Franco se unió a mí en uno de los restaurantes de la familia, y me pregunté cuándo podría planear llevar a Nina aquí. Desde aquella noche en Escott's, quería otra oportunidad para sacarla. Para que nos vieran juntos. Para tener una excusa para presumirla y demostrar que ella era mi mujer.

Me había condenado a mí mismo recordándole que solo teníamos que "montar el espectáculo" cuando había otros cerca.

Toda la semana había estado haciendo un esfuerzo por verla. Por pasar junto a ella. Incluso un rápido saludo en la casa.

Esa noche en Escott's cambió algo. No porque hubiera matado a esos hombres por tocarla.

Sino porque ella se me había ofrecido y yo la rechacé.

"Romeo debería llegar en cualquier momento", dijo Franco cuando llegaron nuestras bebidas.

Me encogí de hombros. No era el niñero de Romeo. Era mi segundo al mando y nunca me fallaba. Sin embargo… "Aún está molesto por la traición de Mario".

El suspiro de Franco fue pesado y largo. "No creo que esté molesto y culpable por la traición de Mario. Solo porque mataron a tres soldados y no fue lo suficientemente rápido para salvarlos".

Asentí, enojado y orgulloso al mismo tiempo. Yo también aborrecía perder buenos hombres, pero quería que Romeo superara todo de alguna manera. Estaba contento de haber hecho un buen trabajo criándolo solo. Siempre era tan serio, pero también de buen corazón. Si desestimaba esas muertes como si no significaran nada, entonces no sería más que otro asesino a sangre fría.

Él apareció, deteniéndonos de hablar más sobre él. "Lo siento". Sacudió la cabeza. "Pasé por la casa y me retrasé".

¿La casa? ¿Pasó algo con Nina? "¿Por qué?".

Él puso los ojos en blanco. "Eva".

Suficiente dicho. Mi sobrina podía entrar en un modo de madre gallina del que nadie se libraba.

"¿Viste ese mensaje?", preguntó Romeo a Franco.

Franco hizo una mueca, mostrándome su teléfono. "Lo vi. Mira, Dante".

Eché un vistazo a la pequeña pantalla, viendo la misma imagen que otro soldado ya me había enviado. "Ya me habían informado sobre esto. Esos malditos motociclistas", murmuré.

Un soldado de Constella había capturado un video y fotos fijas de un motociclista hablando

con uno de los capos principales de Stefan.

"Están hablando sobre esa ruta de distribución de armas", dijo Franco. "Eso debe ser por lo que se arriesgaron a reunirse así".

Sacudí la cabeza. No tendríamos absolutamente nada que ver con eso. No importaba cuántos rumores esparciera Stefan, no me incluiría. No entraría en ningún trato con esos motociclistas.

"Investigué sobre ellos", dijo Romeo, echándome un vistazo. "Después de que Nina los mencionó de pasada, que Ricky era amigo de ellos…".

Mierda. ¿Lo sabía? Romeo no era estúpido, pero aún no me había preguntado sobre Nina estando en la casa.

"Son un grupo de imbéciles desagradables", resumió.

"Ya lo sabíamos cuando declararon la guerra a la Familia Domino", le recordé.

"Declararon la guerra y ganaron", añadió Franco. "Quizás están conspirando con los Giovanni para atacar a alguien más".

Me encontré y mantuve su mirada. "Si nos convierten en sus enemigos…". Sacudí la cabeza. "No sobrevivirán". La familia Constella había reinado suprema durante demasiado tiempo para que unos recién llegados como esos motociclistas sucios y grises nos echaran del poder.

"Eso solo hace que sea aún más urgente rastrear sus reuniones y seguir espiándolos", dijo Franco. "Ya he asignado más hombres para manejar las amenazas".

Gruñí. "No es una amenaza aún". *Pero en el momento en que ataquen en cualquier dirección cercana a nosotros, serán recibidos con tanta munición como tengamos.*

"¿Vas a la Gala Sarround?". Romeo levantó el mentón para mirarme directamente después de sorber su bebida.

Suspiré, pero esta vez no puse los ojos en blanco al mencionar ese evento de gala. Sabía que se acercaba pronto, pero no había estado pensando en ello últimamente. Esas reuniones normalmente eran una molestia. Demasiados jugadores en un solo lugar. Demasiada tensión que podría estallar en cualquier momento. Y, mientras tanto, teníamos que sonreír y actuar como si nada estuviera mal.

"Sí".

"Odias socializar en esas cosas", comentó él con una sonrisa burlona.

Asentí. "Por lo general, sí". No esta vez. Estaba ansioso por esa noche por primera vez en muchos años. Justo había estado pensando en querer otra oportunidad para sacar a Nina y tener una excusa para besarla y tocarla en público. Todo para reforzar la idea de que estábamos juntos. La Gala Sarround era una excelente oportunidad para eso. "Estaré allí. Con Nina".

Franco se desplazó por su teléfono, frunciendo el ceño mientras se concentraba en lo que leía, pero aun así asintió, reconociendo lo que dije.

"Con Nina", confirmó Romeo.

Lo miré a los ojos.

"¿Estás con Nina para despistar a Vanessa?". Se recostó en su asiento y cruzó los brazos, luciendo bastante satisfecho por hacerme esa pregunta.

No mordí el anzuelo de su tono burlón. "¿Desde cuándo te preocupas por las mujeres con las que salgo?".

Franco rió una vez sin mirar hacia arriba de su teléfono mientras continuaba haciendo malabares. "¿Salir? Nunca has salido con Vanessa".

Y nunca, jamás lo haré. Incluso si Stefan no hubiera cruzado una línea al presumir que la familia Giovanni podía contar con una alianza con los Constella, estaba harto de esa mujer depredadora.

“Nunca has salido con nadie. Punto”, bromeó Romeo.

Me encogí de hombros, declinando un segundo de la presión para responder sobre este asunto.

“¿Qué pasa?”, preguntó Romeo. “Después de la situación en la que la encontré en Escott’s, sin mencionar verla sentada en tu regazo como si se hubiera convertido en tu mascota favorita…”.

Suspiré. ¿Mascota? Eso era un nombre demasiado trivial y lindo para la mujer por la que sentía lujuria. La soñaba todas las noches. Mis pensamientos aleatorios volvían a ella. Nina se había acercado tanto sin intentarlo. Estaba bajo mi piel y en mi mente, y no había mucho espacio para intentar negarlo.

“Empezó así”, confesé.

“¿Así?”, preguntó Romeo. Franco me lanzó una mirada por un segundo, curioso también.

“Empecé a ver a Nina para mostrarle a Vanessa que estoy ocupado”.

Romeo frunció el ceño. “Ella no estaba en la cena en Escott’s esa noche”.

“No”, dijo Franco, “pero creo que la noticia se está extendiendo sobre que él estaba allí con Nina”.

“Y después de que llegue a la Gala Sarround con ella del brazo, todos verán por sí mismos que está conmigo”.

Mi hijo era demasiado perspicaz para simplemente tomar mi palabra por cierta. Se enfocó en un par de cosas. “¿Qué quieres decir con que empezaste a ver a Nina por esa razón?”.

Busqué las palabras adecuadas para explicarlo todo. Aunque no me avergonzaba admitir que le había pedido a Nina, la hija de mi amigo, que pretendiera ser mi novia, ahora eso me parecía una mentira, casi una inexactitud.

Nina había llegado a importarme, y mucho, en tan poco tiempo. La deseaba con un hambre que no estaba seguro de poder aplacar por mucho más tiempo, así que decirle a mis dos hombres de mayor confianza que ella solo estaba en mi vida para fingir que éramos pareja se sentía como un engaño.

La quiero. Pero tragué esa verdad honesta, evitando decirlo aquí y ahora.

Nina debería ser la primera persona en escuchar esa declaración. Quería expresar mi deseo hacia ella, y actuar en consecuencia.

Solo quedaba una pregunta. Solo una decisión me quedaba por tomar.

¿Debería decírselo antes o después de esa gala? Porque ya no parecía una buena elección mantenerlo todo reprimido.

La vida es demasiado corta para desperdiciarla en cualquier cosa… tanto en lo bueno como en lo malo.

Si Nina había llegado a mi vida para ser rescatada de una promesa a los motociclistas con los que me negué a trabajar, tal vez ella también me había rescatado a mí—de un futuro vacío de completa soledad.

16

NINA

Al día siguiente, volví al gimnasio en el nivel más bajo de la mansión. Antes de mudarme aquí, el cuidado personal y hacer de mi salud una prioridad eran un ideal inalcanzable. Trabajaba demasiado. No tenía dinero para una membresía de gimnasio ni para ningún equipo.

Aquí, me sentía como una invitada consentida para realmente entrar en la adicción del cardio. Sospechaba que no estaba usando correctamente las máquinas de pesas, pero hasta ahora, no me había lastimado.

Correr en la cinta se había convertido en mi favorito, y así fue como Dante me encontró; de nuevo.

Ayer, me había atrapado cuando ya había salido del gimnasio. Hoy, entró en la sala y me observó terminar mi enfriamiento.

Me reí, incapaz de detenerme. “¿Me estás siguiendo?”, bromeé. No estaba segura de cómo podría haber adivinado que estaría aquí. Quizás me estaba siguiendo y ya era tan predecible.

“Me he dado cuenta de que te gusta bajar al gimnasio”. Se encogió de hombros, tomándose su tiempo para mirarme mientras detenía la máquina y bajaba de la cinta. “Tenía una corazonada de que estarías de vuelta”.

“Creo que me estoy enganchando a ello”. Me sequé la cara con una toalla, pero aún estaba empapada. Al dirigirme hacia el mostrador para recoger mi botella de agua, me quité la sudadera con cierre y la tiré al cesto de la lavandería en la esquina. Estaba empapada, al igual que mi camiseta de tirantes y mis pantalones. Quitarme esas capas se sentiría tan bien, pero no estaba lista para revelar tanta piel frente a él.

Al igual que en la piscina, estaba nerviosa por exponerme. Se sentía demasiado arriesgado.

Bebí mi agua, observándolo cuando me miraba mientras me rehidrataba.

No era una mirada casual. Dante se tomaba su tiempo mirándome con un hambre apreciativa. Sus labios, normalmente tan firmes con una sonrisa burlona, se curvaron hacia arriba, como si intentara ocultar una amplia sonrisa.

“Señor Constella”, lo reprendí mientras me giraba hacia la puerta para salir.

Él me siguió, con las cejas levantadas. “¿Hmm?”.

Mirando hacia atrás una vez, lo atrapé mirando mi trasero. Y se sintió bien. Tener su atención era la recompensa que había estado esperando. Desde aquella otra noche en que vino a ver cómo estaba después de la cena, me había sumergido de cabeza en este deseo desenfrenado. Quería impresionarlo. Deseaba que me notara y le gustara lo que veía.

En este momento, mirándome sin vergüenza y sonriendo de forma tan traviesa, sabía que sí le gustaba.

"No hay nadie aquí".

Se frotó la mandíbula, mirándome. "Eso es cierto".

Y… ¿te gusta eso?

"Entonces guarda", giré mi dedo hacia su cara mientras caminábamos… "esa mirada de hombre hambriento para más tarde".

"¿Hombre hambriento?".

Me reí levemente. "Sí. Guarda esos tipos de miradas para cuando alguien esté mirando".

"La vida es demasiado corta para guardar algo para más tarde".

Sus palabras eran crípticas, pero no alarmantes.

"Entonces, si quiero mirar mi parte de tu cuerpo tentador…". Bajó su mirada a mis pechos. Como si sintiera su mirada, mis pezones parecían sobresalir aún más bajo la tela húmeda.

"Maldita sea, Nina". Me detuvo empujándome contra la pared de tal manera que mi botella de agua cayó al suelo. Se derramó, salpicando sobre mis zapatos, pero estaba contenta de que él permaneciera seco y bien en su traje.

"Señor…".

Gruñó, inclinándose más cerca y estrellando sus labios contra los míos. Matices de menta y café llegaron a mi lengua mientras él se apoderaba del beso. Exigía. Exploraba. Sin ninguna advertencia, me silenció por completo y me hizo sumergirme en el deseo.

Apoyando sus manos contra la pared, me mantuvo justo donde quería: en su lugar, enfrentándome con su lengua.

Todo lo que podía hacer era intentar complacerlo. Mantenerme al ritmo de su hambre y besarle tan fuerte como él me besaba a mí. Dejarlo entrar. Disfrutar de su necesidad de tener este contacto sensual y prohibido.

Respiraba con dificultad, exhalando bruscamente por la nariz mientras gemía bajo el beso áspero. Ya estaba recuperando mi respiración por la carrera y mi entrenamiento, pero Dante me dejó sin aliento. Sin sentido, también. Todo lo que sentía, todo lo que quería experimentar, era él. La suave firmeza de sus labios rozando los míos. El húmedo deslizamiento de su lengua junto a la mía.

Arqueándome hacia él, le mostré lo mucho que quería esto. Lo desesperadamente que había estado deseándolo. Pero no me atreví a tocarlo. No podía.

"Nina…". Dijo en una exhalación áspera una vez que se separó para tomar aire.

"Pensé que se suponía que debía ser la Sra. Bardot". Mientras me lamía los labios, respirando con dificultad y rapidez por mi corazón acelerado, lo miré a la oscuridad de su mirada marrón. Era una mirada humeante, llena de calor y necesidad.

"Considera esto como práctica, entonces". Se inclinó de nuevo, fusionando su boca con la mía y besándome aún más fuerte. El deseo me golpeó, pero traté de no descontrolarme.

Cuando se separó nuevamente, fruncí el ceño. "¿Práctica? ¿Práctica para qué?".

Se inclinó hacia mí, mordisqueando y besando suavemente mi labio inferior. Con una manera perezosa, lenta y relajada, me probó, como si tuviera todo el tiempo del mundo a pesar de que estaba vestido y listo para irse, probablemente a otra reunión.

"Para mañana por la noche", respondió, aun besándome suavemente. No pude resistir. Atrape su boca de nuevo, respondiendo de la misma manera.

"¿Qué hay mañana por la noche?". Levanté mi mano para acariciar su pecho, pero me detuve antes de tocarlo.

“¿Por qué te estás conteniendo?”.

Apreté mi mano en un puño y la bajé. “No quiero ensuciarte o hacerte sudar”.

Él hizo un sonido. “Quizás más tarde”. Nuevamente, me quedé muda bajo sus labios mientras me besaba por más tiempo.

“Todo lo que quiero hacer es pensar en lo sucio que quiero estar contigo”, gruñó antes de lamerse los labios, sin duda saboreando la sal de mis labios y piel.

“Señor Constella”, susurré, sorprendida y tan excitada que no sabía cómo tenía la energía para emocionarme después de la agotadora carrera. Este era el momento de enfriarse, de calmar mi cuerpo y recuperarme del ejercicio. En su lugar, estaba avanzando con tanta necesidad emocionante por él que luchaba por respirar de manera constante.

“No”. Me besó más fuerte, empujándome contra la pared. “Di mi nombre”.

Dios mío. No sabía qué estaba pasando, si él estaba dejando de fingir algo y yo perdí el aviso.

“Dante”.

Gemí bajo su beso en respuesta.

“Dante”, intenté de nuevo. “¿Práctica para qué?”. Eran esas pequeñas palabras las que me impedían pensar que esto era real, que él había roto y perdido el control de la loca tensión sexual que chisporroteaba entre nosotros.

“Para mañana por la noche. La gala”. Simplemente no podía dejar de besarme, provocándome para que me acercara y lo abrazara, para empujarme y frotarme contra él antes de envolver mis piernas alrededor de su cintura.

“Estarás allí conmigo”, susurró.

“¿Y… quieres practicar cómo besar?”, pregunté, odiando lo tonta que sonaba.

Su risa no me dio ninguna pista. Era un sonido bajo y malvado que me excitaba aún más. Desbordaba tal masculinidad, tal inteligencia y confianza, que podía deleitarme en divertirlo. Incluso a costa de admitir que estaba preguntando algo estúpido. Algo obvio.

“Claro. Llama a esto práctica para besar en la gala”. Me miró hacia abajo, gruñendo al ver mis pezones tan duros bajo la tela mojada. “Practicaremos tanto como quieras”.

Sentí que estábamos hablando en acertijos. Practicar besar sonaba como una excusa para hacerme cariño. Pero, de todos modos, seguí el juego. “¿Me enseñarás?”, pregunté mientras trazaba la punta de mi lengua por su labio superior hasta que me besó. “¿Me mostrarás lo que necesito saber? ¿Cómo lucir como si estuviera contigo y haciéndote feliz?”.

“Te enseñaré todo lo que quieras saber”, respondió, su voz tan profunda y áspera, llena de deseo.

No estaba fingiendo nada en este momento. Ignorando mi quejido de protesta mientras empujaba su cuerpo contra el mío, pegando y ensuciando su traje con el contacto, me besó hasta que pensé que me desmayaría.

“Pero no estoy…”. Me lamí los labios y lo miré hacia arriba, asombrada por la lujuria que brillaba en su profunda mirada marrón. “No estoy lista”.

“¿Para qué, Nina?”. Siguió besando mi mandíbula, acercándose a mi oído y sin preocuparse en absoluto por lo sudorosa que estaba. “¿Lista para mí?”.

Oh, mierda. Oré para que se refiriera a eso como pensé que lo hacía. Sexual. Íntimamente.

Tragué con dificultad, luchando por seguir el ritmo de esta charla traviesa. “Para la gala”.

Sonrió de manera pícara. “Entonces te llevaré a conseguir algo”.

¿Otra vez? “Quizás esta vez”, dije en voz baja, “puedas ayudarme a elegir algo adecuado”.

Me besó una vez más. “Absolutamente”. Luego se dio un paso atrás, alejando sus manos de la pared. “Esta noche”.

Asentí, demasiado aturdida y mareada por el deseo para decir algo coherente todavía. “Está bien”.

Me miró, quedándose un momento más en ese caluroso y torturante instante. Con cada segundo que pasaba, me sentía tentada a lanzarme a sus brazos y volver a besarle la sonrisa de sus labios, ganando sus sexys y guturales gruñidos de satisfacción y necesidad.

“Practicaremos un poco más”, dijo mientras comenzaba a retroceder.

“Practicar hace la perfección”, bromeé, demasiado aturdida por sus besos para decir algo más ingenioso.

Él sacudió la cabeza. “Ya lo eres”.

Me mordí el labio inferior para no sonreír demasiado. No sería bueno mostrarle cuánto me afectaba su actitud coqueta. Tenía que mantenerme firme.

¿Pero por qué?

Cuando se dio la vuelta y me dejó allí, apoyada contra la pared, me sentí más segura de que hablaba de algo más. No estaba sugiriendo que practicáramos besar y estar cerca por el bien de perfeccionar nuestra falsa relación que tendría que ser notada en esta gala mañana por la noche. Leyendo entre líneas, tenía una fuerte corazonada de que se estaba burlando de mí, jugando con la idea de practicar para lo real.

Un verdadero intento de estar juntos.

Levanté mis dedos hacia mis labios hinchados, felizmente abusados por sus demandas de besos.

Y me pregunté qué pasaría la próxima vez que me viera e insistiera en que lo llamara por su nombre. Porque tal vez ese podría ser el truco para hacer que estallara y me besara una vez más.

Llamarlo Sr. Constella era un recordatorio atrevido de que se suponía que debíamos hacer que nuestra conexión fuera creíble cuando otros nos observaban. Referirme a él por su nombre en privado así… eso era mucho más divertido, especialmente cuando lo llevaba a querer saborear las sílabas directamente de mi lengua.

17

DANTE

Regresé a la casa por la noche. La emoción de volver a ver a Nina me había mantenido distraído todo el día, pero fue mi sobrina quien encontré terminando de cenar en la cocina, no Nina, como esperaba. Después de esa mentira sobre besarla para practicar, mi falsa novia había consumido todos mis pensamientos.

Eva solía estar en su propio mundo la mayor parte del tiempo, pero sabía que había seguido mi instrucción de ayudar a Nina a instalarse aquí. Siempre que hablábamos, me bombardeaba con preguntas sobre ella. Esta vez no fue la excepción.

"¿Vas a la Gala Sarround?", preguntó después de limpiarse la boca.

Asentí.

"Con Nina".

Podría haber sido una pregunta, pero lo dijo como una afirmación.

"Sí".

Dejó la servilleta a un lado. "¿Eso es inteligente?".

Me quedé en silencio más de lo que quería. Ya había comido, y supuse que Nina también. Nada debía retrasarme de llevarla a comprar un vestido, algo que había estado esperando todo el día. La última vez, la dejé con ese dependiente. Esta vez, quería participar en la elección de su vestido. Aprovecharía cualquier oportunidad para "practicar" lo que fuera con la mujer que me consumía, cuerpo y alma. Algo en ella me atraía, y resistirme se sentía como jugar con fuego.

"¿Qué quieres decir?". Eva había sido reticente a la idea de tener a otra mujer en la casa desde el primer día. Al principio, pensé que era una amenaza para ella. De alguna manera, tener a otra mujer desafiaba su importancia aquí. Mi sobrina siempre había sido protectora conmigo y con Romeo, y lo agradecía. La lealtad era importante en la familia, pero ella lo llevaba a otro nivel.

"Ella salió herida la última vez que la sacaste".

Sacudí la cabeza, adivinando adónde quería llegar. Que pasear a Nina como mi novia la pondría en peligro. "Esos meseros no estaban conectados con ninguno de nuestros rivales".

"Aun así". Se encogió de hombros y se levantó. Después de poner su plato y vaso en el fregadero, me miró de nuevo. "Todos estarán en la gala. Todos te verán con ella".

Asentí. Ese era todo el punto, la razón para despistarlos a todos.

"No puedo quitarme la sospecha de que ella está ocultando algo. De ti". Cruzó los brazos sobre el pecho, pero su postura altiva no me haría cambiar de opinión.

"Te aplaudo por mantener una guardia alta, Eva". Me acerqué para darle un beso en la parte

superior de su cabeza. Era una peleona cuando era niña, y se había convertido en una mujer feroz, aunque a veces con una actitud un poco exagerada. “Pero Nina no está tramando nada nefasto”.

La encontré en su habitación, y me tomé un momento para apreciarla dormida en el sillón cerca de las ventanas. Así, se veía tan pacífica y contenta, en calma sin ninguna regla sobre fingir nada o recordar llamarme por un nombre formal cuando no había nadie cerca. La prefería relajada, como estaba esta mañana después de su entrenamiento. Disfrutaba de su conversación y la facilidad con la que nos encontrábamos a mitad de camino con el deseo que hervía entre nosotros.

Tentado de despertarla con mis labios, suspiré y me obligué a mantenerme fuerte. El autocontrol que tenía alrededor de ella se estaba desmoronando. Muy pronto, dejaría de practicar cualquier cosa y de fingir por completo. La deseaba con una terquedad que no podía apagar. Era prohibida, relegada a algo para fingir, no para atesorar. Pero quería hacerlo, con todas mis fuerzas.

“Nina”. Me senté junto a ella, y ese leve hundimiento en los cojines la despertó.

“¡Oh!”. Abrió los ojos rápidamente, sobresaltada por su siesta con un toque de vergüenza. Mientras sus mejillas se sonrojaban, me contuve para no soltar un gemido. Ver hasta dónde se extendía ese rubor desde su rostro era una de mis mayores fantasías.

“Lo siento. Solo me quedé dormida y…”. Mientras se sentaba, el libro que debía estar leyendo cayó al suelo. Rebotó en mis zapatos, pero no podía apartar mi mirada de sus ojos.

Se inclinó para sentarse frente a mí, acercando su rostro, y esos dulces labios, tan cerca de los míos. A un suspiro. A un centímetro de distancia. Tan cerca que todo lo que tenía que hacer era cerrar esa brecha y continuar donde lo habíamos dejado antes.

“Señor Constella”, dijo en voz baja, juguetona y un poco insegura. “Si sigues mirándome así…”. Su mirada caída bajó a mis labios y suspiró. “Nunca encontraremos un vestido para mí”.

“¿Ah, sí?”. Me incliné más cerca, manteniendo mi boca justo al lado de la suya. Nuestras respiraciones se mezclaron, y me lamí los labios.

Asintió, rozando su nariz con la mía. “Sí”.

“Entonces, ¿cómo debería mirarte?”, burlé, levantando mi mano para acariciar su rostro. El primer toque de su piel suave y tersa fue mi perdición. Me atrajo hacia ella. La quería por completo.

Alzó la barbilla en un esfuerzo por iniciar un beso, pero bajó de nuevo como si lo pensara dos veces.

De repente, ese fue mi objetivo. La había perseguido cada vez. Siempre daba el primer paso. Tomaba la iniciativa. Con las reglas de fingir que éramos novios, tal vez así debería ser. Pero quería que ella lo iniciara. Quería que actuara sobre este magnetismo que nos unía.

“Deberíamos irnos”, dijo, retrocediendo.

Antes de que pudiera retroceder por completo, deslicé mis dedos por la parte posterior de su cabeza y la mantuve cerca. “¿Cómo quieres que te mire?”

Respirando rápidamente, reaccionó con alguna idea traviesa. Pero no iba a compartirla conmigo.

Desacelera. Esto es demasiado. No podía asumir que ella era una experta en este juego de seducción. Porque eso era lo que estábamos jugando aquí. No estábamos pretendiendo nada. Estábamos atrapados en una batalla de voluntades, tratando de mantenernos a flote en este deseo.

Hice un compromiso, presionando un rápido beso en su mejilla. “Vamos”. Tomé su mano y la guie hacia el auto, esperando que se diera cuenta de que quería tocarla, incluso con este simple

gesto de nuestros dedos entrelazados, aunque nadie estuviera mirando.

"¿Más práctica?", bromeó, apretando mis dedos.

"Sí. Prepárate para más lecciones", advertí.

"¿Lecciones sobre qué?", preguntó al llegar al auto.

"Sobre cómo se ve ser mi mujer".

El viaje a la tienda de vestidos fue silencioso. Con la constante vibración de la tensión sexual y la atracción ardiendo entre nosotros, parecía que no necesitábamos hablar. Transmitíamos nuestros pensamientos con pequeños robos de miradas el uno al otro. Sonrisas secretas y evitando el contacto visual. Rozamientos accidentales de nuestras manos mientras cambiaba de marcha en el auto deportivo.

Una vez que llegamos, le dije a la asistente que quería múltiples opciones dispuestas para Nina en la suite de vestidor privada. Nina levantó las cejas al verme, no esperando mi supervisión sobre esta selección de vestidos.

"¿No hay llamadas telefónicas esta noche?", preguntó mientras la mujer la medía para tener una mejor idea de lo que debía sacar para ella.

Metí mis manos en los bolsillos y recorrí con la mirada su figura de pie en el estrado con los brazos extendidos. La mujer llevó la cinta métrica cerca de los pechos de Nina, y mis dedos picaban por ser el que estuviera tan cerca de ella así.

"No. No hay llamadas". *Esta noche, soy todo tuyo.* Ella pareció leer eso en mi mirada porque se sonrojó y bajó la vista.

La asistente de la tienda captó las señales de que yo también quería privacidad con Nina. Nos llevó a la enorme área de cambio y señaló las estanterías que ella y su asistente habían elegido para nosotros.

"Si necesitan algo, por favor avísenme". Con un gesto de su barbilla, nos despidió y cerró la puerta tras de nosotros.

"¿No vas a salir?", preguntó Nina.

Me bajé a la silla y entrelacé mis manos detrás de la cabeza. "¿Quieres que lo haga?".

Ella abrió y cerró la boca, demasiado intimidada para mirarme a los ojos. Después de girar lentamente, mirando los vestidos en lugar de enfrentarse a mí directamente, encontró mi reflejo en el espejo. "¿Es esto más práctica?".

Sonreí. "Muéstrame los vestidos, Nina".

Ella se mordió el labio, provocándome con esa muestra reveladora de su nerviosismo. "Está bien".

Calmé mis respiraciones mientras se quitaba la ropa. Este espectáculo personal y privado era un infierno torturador. Con cada centímetro de su piel tensa y suave que mostraba, luchaba contra el impulso de levantarme y reclamarla.

Ya no sonrojándose, pero modesta para evitar el contacto visual, se acercó a la primera estantería y eligió dos opciones. "¿Azul o verde?".

"Ninguno".

Ella levantó la cara, sorprendida y confundida.

"Te prefiero así". En un sujetador de encaje negro con sus pechos casi rebosando, y el más pequeño de los tangas negros que realzaban su perfecto trasero.

"¿Quieres que vaya a un evento de etiqueta vestida así?", bromeó, cayendo en la diversión que guardaba para mí cuando estábamos solos.

Negué con la cabeza y gruñí. *Quiero que te vistas así, y con menos, solo para mí. Solo para*

mis ojos.

"¿Qué tal esto?". Sostuvo un vestido negro como la tinta.

"Póntelo".

Verla deslizarse el material ajustado sobre sus caderas fue tan sexy como verla quitarse la camiseta y los pantalones cortos. Le quedaba bien. Apostaría a que todos le quedarían. Pero esto era solo el comienzo, y tenía la intención de llenarme de ver cómo se vestía y se desvestía. Cada vez que cambiaba y luego giraba para mostrarme los vestidos, sus ojos se oscurecían con deseo.

Mostrarse así, hacer un espectáculo para mí, también la estaba excitando.

Cuando luchó con una cremallera, doblé mi dedo y la llamé para que viniera a mí.

"¿Te gustó ese?", preguntó ella mientras arrastraba la lengüeta de metal hacia abajo. Sentado así, estaba a la altura perfecta para mirar la extensión de su piel bronceada. La curva esbelta de su espalda me desafiaba, y extendí la mano para empujar el vestido hacia abajo.

Tocar mis dedos sobre ella provocó que se le erizara la piel, pero no se inmutó ni se alejó.

"Me gustas", respondí mientras la prenda plateada se deslizaba de su cuerpo, cayendo al suelo. Al ver su reflejo en el espejo, extendí mis manos sobre sus caderas, sosteniéndola para que se quedara entre mis rodillas.

Su respiración se detuvo mientras deslizaba mis manos hacia abajo, acariciando las suaves curvas de su firme trasero.

"Me gusta que me mires así", admitió mientras retrocedía hacia mí.

Dejé escapar un murmullo de aprobación, disfrutando cada segundo mientras mis manos recorrían lentamente su cuerpo casi desnudo.

"¿Te gusta ahora?". Desvié mi atención de su trasero y miré su reflejo. A medida que movía mi mano hacia adelante, deslicé mis dedos debajo del elástico de su tanga. Animándola a que se empujara contra mí, abrí mis piernas más y presioné sobre su estómago.

Ella obedeció, retrocediendo hasta que la parte posterior de sus muslos chocó contra mí. Bajo la presión de mi mano, se acomodó en mi regazo, montándome.

"¿Qué tal ahora?", pregunté mientras besaba el lado de su cuello. Con las piernas abiertas, no podía evitar el movimiento de mis dedos acariciando sus labios vaginales húmedos.

Ella asintió, jadeando mientras se derretía contra mí. "Sí, Dante. Sí".

"Me gusta cuando dices mi nombre así". Froté su clítoris, succionando su cuello.

"Diré lo que quieras, siempre y cuando no pares".

"¿Ni siquiera para hacer esto?". Sumergí mis dedos más abajo, empujándolos en su calor húmedo y apretado.

"Oh…", gimió ella, cerrando los ojos mientras giraba la cabeza sobre mi hombro. "Dante. Por favor".

Maldición, me gustaba escucharla suplicar. No podía tener suficiente de ella. Esos suspiros sexys y sin aliento. La desesperación de sus movimientos sobre mi regazo.

"¿Qué tal esto?", pregunté mientras subía mi mano sobre su estómago hasta su escote. Un giro de mis dedos desabrochó su sujetador. Cuando la tela satinada cayó al suelo, sus tetas quedaron libres. Los pezones turgentes apuntaban a nuestros reflejos en el espejo, y no perdí el tiempo cubriendo su pecho con mi mano, sopesándolo, acariciándolo y acunándolo. Mis pulgares recorrieron sus pezones y ella arqueó la espalda.

"Dante. Más". Ella empujó mis manos, tanto en sus pechos como en su coño.

Le mordisqueé el cuello y la empujé para que se pusiera de pie. "¿Más?".

Ella estaba de pie, mirándonos en el espejo. "Por favor. Te quiero, Dante".

"Entonces quítate esto", Levanté la banda de su tanga y la dejé volver a chocar contra su piel.

Mientras ella se deslizaba fuera de la lencería ahora mojada, yo me desabroché y bajé mis pantalones y calzoncillos. No dejé la silla, solo me empujé hacia arriba para quitarme la ropa. Para cuando tuve mi pene libre, apuntando hacia arriba y ansioso por entrar en ella, ella se arrastró de vuelta hacia mí. Manteniendo las piernas separadas, se bajó nuevamente a mi regazo, frotando sus labios vaginales desnudos contra mi pene.

"¿Te gusta que te miré así?", pregunté mientras la guiaba hacia mi polla. Ella lo miró fijamente, la lujuria clara en su rostro mientras asentía. Nada podía apartar su mirada de mi polla reluciente tan cerca de su entrada. Untado con su crema, estaba listo para empujarla y la alineé. La cabeza de mi pene la abrió, y aunque quería golpearla contra mí de una sola vez, la arrastré hacia afuera.

Se hundió lentamente sobre mí y con cada centímetro de estiramiento mientras la empalaba, ella gimió y respiró frenéticamente, abrumada por la tensión. Mi polla estaba tan dura que me dolía, pero apreté los dientes y evité apresurarla. Quería saborear cada segundo, cada momento en el que ella me abrazaba con tanta fuerza. Todas las sensaciones de su pequeño cuerpo sentado sobre el mío, relajado, confiado y tan cálido de sostener.

"Sí, Dante", respondió ella una vez que recuperó el aliento.

Estaba completamente dentro y la dejé aclimatarse a la plenitud mientras tomaba sus senos y frotaba y tiraba de sus pezones. Besando su cuello, probé la esencia de su rendición.

"¿Qué te parece esto?", le dije en tono de burla, empujando sus caderas para poder salir de ella y luego volver a entrar de golpe.

Ella gritó, tan fuerte que cualquiera afuera de la tienda podría escuchar. "¡Sí!"

"Míranos, Nina. Mira cómo encajamos". La insté a que se inclinara hacia adelante, apoyando sus manos en mis rodillas. Con ella inclinada hacia adelante, podía arquear la espalda y empujar su trasero hacia mí, encontrándome empuje tras empuje.

Sostuve sus muslos, agarrando sus piernas para separarlas. Sus pechos se sacudieron y se balancearon. Su coño se apretó alrededor de mi dureza. Y con algunos empujones más rápidos, la llevé al límite.

"Eso es. Así".

Ella gimió, temblando y perdiendo la fuerza para apoyarse sobre mí de esta manera. Antes de que cayera, temblando y temblando mientras su orgasmo la abrumaba, la abracé y empujé su dulce coño tres veces más. Eso fue todo lo que hizo falta para hacerme liberar la carga. La inundé con mi semen caliente, y con cada sacudida pulsante, hundí mis dedos en sus caderas y la aseguré en mi regazo sin espacio entre nosotros.

Durante unos largos instantes, permanecimos sentados y unidos. Ella se recostó contra mí, flácida y saciada, mientras yo le frotaba la parte superior del brazo y la ayudaba a bajar del subidón de su clímax. En algún momento tendríamos que levantarnos, limpiar el desastre y salir de aquí. Ahora mismo, me bastaba con mirar nuestros reflejos y admirar la unión de mi polla en su interior.

Después de toda la espera y la negación, todo el suspenso y la resistencia que instauramos entre nosotros, nos quedamos sin una sola palabra. Tampoco necesitábamos palabras. Habíamos caído, nos habíamos entregado mutuamente a esa necesidad inquebrantable que ardía desde el instante en que nos encontramos.

Pero finalmente rompí el silencio. "Coge el vestido negro", le dije, deseando verla en la Gala Sarround a mi lado.

18

NINA

Sonreí ante su elección. El largo vestido negro no ocultaba mucho de mis pechos, pero no era excesivamente provocador como el vestido más atrevido que había usado en Escott's. En esta gala, estaríamos rodeados de más gente. Confiaría en el juicio de Dante. Había confiado en él para llevarme al placer, y había superado mis expectativas en ese aspecto.

Mientras ahora se deslizaba fuera de mí, vi un poco de sangre manchar mi muslo interno.

La mayoría de las mujeres probablemente pierden su virginidad en circunstancias más modestas. Con las luces apagadas. En una cama. Bajo las cobijas.

Yo no.

Le entregué a Dante mi virginidad en su regazo. Con luces brillantes para iluminar mejor una elección de vestuario en este probador.

"¿El negro?", pregunté, reprimiendo una gran sonrisa. Si podía decir algo después de follarme hasta dejarme sin sentido, lo último que esperaba escuchar era su selección del vestido para usar mañana por la noche.

En este momento, no quería llevar nada más que esta sonrisa satisfecha y los restos de nuestro semen secándose en mi piel.

Casi no podía creer que lo habíamos hecho. Después de tres semanas resistiéndonos el uno al otro, en nombre de mantener todo fingido, ambos cedimos.

"Sí". Besó mi hombro y me instó a que me levantara de su regazo.

Lo hice, con una ligera mueca por el ardor de los músculos tensos. Músculos que ni siquiera sabía que tenía.

"Es el que más me gusta". Se puso de pie detrás de mí. Con los pantalones aún en sus tobillos, me agarró los brazos y esperó a que me estabilizara. "Es el que más esperaba quitarte".

Me giré, sonriéndole con picardía. "¿Estabas calificando los vestidos según qué tan fácil sería quitármelos después de que los usara?".

"No por la facilidad". Alcanzó una caja de pañuelos en una pequeña mesa y me los entregó para ayudarme a limpiarme. "Sino por cuánto me provocaban ganas de quitártelos". Mientras él se limpiaba y luego se volvía a vestir, me lanzó una mirada arrogante. "Ahora que finalmente te he visto toda, te prefiero desnuda". Me rodeó con su brazo y bajó la mano para ayudarme a limpiarme. Sus dedos se apoyaron sobre los míos, cerca de mi entrada, y eso me encendió de nuevo, aunque todavía estaba bajando del subidón de ese orgasmo.

"No puedo andar desnuda", bromeé.

"Claro que no". Me besó lento y dulce, casi con ternura. "Porque no tengo intención de dejar

que nadie más te vea así".

Suspiré, abrumada por sus palabras afectuosas. Eran posesivas y controladoras, pero me gustaban. Él era mi héroe, y dudaba que algo pudiera cambiar eso.

Excepto quizá el hecho de que se supone que todo esto es una farsa.

"Yo me encargaré de los detalles con el encargado". Me miró de arriba abajo, sonriendo como si estuviera orgulloso de su conquista conmigo. De camino hacia la puerta, recogió el vestido negro. "Tómate tu tiempo y sal al frente".

Asentí, agradecida de que me diera un poco de espacio para adaptarme. Quería que estuviera cerca. Tan pronto como salió de la habitación, lo extrañé, pero tenía que volver a centrarme. Necesitaba la libertad para respirar y pensar.

Después de volver a ponerme la ropa, hice una mueca ante la presión de mis shorts. Guardé mi tanga húmeda en el bolsillo. Estaba empapada con mis fluidos por lo excitada que me había dejado. Las costuras de mis shorts de mezclilla rozaban mi carne sensible. No era doloroso, pero sí diferente.

Antes de salir del probador, sentí una vibración en mi bolsillo. Me detuve, saqué el teléfono y vi que Tessa me estaba llamando.

Apuesto a que a Dante no le molestaría si me retrasaba un minuto o dos.

"¿Hola?".

"Hey. Eres difícil de localizar".

Sonreí y me aparté el pelo de la cara. "¿Cómo dices?".

"¡Te he llamado como diez veces en los últimos minutos!".

Vaya. "Perdón. Estaba, eh, ocupada".

"¿Sí? ¿Qué podría haber sido tan importante que no contestaste el teléfono?".

No estaba quejándose. Tessa era demasiado relajada para ser tan exigente conmigo. Pero nuestra regla general era que, si nos llamábamos más de tres veces seguidas, era urgente.

"Bueno…". Arrastré los pies sobre la suave alfombra.

"¿Qué?". Se rió suavemente. "Suenas rara".

"Probablemente porque acabo de tener sexo con Dante".

"¿Qué?". Gritó tan fuerte que me alejé el teléfono del oído y me dolió por un segundo o dos. "¿Te acostaste con él?".

Examiné el probador, mirando todos los vestidos desechados. Fijé la vista en la silla donde Dante se había sentado para hacerme llegar al orgasmo.

"No dormimos… Estábamos, eh, buscando un vestido para una gala mañana, y una cosa llevó a la otra".

"¡Nina!". Jadeó. "¿En serio?".

Me mordí el labio y asentí, aunque no podía verme. "En un probador". No sabía por qué susurraba. Nadie podía oírme aquí. O si podían, los gritos y gemidos habrían delatado lo que estábamos haciendo.

"Eso es malvado, amiga".

"Me siento tan traviesa, pero era inevitable. Quiero decir, justo ayer, él intentó decir que estábamos 'practicando' besos y…".

"Vale. Puedes darme los detalles luego".

Fruncí el ceño ante su abrupta interrupción. Entonces recordé que me había llamado. Diez veces sin respuesta. "Sí, puedo. ¿Qué pasa?".

"¡Todo!". Gruñó en voz alta. "Mis padres se están volviendo ridículos".

Siempre han sido ridículos.

“Me siguen presionando para que acepte la idea de casarme con Elliot”.

Hice una mueca mientras colgaba los vestidos en los estantes, escuchando sus preocupaciones. El señor y la señora West habían dejado claro que querían que Tessa, su única hija, se casara con el hijo de un amigo de la familia. Si Elliot fuera un buen hombre, supongo que Tessa no sería tan reacia a evitar el futuro que sus padres imaginaban para ella. Pero no lo era. Elliot era un hombre raro, repulsivo y desagradable. Con todos sus defectos, tenía algo que los West valoraban mucho: dinero. Elliot era un abogado exitoso, pero probablemente corrupto. Tessa les había estado diciendo que no, que quería elegir a alguien por sí misma para casarse, pero no la escuchaban.

Mientras escuchaba su queja sobre lo insistente que era su madre, alentándola a contactar más a menudo a Elliot, y cómo su padre la sermoneaba casi todas las noches, ordenaba el probador.

No me dejó meter ni una palabra, pero eso estaba bien para mí. Después de poner la llamada en altavoz, vi que Dante me había mandado un mensaje.

Dante: *¿Estás bien?*

Nina: *Sí. Recibí una llamada de mi amiga. Parece que necesita un momento de charla entre chicas.*

Dante: *¿Así que eres del tipo de mujer que cuenta sus besos?*

Sonreí, torciendo mis labios ante su tono juguetón. Siempre era un jefe mafioso rudo y despiadado, pero conmigo, en privado, se relajaba.

Nina: *Corrígeme si me equivoco, pero no recuerdo haber tenido el privilegio de besarte mucho en este probador.*

Dante: *La próxima vez, entonces.*

Nina: *¿La próxima vez que compartamos un probador?*

No debería ser tan divertido provocarlo. Este juego no era falso. Tampoco lo fue montarlo. Me froté la cara, dividida por lo lejos que nos habíamos desviado. No cambiaría ni un segundo de lo que pasó, pero quería saber cuándo vendría una ‘próxima vez’.

Dante: *La próxima vez que llene tu apretado coño con mi polla.*

Me mordí los labios, intentando contener una sonrisa. Vaya. Tenía la corazonada de que a esto se refería cuando me dijo que tuviera cuidado con lo que deseaba. Le había dicho que actuara como si estuviera conmigo, y ciertamente estaba a la altura del desafío. En el fondo, sospechaba que no había estado actuando en absoluto hoy. Ni con esos supuestos besos de práctica, ni con el rápido y apasionado encuentro que compartimos aquí.

“¿Nina?”.

Me sobresalté cuando Tessa pronunció mi nombre con más firmeza.

“¿Me estás escuchando?”.

Hice una mueca. “Sí”. *No. No realmente.* Dante era muy bueno para desviarme y hacerme perder la concentración.

“Vaya, realmente te frio un poco el cerebro, ¿eh?”.

Sonreí, deseando poder reírme junto con su broma.

“¿Fue todo lo que imaginaste que podría ser?”, me preguntó. Como yo, estaba demasiado ocupada para salir mucho. Tessa era virgen, a menos que me estuviera ocultando algún secreto.

“No lo sé. No estoy segura de cómo compararlo con algo que haya imaginado”. Suspiré, casi sintiéndome tímida y avergonzada por lo rápido que cedí. Dante y yo no estábamos en una relación, o al menos no se suponía que estuviéramos en una. “Simplemente pasó”.

“Y rápido. Quiero decir, sí, lo reconociste como alguien que conocías hace mucho tiempo,

pero solo te lo encontraste en el Hound and Tea hace un par de semanas".

"Tres semanas", corregí.

"Lo cual no significa nada malo. Acostarse con un chico en la primera cita no es algo de lo que avergonzarse. No es que yo tenga experiencia de primera mano en el tema, pero el sexo casual no es un crimen".

Me froté la nuca, sintiendo el hormigueo fantasma de sus labios. "No se sintió casual".

"Hmm. Parece que estás difuminando la línea entre fingirlo y enamorarte de tu hombre de la mafia".

"Las líneas están definitivamente borrosas".

"¿Pero en el buen sentido, verdad?", preguntó, siempre preocupándose por mí.

"Sí". La leve quemazón ahí abajo, un recordatorio físico de que él me había estirado, era muy buena señal. Quería que me llenara de nuevo. Pronto. Solo pensar en sus caricias y sus miradas carnales me encendía hasta convertirlo en un lío de deseo.

"Vaya. Respondiste bastante rápido ahí".

Sonreí. "Supongo que estoy tan segura de lo que siento".

"¿Sobre él? ¿O sobre tener sexo con él?".

¿Ambos? "Sobre el sexo".

Ella se rió aún más fuerte. "¿Una vez y ya estás convencida?".

Asentí. "Oh, sí. Estoy convencida".

Ella resopló. "Aquí estoy, aterrada de casarme con alguien, y tú suenas ansiosa por hacerlo oficial y pasarte el resto de tu vida teniendo sexo".

Me lamí los labios, disfrutando de esta charla tonta. Odiaba que ella se sintiera atrapada en su situación, pero eso no disminuía mi entusiasmo por Dante ahora que habíamos cruzado la línea de tener sexo. "Sí. Me casaría con Dante en un abrir y cerrar de ojos".

Aunque nos reímos juntas, al salir del probador, me di cuenta de que, aunque lo había dicho en broma, lo decía en serio. Al cien por ciento.

Dante bien podría representar un futuro sólido y satisfactorio, pero se sentía más como un deseo fantasioso, algo de lo que reírse, que una realidad en proceso de hacerse.

Desconecté la llamada con ella y salí hacia el auto de Dante. Él estaba apoyado contra el capó, mirando su teléfono, y sonreí para mis adentros.

Llamar "mío" a ese dios del sexo, de verdad, se sentía como un sueño.

Pero la siguiente vibración de mi celular en el bolsillo me arrancó de mis fantasías y me plantó de nuevo en la realidad.

Ricky: *Nina. Tienes que venir a casa. ¡Ahora!*

Fruncí el ceño, molesta de que su primer llamado hacia mí llegara en forma de una exigencia.

Porque aún espera entregarme a esos motociclistas. Un auto hizo una explosión en el estacionamiento, y su motor ruidoso se asemejaba al gruñido de una motocicleta. No fue más que una coincidencia, este sonido llegando a mis oídos justo cuando tenía que recordarme que estaba destinada a ir con una sucia banda de moteros.

Me estremecí, y en ese instante, abandoné esta tontería de quedarme con Dante para siempre. Él nunca había dicho nada sobre quedarse conmigo para siempre. Todo esto se suponía que era un acto, de todos modos. Habíamos tenido un desliz al tener sexo de esa manera, pero realmente no cambiaba nada sobre nuestro arreglo.

Él me mantenía cerca para que yo pudiera seguir escapando de un futuro con los motociclistas. Todavía no sabía cuáles eran sus razones para querer fingir que yo era suya, pero mientras caminaba hacia él, me preguntaba si esa mujer, Vanessa, que apareció ayer, jugaba un

papel en su decisión.

No es real, Nina. Recuerda eso. Me negaba a dejar que el mágico resplandor después del sexo me volviera estúpida.

Había demasiado en juego para eso.

"¿Lista?". Dante me sonrió al verme acercarme.

Le sonreí lo mejor que pude, odiando que la vida real estuviera manchando los buenos sentimientos que me llenaron después de haber estado con él. "Sí. Estoy lista".

No.

No me sentiría lista hasta que tuviera una idea de lo que vendría a continuación.

19

DANTE

El primer día que traje a Nina a casa, le dije que tendría que ocuparse. Quería que entendiera que el trabajo era lo primero y que yo era un hombre ocupado, solicitado por mis hombres y asociados. En ningún momento debía engañarse y asumir que jugaría a ser su pareja.

Y ella había seguido esa expectativa perfectamente, pasando su tiempo de manera independiente, leyendo, haciendo ejercicio o sintiéndose en casa preparando comidas en la cocina.

Después de follarla en el probador, se volvió tan distante que se destacó en mantenerse ocupada.

Fue solo una noche y un día, pero se sintieron largos. Algo sucedió. Algo tenía que haber cambiado para hacerla tan distante. No me estaba ignorando, ni me estaba dando el tratamiento del silencio. Pero lo podía notar. No sabía qué era, pero algo la molestaba. Desde que le dije que quería que usara ese vestido negro esta noche, una sensación de preocupación la envolvía.

"Una razón más para esperar con ansias esta noche", susurré a mi reflejo en el espejo mientras ajustaba mi corbata.

Si estaba cerrándose y poniéndose a la defensiva porque anoche perdió la virginidad conmigo, entonces me encargaría de corregir esa actitud. Tenía que ser algo importante para ella: haber tenido sexo por primera vez. Para mí era aún más importante, porque ahora que la había tenido, ahora que sabía lo perfecto que se sentía su coño apretado alrededor de mi polla, la quería otra vez. Incluso más que antes

Fui su primero, y comencé a jugar con la idea de ser también su último.

A riesgo de su seguridad y todo lo demás.

Si Nina se volvía mía de verdad, tendría que tolerar el peligro de estar asociada con uno de los líderes criminales más notorios de la ciudad. Esa no era una condición pequeña para considerar o aceptar.

Miré la hora mientras salía de mi habitación, impaciente por ver a Nina con el vestido negro que elegí para ella.

Abajo, esperé hasta el último momento posible para llamarla.

Si iba a estar nerviosa y asustada…

Suspiré, preparándome para levantar la voz y gritarle que se apurara. Al girar, levanté la vista hacia la gran escalera. Ya estaba bajando los escalones, sosteniendo con cuidado su vestido mientras caminaba hacia mí.

"Nina". No grité ni la regañé para que se apurara. Su nombre salió de mis labios en un

susurro reverente de asombro.

“¿Qué te parece?”, preguntó, un poco cautelosa mientras me miraba.

“Me gusta. Mucho”. Asentí, extendiendo mi mano para que la tomara una vez que llegó al piso. Su agarre era firme, pero la mirada nerviosa en sus ojos no lo era.

“Estás preciosa, Nina”. La guie más cerca para poder besarla, pero en el último segundo, giró un poco la cabeza para evitar mis labios.

Chasqueé la lengua después de presionar mi boca contra su suave mejilla y besarla allí. “¿De qué se trata eso?”, gruñí. Deslicé mi brazo alrededor de su espalda, la atraje hacia mí y la abracé con fuerza. Sus leves risitas levantaron mi ánimo. Esta vez, le sujeté el rostro y la besé en sus dulces labios. Duro y rápido. No fue suficiente. Dudaba que alguna vez pudiera tener suficiente de esta mujer.

“No quería que me arruinaras el maquillaje”.

La besé de nuevo hasta que se relajó y gimió contra mí.

“Quiero destrozarte de todas las maneras sucias que existen”, le advertí al oído. Sus escalofríos fueron mi recompensa, y sin soltarla del todo, la guie hacia la puerta.

“Pero primero, la Gala”.

Suspiré y asentí. “Sí. Primero, la Gala. Donde podré mostrarle a todos que eres mía”.

Se suponía que todo era solo una farsa, pero me preguntaba cómo podría explicarle que quería que fuera real entre nosotros.

Esta noche. En el momento en que la trajera a casa.

Salimos, y mientras conducía, imaginé cómo le diría que las cosas habían cambiado. Nos recostaríamos en mi cama, desnudos y cansados de follar con fuerza, la miraría a los ojos y le diría que ya estaba harto de fingir cualquier cosa con ella.

Dirigiéndonos a la Gala Sarround no era el mejor momento para darme cuenta de que debía actualizarle sobre lo que realmente quería. Pero después, ella sabría la verdad.

Durante el trayecto, ella hizo una variedad de preguntas sobre el evento, y disfruté de la compañía más simple con ella, solo conversando.

“Es para beneficiar al hospital infantil”, respondí después de su pregunta sobre para qué era la Gala.

“Eso es altruista”, comentó.

“Lo es. Pero la verdadera razón por la que vamos es para mantener vigilados a nuestros amigos y enemigos”.

“Eso es un desafío constante, ¿no es así?”.

Asentí. “Lo es. Y siempre lo será”.

“¿Qué tan grande será la multitud?”.

“¿Al menos trescientas personas?”, supuse. La única comparación que tenía era mi boda, cuando me casé con Grace y tuvimos nuestra recepción en el mismo gran lugar. Quinientas personas asistieron a eso, y la multitud en el Sarround Gala del año pasado no fue tan numerosa como lo que recordaba de mi boda.

“Es mucha gente”. Ella levantó las cejas con sorpresa.

Tomé su mano y besé sus nudillos. “No hay nada de qué ponerse nerviosa”.

Ella aclaró su garganta. “Mientras me quede contigo, ¿verdad?”

Me reí. “Oh, no te dejaré fuera de mi vista ni un segundo”.

La ligera presión que aumentó en mis nudillos me calmó. No estaba tan distante o nerviosa como para evitar interactuar conmigo.

“Esto se siente como la gran prueba. Demostrarle a todos los miembros importantes de tu

mundo que somos una pareja".

Sonreí. *Cariño, creo que ya lo somos, aunque te cueste creerlo.* "Lo cual no debería ser tan difícil de lograr".

Ella sonrió, bajando un poco la barbilla, casi con timidez.

Sí, sabes que nos vemos bien juntos. No intentes negarlo.

"Quédate conmigo. Sigue mi ejemplo", le sugerí.

"¿Y seguir el juego?".

No puedo esperar para jugar contigo de nuevo.

Tuve mi oportunidad en la Gala. Llegamos, y cumplí mi promesa. No la dejé alejarse más de un centímetro de mí, y mantuve su mano en la mía todo el tiempo. O asegurada en mi abrazo. O pegada a mí mientras nos besábamos.

Ella estaba dócil y sumisa, realmente siguiendo mi liderazgo. Otras mujeres, todas vestidas con sus elegantes trajes y luciendo elaborados peinados y maquillaje, no eran más que trofeos para sus acompañantes. Muchas probablemente eran escort. Aun así, nosotros destacábamos. Nina era una estrella entre muchas. Porque juntos, nos veíamos como verdaderos compañeros. Una pareja. Un par real.

Me miraba con tanta confianza y honestidad que jugaría el papel que le sugiriera. Y lo hizo.

Mientras la observaba, fantaseando sobre cómo le quitaría ese vestido negro brillante de su hermoso cuerpo esta noche, era consciente de la expresión embobada y adoradora que debía de tener. Si alguien nos observaba, vería a un hombre totalmente embelesado, tal vez al borde de enamorarse, mientras socializaba con Nina a mi lado.

Ella no se quedaba atrás. Después de cada beso robado, tras cada toque atrevido, ya fuera apretando su trasero mientras la abrazaba más cerca o colocando mi mano en la nuca mientras le sonreía, ella parecía satisfecha y segura, feliz de estar conmigo.

"Señor Constella", me provocó después de que le entregué otra copa de champán.

Sonreí ante la formalidad. "¿Sí?".

"No parece que puedas mantener tus manos alejadas de mí esta noche".

"Intenta detenerme".

"¿Quién dice que quiero?", preguntó con picardía.

El mundo me vería infatuado con esta joven que me impresionaba en cada giro de esta aventura, y me sentía como un rey, un dios, al saber que ella estaba aquí para mí y solo conmigo.

Nina sabía desempeñar su papel muy bien, y después de captar la expresión de sorpresa en el rostro de Eva cuando pasamos junto a ella, supe que había estado dudando si Nina podría manejar la presión. No había forma de ocultar o disimular que Nina venía de un entorno más pobre y necesitado. Pero nadie lo sabría aquí. Ella se mezclaba con el resto, elegante, serena, y vestida para impresionar con ese ajustado vestido negro que resaltaba su cuerpo curvilíneo.

"¿Te estás divirtiendo?", le pregunté después de que Franco y yo hablamos un rato sobre algunas personas a las que estábamos vigilando. Stefan era nuestra principal preocupación, pero aún no lo había visto en este enorme salón de baile.

"Sí". Se acurrucó contra mí, apoyando su mejilla en mi pecho mientras presionaba su mano ahí. "Pero desearía que pudiéramos tener privacidad en su lugar".

"¿Por qué?", pregunté, ansioso por saber su respuesta.

Me miró de arriba abajo, coqueta y sexy. "Te quiero".

Me incliné hacia ella, bajando mi mano desde la parte baja de su espalda para sujetar su trasero. Presionándola contra mí, le susurré al oído. "Puedes quererme donde sea y en todas partes".

Vi cómo su mejilla se levantaba en otra sonrisa astuta. “No podríamos hacer eso aquí”.

“¿Quieres apostar?”.

En ese momento, su expresión cambió. La naturaleza juguetona y provocadora desapareció. Estaba frunciendo el ceño, enfocada en algo detrás de mí.

¿Apostar? ¿Ese fue el detonante que la molestó? ¿Un recordatorio de que su estúpido hermano había apostado su vida? Era solo una expresión, y seguramente lo sabía, pero me sentí confundido por su repentino cambio de actitud.

“Dante”.

Tan pronto como su voz me alcanzó, supe la razón por la que el ánimo de Nina cambió.

Vanessa. Su tono nasal y quejumbroso llegó hasta mí. Nina apretó sus dedos contra mi chaqueta, y yo cubrí su mano con la mía.

“¿Nina?”

Su ceño seguía fruncido mientras parecía seguir a Vanessa acercándose. No tenía ninguna duda de que había fijado su mirada decidida en mí, planeando encararme como siempre lo hacía. No tendría éxito, no mientras tuviera a Nina en mis brazos.

“¿Hmm?”. Nina me miró un segundo antes de que aplastara mi boca contra la suya. Sin más instrucciones, siguió el juego perfectamente. Besándome de vuelta. Gimiendo levemente. Inclinándose para asegurar un mejor ángulo y una succión más profunda. Sus dedos se deslizaron por mi cabello mientras sostenía mi cabeza cerca, y mientras yo rodeaba mis brazos alrededor de ella, arqueó la espalda para acomodar la fuerza de mi beso, inclinándola un poco.

Esperaba que encontrarse conmigo mientras me besaba con otra mujer alejara a Vanessa por completo. Lógicamente, debería haber visto esta demostración de afecto y haberse dado la vuelta.

Pero no lo hizo. Seguía allí. Brazos cruzados y golpeando el pie.

“Dante”. Lo repitió con más dureza, con más descaro e impaciencia, como si yo fuera un idiota por hacerla esperar.

Suspiré, acariciando el labio inferior de Nina con mi pulgar, ese que había torturado con un beso hambriento.

“Dante”. Vanessa no estaba captando la indirecta.

Nina sonrió con picardía, y esa expresión traviesa me calentó el corazón. “Parece que alguna dama está intentando hablar contigo”.

“¿Oh?”.

Alguna dama. Tuve que contener una carcajada. A Vanessa no le gustaría ese término.

“No soy *cualquier mujer*”, replicó cuando nos giramos para enfrentarla. Estaba claro que no se iría sin decir algo.

Manteniendo a Nina pegada a mí, con mi brazo sobre sus hombros, incliné mi cabeza sobre la suya.

“Soy Vanessa Giovanni”, aclaró a Nina, con los labios curvados en desdén.

Nina se encogió de hombros, indiferente. “Ah”.

“Es la hija de alguien que solía conocer”.

Vanessa me miró boquiabierta y cruzó los brazos. “¿Qué?”

No me retracté, manteniendo una expresión calmada y vacía. *Dije lo que dije.*

“¿Solías conocer?”. Vanessa se burló. “Conoces a mi padre”.

“Solía”, rebatí. “Últimamente, parece que él y yo tenemos visiones diferentes”.

Vanessa frunció los labios. “Eso no es cierto”.

“¿Y qué importa?”. Nina levantó el rostro para que la besara, y se lo concedí. “Él también

solía conocer a mi papá".

La mueca de Vanessa se intensificó lo más que pudo, considerando todo el trabajo que se había hecho. "No me importa quién seas. Dante y yo…".

Negué con la cabeza. "No hay manera de ponernos juntos. Ni en ninguna frase o afirmación que puedas inventar".

"Nosotros…".

Suspiré, empezando a alejar a Nina de ella. "No hay, nunca hubo y nunca habrá un 'nosotros' cuando se trata de ti". Presioné otro beso en la sien de Nina, disfrutando la victoria en el ceño fruncido de Vanessa. Estaba furiosa, prácticamente vibrando por lo apretado de su gesto. Si no había captado el mensaje antes, lo haría ahora.

Misión cumplida.

Pero el verdadero objetivo, la meta real, era tener a Nina a mi lado.

Y también estaba ganando en eso. La recompensa de la compañía de Nina se sentía como el mejor regalo que podría desear en mi vida.

20

NINA

Dante me apartó de esa mujer y terminamos siendo interceptados por Romeo. Él me miró, asintiendo una vez en reconocimiento, y aprecié que no actuara de manera diferente al verme con su padre. Le dije que Dante y yo estábamos fingiendo esta relación, y él debía estar viéndonos con ese filtro de conocimiento, sabiendo que no éramos reales.

Pero yo estaba dividida, deseando a Dante con tanta fuerza. Tenía muy claro que se suponía que esto entre nosotros era falso, pero yo deseaba que fuera diferente. Estar en su brazo, a su lado, y recibir esas miradas ardientes… me hacía sentir como si realmente fuera suya. Por mucho que él estuviera casado con su trabajo, me sentía como una sólida segunda opción. Absorber su atención era una experiencia embriagadora. Me hacía desearlo y preguntarme cómo podríamos hablar sobre esto y tal vez decidir que no era solo una actuación.

Una vez que nos alejamos nuevamente de Romeo, encontramos un rincón tranquilo. Antes de que pudiera decir una palabra, devoró mis labios con un beso hambriento que me hacía cuestionar qué era real y qué no lo era. Aquí, cerca de las sombras, nadie nos prestaba mucha atención. Aunque me besaba con fervor, estaba concentrado completamente en mí, con el objetivo de provocar la máxima excitación.

Jadeé, aferrándome a él y saboreando su gusto en mis labios. Dentro de su abrazo, sentí cómo su erección se endurecía bajo sus pantalones.

Sí. Por favor.

"Tengo que estar de acuerdo contigo. Estoy disfrutando cada momento privado que puedo robar contigo", admitió con un gruñido grave y áspero.

Sonreí, dejando que sus elogios me subieran a la cabeza. Antes de caer en esa espiral de lujuria y dejar que me consumiera, sentí que tenía que decir algo.

"Esa mujer", comencé. "¿Vanessa?".

Suspiró, un sonido pesado de molestia. "No tengo nada con ella, Nina".

"No estoy segura de que ella lo sepa".

"Lo sabe", insistió. "La he rechazado constantemente".

"Entonces, tal vez no puede aceptarlo". Le froté el pecho con las manos. "Pasó por tu casa el otro día".

Frunció el ceño, mirándome con enojo. "¿Qué?".

Asentí. "Fue una auténtica perra, tocando la puerta y diciéndome que tenía una cita para almorzar contigo".

Sacudió la cabeza, furioso, pero puse mi dedo sobre sus labios para callarlo. "Sabía que

estaba mintiendo. Acababas de irte. Se enfureció cuando le dije que era tu novia y no me creyó".

"A la mierda ella. A la mierda Vanessa. No prestes atención a nada de lo que diga".

"No lo hice". Aclaré mi garganta. "Lamento no habértelo dicho antes".

Gruñó. "Solo me importa si te molestó".

Me encogí de hombros. "No realmente, pero no puedes culparme por sentir curiosidad".

Tomó mi mano y me llevó a una silla en la esquina. Aquí, lejos de la mayoría de los invitados que conversaban, bebían y contribuían a las subastas silenciosas, teníamos la tranquilidad suficiente para hablar de verdad. Después de que se sentó, me guio para relajarme en su regazo, que rápidamente se estaba convirtiendo en mi lugar favorito.

"¿Quién es ella?". Pregunté mientras acariciaba su firme mandíbula.

"Es la hija de uno de mis antiguos amigos", explicó.

"¿Antiguo? ¿Porque ya no es tu amigo y ahora es un enemigo?". Adiviné. La ignorancia seguía siendo una bendición en este mundo de la mafia. No quería saber todos los detalles sobre quién era quién, e imaginaba que las lealtades y los agravios cambiaban a menudo. Estos hombres de la mafia eran asesinos, propensos a responder con violencia.

"Stefan Giovanni fue mi amigo hace mucho tiempo. Lo mismo con tu padre. Henry, Stefan y yo nos movíamos en los mismos círculos".

Entrecerré los ojos. "¿Qué? ¿Mi papá?".

Asintió, acariciando mi muslo con un roce sensual y posesivo. Casi me distrajo, pero estaba totalmente atenta. Dante no era solo un cuerpo para desear. También era un hombre inteligente, una figura de mi pasado.

"Sí. Henry se alejó de mí por su dedicación al servicio. Stefan se distanció de nosotros por algunas de sus decisiones comerciales. Con los años, no estuve de acuerdo con muchas de las cosas que hizo con la familia Giovanni, pero hasta ahora, nunca había sido una cuestión de declararlo como mi enemigo. No públicamente, al menos".

"¿Qué cambió eso ahora?". Solté una risa débil. "¿Estás molesto con él porque su hija está acosándote?".

"De hecho, lo está", dijo. "Para nadie es un secreto de que me quiere. Para acostarse conmigo. Para casarse conmigo".

Abrí los ojos de par en par. "Vaya". Cuando un camarero pasó cerca, lo señalé para que viniera y tomé otra copa de champán de su bandeja de plata. Después de un sorbo, amando la decadencia de una bebida alcohólica cara que era un lujo raro para mí, recibí con gusto el cálido cosquilleo del alcohol.

"Sobra decir que no quiero tener nada que ver con la familia Giovanni, ni ahora ni en el futuro".

"¿Por qué?". Pregunté, tratando de recordar y hacer las cuentas de cuántas bebidas había tomado. Seguí lo que Dante me decía, pero definitivamente estaba en camino a ponerme un poco mareada.

"Se alió con otra organización criminal, la Familia Domino. Eran inescrupulosos, abusaban de su poder y estaban decididos a monopolizar todas las rutas de distribución".

No quiero saberlo. No quiero saberlo. No estaban hablando de productos normales y legales siendo transportados, pero no iba a preguntar sobre qué discutían.

"Stefan invirtió una cantidad significativa de dinero y hombres para apoyar a la Familia Domino, pero, al final, Leo Domino fue derrotado por los Hermanos del Diablo".

Parpadeé, mirándolo, atónita. "¿El mismo club de motociclistas al que Ricky me perdió en

una apuesta?”.

Él asintió, grave y serio sobre esos detalles.

“A veces, puede parecer que es un mundo muy pequeño entre nosotros, los líderes de las organizaciones”.

Bebí más rápido. “Supongo que sí”.

“No quiero tener nada que ver con esos motociclistas. Son un nuevo poder en la zona, y estoy esperando que desaparezcan de la escena”.

¿Lo harán, acaso?

“¿Crees que eso pasará pronto?”

Sonrió antes de acercarme para un beso tierno. “No puedo predecirlo, pero ten por seguro que nunca dejaré que te tengan”.

Me gustó cómo sonaba eso.

“Lo mismo que tu estar conmigo disuadirá a Vanessa de pensar que alguna vez tendrá una oportunidad conmigo”.

Me congelé con sus labios pegados a los míos. Ahí estaba. Finalmente encontré la respuesta. La noche en que nos encontramos en el Hound and Tea, me dijo que tenía sus razones para querer entrar en una relación falsa conmigo. Ahora tenía esa razón.

Me estaba usando como una forma de mostrarle a Vanessa que no estaba disponible.

Ese era el límite de tiempo que prefería ignorar. Dante me mantendría a su lado mientras Vanessa lo persiguiera. Pero, una vez que ella encontrara a otro hombre que conquistar, una vez que renunciara a su búsqueda de Dante, mi propósito expiraría. Mi engaño terminaría. Ya no tendría una excusa para sentarme en su regazo o besar sus labios. Ya no necesitaría entrar en un probador para que él eligiera un vestido para mí o me acercara para montarme en su grueso miembro.

Mi tiempo con Dante tenía una fecha de caducidad. Y odiaba el recordatorio de que esto no era más que una farsa temporal que habíamos orquestado.

No es como si fuera una sorpresa. Sabía las reglas cuando entré en este acuerdo.

Eso no significaba que me tuviera que gustar más ahora. No después de que ambos desdibujáramos las líneas con nuestro interés muy real.

Incliné mi vaso aún más, dando la bienvenida a más alcohol bajando por mi garganta para adormecer el dolor de no tener a este hombre rudo, sexy y poderoso de verdad.

21

DANTE

A medida que avanzaba la noche, Nina bebía más copas de champán. Las tomaba de las bandejas de los meseros más veces de las que pude contar.

"Probablemente está bebiendo tanto como puede porque no puede permitírselo por su cuenta, ¿verdad?". Eva preguntó con más sarcasmo del necesario.

La miré lentamente, dejándole ver la decepción en mi rostro. La había criado mejor que eso. Creció con la expectativa de comportarse como una princesa de la mafia, pero esa actitud tan crítica era inaceptable.

Tuvo la decencia de bajar la mirada y parecer avergonzada por hablar así, pero no retiró sus palabras ni se disculpó.

Hablábamos a un lado, Eva, Franco y yo, mientras Romeo y Nina se mantenían a unos pocos pasos, mirando una opción en la subasta silenciosa. No me importaba ninguna de las opciones. Prefería entregar un cheque grande con muchos ceros para cubrir mi necesidad de donar a una buena causa.

"O tal vez solo quiere disfrutar la noche", razonó Franco con Eva.

Nina parecía estar pasándola bien, al menos antes de que Vanessa hablara con nosotros.

En realidad, eso no era cierto. Nina había soportado con calma la actitud despectiva de esa mujer. Fue solo después, cuando nos sentamos a hablar, que el ánimo de Nina cambió. Aunque ya no estaba distante como antes, parecía abatida. Derrotada. Y trataba de cubrirlo o adormecerlo rápidamente con alcohol. Puede que no la haya tenido en mi casa mucho tiempo, pero estaba orgulloso de lo rápido que había aprendido a leerla tan bien.

Independientemente de por qué quería beber, seguía siendo tan cautivadora y hermosa como siempre. No era una borracha desordenada, pero sí estaba más feliz de lo normal y definitivamente más rápida para excitarse.

Era muy afectuosa, toda sobre mí, y amaba cada maldito segundo de su atención sensual. Sus besos me excitaban. Sus sonrisas desiguales me golpeaban en el corazón. Y no estaba a punto de desmayarse ni tropezarse con sus propios pies. Todavía estaba en control de sí misma.

Lo suficiente como para que, si la apartaba, probablemente desataría todo su deseo sobre mí.

Y yo lo recibiría todo.

Entre la multitud, vislumbré a Vanessa mirando a Nina. Tenía su mirada fija en mi mujer mientras hablaba con Romeo. Los celos eran evidentes en su mirada. No me gustaba, y no estaba seguro de cuánto tiempo sería paciente para que se acostumbrara a la prueba visual de que yo estaba comprometido. Nina aún podría pensar que todo era falso, pero sabría de otro modo al

final de la noche que lo que compartíamos era genuino y más profundo que el simple deseo.

Me acerqué a ella, ansioso por deleitarme con la proximidad de su cálido y suave cuerpo a mi lado otra vez.

"Necesito tomar prestada a Nina por un momento", le dije a mi hijo. Dirigí mi comentario a él mientras tomaba su mano, pero no pude apartar la mirada de su rostro sonriente y dulce mientras la guiaba lejos del área de la subasta silenciosa.

"¿Tomarla prestada?", Romeo se burló.

"Sí", bromeó Nina juguetonamente, entrelazando nuestros dedos con más fuerza mientras me seguía. "¿Para qué me tomas prestada?".

"Es una frase típica", respondí mientras la conducía escaleras arriba.

Ella bajó la mano para recoger su vestido y hacer su subida más fácil y fluida. Si estuviera más hechizado por este deseo, la habría cargado sobre mi hombro y la habría llevado de inmediato.

"Pero ahora, me gustaría tomarte prestada para una demostración".

"¿Oh?". Sus ojos brillaban con embriaguez y deseo.

"Sí. Quiero que seas mi audiencia".

"Hmm". Me miró de arriba abajo. Sentí una visión de túnel única cuando se trataba de ella. Cuando la miraba, sintiéndome tan afortunado de que alguna vez nos hubiéramos encontrado como lo hicimos, el resto del mundo desaparecía. Las arañas de luces goteando desde los techos abovedados. El bullicio de cientos de personas hablando por encima de la música clásica que sonaba. Nada importaba más que el calor de su mano en la mía y su mirada ardiente sobre mí.

"¿Tu audiencia para qué?", preguntó, luego se lamió los labios.

"Para ver lo mucho que quiero follarte".

Ella sonrió más ampliamente, pero atrapó su labio inferior entre sus dientes en esa manera tan característica que señalaba que estaba tentada.

"¿Solo puedo mirar?", bromeó mientras llegábamos al segundo piso.

Aceleré el paso, apurándola por el corredor alfombrado. Una habitación vacía sería ideal, pero este era un antiguo lugar de recreación y reuniones, no una residencia. Examiné el perímetro del segundo piso, observando la falta de esquinas y rincones oscuros. Tenía que haber algún lugar secreto por aquí, pero no quería correr directamente y arriesgarme a que tropezara tratando de seguirme.

"No", respondí mientras las cortinas se balanceaban con una ligera brisa. Con el calor del verano, tenía sentido que el personal del lugar hubiera abierto las puertas a los balcones que bordeaban las paredes superiores. La conduje hacia uno, instándola a pasar más allá del terciopelo azul de las cortinas que bloqueaban el estrecho espacio del balcón. Bajo los pies había cemento. Una barandilla tallada evitaba que alguien se cayera. Y, por suerte, había una pequeña mesa de servicio solitaria aquí afuera.

"Tú vas a ayudar". La giré hacia la mesa, colocándola de espaldas sobre la superficie. Después de aplastar mis labios contra los suyos y levantar su vestido, ella entendió lo que tenía en mente y enmarcó mi rostro. Sus gemidos y jadeos me excitaban más, y mientras succionaba mi lengua y abría más las piernas para que yo pudiera pararme entre ellas, sabía que no estaba tan borracha como para no entender lo que sucedía.

El dulce y afrutado sabor del champán persistía en su lengua y en sus labios. La exploré, robándole su sabor y exigiendo que abriera más.

"¿Cómo…?". Jadeó una vez que moví mi boca hacia su cuello. "¿Cómo puedo ayudarte?".

"Sácame la polla. Ahora mismo".

Gimió mientras yo tiraba de la parte superior de su vestido hacia abajo. La tela se rasgó un poco, pero seguía intacta. Ese material negro ahora estaba fruncido debajo de sus pechos, empujándolos hacia arriba para que pudiera lamerlos y morder su suave y desnuda piel.

“¡Dante!”. Gritó cuando succioné con fuerza uno de sus pezones duros.

“Grita mi nombre. Sé mi buena chica y grita mi maldito nombre”.

Gimoteó, frunciendo el ceño mientras el deseo parecía alcanzar un punto álgido. Sus dedos estaban lentos y torpes en mi cremallera, y empujé contra su mano para recordarle lo que le había ordenado hacer.

“Cualquiera podría oírnos”, argumentó débilmente.

“Que todos nos escuchen”.

Sus ojos brillaron con la emoción de lo que había dicho. Con el suave resplandor de las luces detrás de mí, mientras la sostenía sobre la mesa bajo el cielo nocturno, asintió.

“Quiero que todos vean lo que me haces”. Alterné mi atención entre sus pechos. Con mi lengua, dientes y labios, la atormenté y humedecí sus pechos hasta que gruñí por la necesidad de follarla.

“Quiero que todos te escuchen gritar mi maldito nombre mientras te follo”.

Finalmente lo logró, bajando mi cremallera y empujando mis pantalones y calzoncillos lo suficientemente bajo como para que mi polla saltara libre.

“Puedes tenerme, Dante. Tómame”. Terminando sus audaces palabras, que tal vez no recordaría más tarde cuando estuviera de resaca y más sobria, me besó con fuerza.

Gemí en su boca mientras forzaba su vestido hacia arriba. Mientras deslizaba mis manos por sus suaves muslos, ella se acercó al borde mismo de la mesa y abrió más las piernas.

“Qué desperdicio”, me burlé de sus bragas. No era un tanga, pero tan finas y delgadas que me pregunté por qué se molestó en usarlas. Un giro de mis dedos rompió las bandas.

Metí mis brazos debajo de sus rodillas, y ella jadeó mientras la inclinaba más hacia atrás.

Sus manos se estrellaron contra la barandilla, pero no estaba cerca de caerse.

“Dante”. Sus ojos se abrieron más. En este ángulo más bajo y ladeado, más luz de detrás de mí iluminaba su rostro sexy y lujurioso. “Cualquiera podría pasar y vernos”.

Sonreí, levantando su vestido aún más. No estaba seguro de estar de acuerdo con su valoración. Estaba más borracha, y al estar casi tumbada en la mesa, no se daba cuenta de que la cortina nos cubría en su mayoría. Abajo, muchas personas caminaban libremente por la acera. Cualquiera de ellos podría ver si miraban hacia arriba.

“Supongo que depende de lo fuerte que seas”, bromeé.

“Oh”, gimió mientras alineaba mi polla con su húmeda entrepierna. Frotándola de un lado a otro, esparcí sus jugos sobre su entrada. Estaba tan excitada, tan lista para dejarme entrar, que la crema resbaladiza cubrió mis dedos. Cambié mis manos, extendiendo su humedad en rápidos círculos alrededor de sus pezones. Luego retiré mi polla y coloqué la cabeza de mi duro miembro en su coño, inclinándome para lamerlos limpios.

Retorciéndose e inquieta, intentó cerrar sus piernas sobre mis brazos y arrastrarme hacia ella.

“Deliciosa, Nina. Eres una buena chica para mí”. Deslicé dos dedos en su coño y los llevé a mi boca para lamerlos.

Una vez más, la penetré con mis dedos y obtuve su sexy gemido. Luego me incliné hacia adelante para presionar esas yemas húmedas en su boca.

Sus párpados bajaron mientras volvía a rozar su coño con mi polla. Abrió la boca y chupó mis dedos, probándose a sí misma. Y fue entonces cuando me deslicé por completo hasta que estaba profundamente dentro de su calor apretado.

Su gemido vibró sobre mis dedos y mano. La vibración de su húmedo sonido se combinaba con su succión, ahuecando sus mejillas mientras tiraba más de mis dedos hacia adentro. Me retiré para volver a empujar con más fuerza. La fuerza de mis profundos embates hizo que sus pechos rebotaran, saltando con cada uno de mis fuertes empujes dentro de ella.

Se escucharon pasos detrás de mí. No estaban sincronizados con los rasguños de las patas de la mesa sobre el suelo de concreto. Los ojos de Nina se abrieron de par en par mientras yo desaceleraba mis embestidas. Profundamente dentro de ella, me quedé tan quieto como fue posible. Mantuve la tensión en las paredes calientes de su coño.

Fijé mi mirada en la de ella. “Silencio”, ordené suavemente.

Ella abrió más los ojos, manteniendo los labios alrededor de mis dedos. Luchando por respirar con la boca llena, sus fosas nasales se ensanchaban mientras me miraba con una expresión tensa de sorpresa y nerviosismo.

“¿Dónde se fueron?”, preguntó un hombre detrás de mí.

“Pensé que los vi subir aquí”, respondió otro hombre.

Si estaban buscándonos a mí y a Nina, todo lo que tenían que hacer era correr la cortina un poco más.

No reconocí sus voces. Con mi pene profundamente en Nina, mis dedos atascados en su boca, me esforcé por escuchar lo que dirían.

22

NINA

Me congelé, respirando lo más fuerte que podía mientras Dante estaba allí. Su pene estaba dentro de mí, profundo y llenándome con esa gloriosa pero difícil sensación de estiramiento. Con sus dedos en mi boca, me silenciaba. Podría haberlos empujado, pero no quería protestar y arriesgarme a hacer algún ruido.

Su mirada permanecía en mí, desafiándome a quedarme quieta y callada mientras los hombres estaban justo detrás de él. Se detuvieron en el pasillo, y aparte de una cortina que se movía con el viento, no tenían idea de dónde estábamos ni lo que estábamos haciendo.

Yo no hacía absolutamente nada. Estaba demasiado asustada, atrapada en la erección de Dante y silenciada con sus dedos.

Estaba borracha, pero no tanto como para no darme cuenta del peligro real y presente de ser descubiertos, con mi vestido subido y mis pechos al aire. Estaba tan nerviosa que ni siquiera podía respirar fuerte.

"¿Estás seguro?", preguntó el hombre con acento de Brooklyn.

"Sí, sí". Su compañero tenía una voz más grave, pero más quejumbrosa. "Sé que subieron por aquí".

"Romeo sigue abajo", dijo el que tenía acento de Brooklyn.

¿Romeo? ¿Por qué mencionaban su nombre?

"Y Franco también", añadió el segundo hombre. "Pero juro por Dios que Dante subió aquí".

Dante entrecerró los ojos, observándome mientras escuchaba. Sus dedos salieron de mi boca lentamente y, al hacerlo, empujó mi lengua hacia abajo hasta que me soltó por completo. Me lamí los labios, sin poder dejar de mirarlo.

"¿Estaba la mujer con él?", preguntó el de Brooklyn. "Ha estado pegada a su lado toda la noche. Supongo que tiene sentido que fuera donde él fue".

Lo miré con la boca abierta, atónita y aterrada de que estuvieran hablando de nosotros. Estaban hablando de mí. No pertenecía a este lugar. Yo era la extraña, la mujer fuera de lugar, entre los habituales de la Mafia que se conocían entre sí. No encajaba, y no entendía por qué o cómo me habían convertido en su objetivo.

¿Porque me vieron con Dante? ¡Pero todo se suponía que era solo un maldito acto!

Dante inclinó la cabeza hacia un lado, entrecerrando los ojos mientras me veía prácticamente perder la compostura.

"Sí, esa perra corrió para acá con él", respondió el segundo hombre.

Casi jadeé en voz alta, asustada por la confirmación de que estos hombres me estaban

buscando. Presioné mi mano contra mi boca, amortiguando cualquier sonido. Lo último que quería era delatar nuestra ubicación. Pero mientras yacía allí, atrapada en el pene de Dante, estaba envuelta en completo terror. Las lágrimas ardían en mis ojos mientras consideraba la amenaza que se cernía sobre mí. Todo lo que quería era sobrevivir, y lo había logrado alejándome de Ricky y los motociclistas que querían llevarme con Reaper. Ahora, sentía que estaba de vuelta en el punto de partida, enfrentando más peligro solo por estar cerca de Dante.

No podía ganar, y la aplastante y abrumadora sensación de derrota dolía.

Dante sacudió la cabeza, dándose cuenta de que estaba a punto de llorar, de sollozar o de hacer algún ruido. Manteniendo una mano en mi cadera, sacó lentamente su gruesa longitud de mí.

Me aferré a las sensaciones, confundida y sorprendida de que él… ¡de que él siguiera! Esos hombres estaban a unos pocos pasos, hablando de perseguirnos, y no podía ser por razones pacíficas o amistosas. ¿Y él quería seguir follándome?

Abrí los ojos, tratando de hacerle entender que no debía hacerlo.

Llevó su dedo a sus labios cerrados en el gesto universal de silencio. Luego bajó su mano hasta mi otra cadera. Mientras sus dedos se hundían en mi piel, lentamente y con firmeza volvió a penetrarme.

Era demasiado. Era tan grueso, tan largo, y con un empujón adicional hacia arriba, rozó mi clítoris, provocándome una fricción que me volvía loca. Tragué un gemido de placer, atrapada en él y queriendo más. A pesar de la necesidad de estar en silencio, necesitaba más. Anhelaba todo lo que me pudiera dar.

Se sentía demasiado bien. Demasiado correcto. Y mientras él se deslizaba lenta y meticulosamente dentro y fuera, tomándose su tiempo a un ritmo agonizantemente lento, cerré los ojos e intenté resistir el lento aumento hacia el orgasmo.

“Tendremos que quedarnos aquí hasta que uno de ellos aparezca”, dijo el de Brooklyn, quejándose de su destino.

Abrí los ojos, alarmada. Dante endureció su expresión en una más seria y decidida, y movió su mano. Su dedo rozó mi clítoris, estimulando ese grupo de nervios, y mordí con fuerza mi labio inferior para mantenerme en silencio.

Era una tortura. Exquisita, perfecta tortura estar cautiva bajo el toque diabólicamente constante pero pausado de este hombre. Quería agarrar sus antebrazos y rogarle que se moviera rápido y con fuerza nuevamente, haciendo que las patas de la mesa rechinaran contra el suelo liso. Me debatía sobre lo peligroso que sería guiar sus manos hacia mis pechos y mostrarle cómo quería su toque y caricia allí.

El segundo hombre en el pasillo gimió. “Lo sé. No podemos fallar. Recibimos nuestras órdenes, y no hay espacio para errores”.

“Si no traemos a esa perra de Nina, si no podemos secuestrarla, estamos jodidos”.

Mi boca quedó abierta. El miedo me atravesó, cortando de raíz el deseo que Dante me había instado a saborear y experimentar de esta manera. Tan tabú y errónea.

Al mencionar que alguien quería secuestrarme, mi sangre se heló. Mi corazón empezó a latir más rápido y el instinto de lucha o huida se activó con una oleada de adrenalina. Dante negó con la cabeza y reposicionó sus manos. Introdujo tres dedos de su mano izquierda en mi boca, mientras con la derecha agarraba mi pecho con fuerza. Mientras empujaba su miembro con rudeza, pero lentamente en mi interior, bombeaba sus dedos en mi boca. Pero fue el tacto en mis pezones lo que realmente me devolvió la concentración.

Quería que me concentrara en él. Lo entendí. Estaba tratando de distraerme del peligro que

traía la conversación que se desarrollaba justo detrás de él, y funcionó. Despiadadamente, llenaba mi boca y me embestía sin piedad. Con el añadido de sus dedos en mi pezón dolorido, sabía que no iba a durar mucho más.

Antes de que pudiera llegar al clímax, tan cerca de la explosión inminente y el desahogo de toda esa tensión acumulada, la voz del segundo hombre se coló entre la neblina de deseo que Dante había despertado en mí.

"Vanessa necesita que ella desaparezca para quedarse con Constella, como quiere".

¡No!

Dante frunció el ceño, concentrado en mí mientras movía sus caderas, llenándome una y otra vez. Pero al escuchar ese comentario, tiró de mi pezón con tal fuerza que me dio justo la dosis de dolor que se convirtió en un placer exquisito.

"Maldita sea. No podemos quedarnos aquí parados", se quejó el de Brooklyn. "Vamos a recorrer este nivel y luego revisamos el otro lado del edificio".

"Sí. Buena idea".

Sus pasos se desvanecieron a medida que se alejaban, pero apenas los escuché. El rugido de mi pulso en mis oídos ahogaba todo lo demás. Con mi corazón latiendo desbocado dentro de mis costillas, tratando de respirar lo suficientemente rápido, lo miré con una desesperada súplica de que me dejara llegar al clímax.

Él asintió, frunciendo el ceño con el esfuerzo de follarme tan fuerte. Aunque el peligro de que nos escucharan o encontraran esos hombres había desaparecido, yo seguía tan cerca del clímax que ya no tenía remedio.

Manteniendo mi pezón entre sus dedos, se hundió rápidamente en mí, y eso fue todo lo que necesitaba para irme por completo. Alcancé el orgasmo, succionando y casi ahogándome con la presión de sus dedos en mi boca. Estallé en pedazos con el torrente de placer, arqueando mi espalda y temblando con la fuerza de mi orgasmo.

Con un último empujón rápido de sus caderas, se vino, sacudiéndose y derramando su semen dentro de mí. Aunque no quitó sus dedos ni de mi boca ni de mi pecho, respiraba con grandes y pesadas bocanadas sin hacer ruido.

A diferencia de la noche anterior, cuando nos desplomamos juntos en esa silla, esta vez inclinó la cabeza y estabilizó su postura mientras recuperaba el aliento. Mis muslos temblaban mientras dejaba que mis piernas cayeran del borde de la mesa, y él retrocedió mientras enderezaba su postura.

Una rápida mirada más allá de la cortina debió darle la impresión de que no había nadie cerca. Me ayudó a sentarme, besándome en los labios mientras me incorporaba.

"Aquí". Me llevó a sentarme completamente erguida mientras tiraba y ajustaba mi vestido para cubrir mis pechos de nuevo. Mis pulmones seguían trabajando a toda máquina por la emoción, pero intenté mantenerme lo más callada posible de todos modos.

Al mismo tiempo que él acomodaba su ropa, miró hacia mi entrepierna, todavía expuesta, con mis piernas abiertas y mi vestido arrugado.

"Dante". Me lamí los labios y sentí el dolor en mi mandíbula por haber tenido sus dedos en mi boca. Se sentía diferente, pero no me había resultado desagradable. "No usaste condón".

Él se encogió de hombros mientras aún ajustaba su ropa, mirando fijamente mi entrada. El semen cálido se escurría y yo quería juntar las piernas ante la sensación en mi carne sensible.

"Tampoco usaste protección anoche". El deslizamiento de nuestros fluidos combinados era un recordatorio contundente de que no habíamos tomado ninguna precaución lógica.

"Estoy limpio". Bajó las manos mientras me miraba. "Eras virgen, así que tú también estás

limpia”.

Sacudí la cabeza. “Pero no estoy usando anticonceptivos”.

Él sonrió. “Bien”.

Lo miré boquiabierta. “¿Bien?”, susurré lo más suavemente que pude.

“Sí”. Llevó sus dedos hacia mi entrepierna y empujó el semen de vuelta dentro de mí. Me estremecí ante su toque, tan sensible y reactiva.

“Bien”, dijo. Estaba despreocupado, tratando de mantener su semen dentro de mí.

Casi como si…

“¿Te haría feliz dejarme embarazada?”. Sonaba loco una vez que escuché las palabras salir de mi boca, pero necesitaba escucharlo de él.

Él sonrió y asintió. “Sí, entonces no tendríamos que fingir ni una maldita cosa más. Serías mía, Nina”.

No podía haberme sorprendido más con esas palabras tan rotundas. Había estado esperando y fantaseando con que no fuera la única deseando algo real. Me había dejado llevar por tonterías y sueños despiertos sobre casarme con él. Si podía admitir que quería dejarme embarazada, como si fuera lo más natural del mundo…

“¿Eso es lo que quieres?”, le pregunté, nerviosa por ser tan directa y pedirle que revelara sus verdaderas intenciones. “¿Quieres…?”.

Una serie de disparos llenó el aire. Me interrumpió mientras inhalaba bruscamente y me preparaba para el impacto. Deslizándome de la mesa, me choqué contra él. Me atrapó, agachándose también en una postura defensiva. Sus brazos se envolvieron alrededor de mí mientras me mantenía pegada a su pecho.

Nuevamente, el sonido de disparos resonó. Los hombres gritaban, mientras otros respondían con voces elevadas. Luego, más disparos, cada vez más intensos, llenaron el aire.

“Vamos, salgamos de aquí”, dijo Dante. Levantó la cabeza para ver por encima de mí y escaneó a la izquierda y a la derecha en el pasillo dentro del salón de baile.

No soy experta en cómo viaja la velocidad del sonido desde una fuente, pero podría jurar que sonaba como si la lucha y el caos estuvieran ocurriendo abajo. Debajo de nosotros.

Dante no dudó en sacarme de detrás de la cortina con él, reingresando al salón del lugar. Nadie nos apuntaba con un arma en el pasillo, así que me sentí segura de que el verdadero peligro no estaba sobre nosotros.

Agarrando su arma de la funda atada a su costado, Dante me miró con una expresión severa. Mientras sostenía su arma lista para disparar, me tomó la mano con su otra mano libre y salió corriendo, acelerando el paso para llevarnos a un lugar seguro.

23

DANTE

Nina se quedó conmigo mientras corríamos por el pasillo. Parecía contradictorio correr hacia los disparos que estallaban en el piso principal, pero ya habían cesado.

No había manera de que un solo grupo pudiera entrar y acabar con todos los invitados aquí. Demasiados celebridades y políticos tenían guardaespaldas y equipos de seguridad. De las organizaciones criminales presentes, muchos soldados y hombres estaban listos para defender a sus líderes y capos dentro del salón de baile.

Mientras bajaba las escaleras, supuse que era el caso de dos rivales atacando entre los civiles. Sucedía, pero cada vez que errábamos y causábamos demasiadas bajas inocentes y no involucradas, parecía que todas las familias del crimen eran acusadas y sometidas a un escrutinio aún mayor por parte de las fuerzas del orden.

"¿Quién es? ¿Quién abrió fuego?", grité a Romeo mientras subía las escaleras para interceptarme mientras yo bajaba corriendo. Franco apresuró a Eva a un lado, a medida que varios hombres de Constella nos rodeaban. En medio del caos en el enorme salón de baile, los líderes estaban siendo cubiertos y protegidos. Las armas estaban alzadas. Los ojos estaban abiertos. Pero no vi ningún objetivo fácil al cual apuntar.

Nina permanecía cerca de mí, sus delgados dedos apretando mi mano con fuerza. Mientras sintiera esa conexión, sabiendo que estaba conmigo, podría mantener la calma.

"No lo sé. Los disparos vinieron de la entrada lateral", gritó Romeo con el ceño fruncido, mientras verificaba que Nina estuviera bien conmigo.

Nunca me interesaron las coincidencias. Sin embargo, la irrupción de alguien en esta gala, precisamente en este momento, después de tantos años de celebrarse, tenía un solo significado.

Nina.

Si no hubiéramos escuchado a esos dos hombres hablar sobre querer secuestrarla para que yo quedara libre y de esa manera Vanessa me reclamara, no habría pensado en eso. No habría saltado inmediatamente a esa conclusión. Pero lo habíamos hecho. Momentos atrás, mientras la distraía haciendo el amor con ella ante el horror de escuchar a esos dos hombres hablando de llevársela, esos tipos lo habían discutido.

¿Era una distracción? ¿Generaban confusión para llevársela de mí? La ira recorrió mis venas ante el concepto. Si alguien se atreviera a interponerse en mi camino y robarme a Nina, no habría fin al caos que desatarían.

"¿Es…?". Más disparos me interrumpieron, y me agaché para proteger a Nina. Ella temblaba bajo mí, pero los disparos no duraron mucho.

“¿Qué carajo creen que están haciendo aquí?”, exigió Romeo.

Me incorporé un poco, echando un vistazo sobre Nina. Abajo, más allá de los seis o siete escalones que aún tenía por bajar con ella, había un par de hombres. Mi hijo tenía razón. No pertenecían aquí.

Las familias de la mafia, la principal presencia criminal reunida aquí esta noche, no se mezclaban con motociclistas. La última vez que una familia de la mafia intentó enfrentarse a una pandilla de motociclistas fue cuando la Familia Domino los enfrentó.

Por eso ver a los miembros del club de motociclistas ‘los Hermanos del Diablo’ entrar aquí, disparando, no tenía sentido.

“Salgan de aquí”, ordené, levantándome y apuntándoles con mi arma. Otros trataban de pasar por el abarrotado pasillo, pero con el caos que habían causado los disparos, la gente huía y entraba en pánico, y no había una forma fácil de abrirse paso entre la multitud. Detrás de los motociclistas había un desorden total, pero esos imbéciles no parecían molestos en lo más mínimo.

“No lo creo”, dijo Stefan Giovanni mientras se acercaba. Caminó más cerca, viniendo detrás del par de motociclistas con chaquetas de cuero. Uno era calvo. El otro tenía el cabello largo, encanecido y grasoso. Pero ambos parecían idiotas inmaduros con esas bandanas blanco y negro atadas en sus cabezas.

“¿Qué está pasando?”, preguntó Romeo mientras Stefan colocaba un pie en el primer escalón de la escalera que mi hijo y yo bloqueábamos junto a Nina. Soldados entraron, todos apuntando con sus armas a Stefan y a los dos motociclistas que había reunido para enfrentarse a mí.

“¿Qué está pasando?”. Stefan rió secamente ante Romeo mientras más motociclistas luchaban contra la seguridad cerca de las puertas. “Te diré lo que está pasando. El juego ha terminado, Dante”. Me lanzó una mirada desdeñosa, luego bajó la vista hacia Nina. “Ya te has divertido lo suficiente. Es hora de entregar a la chica”.

Nina se pegó a mi espalda, temblando y escondiéndose más cerca.

“Esa mujer pertenece a Reaper”, insistió Stefan.

“Ni de coña. ¿Según quién? ¿Tú?”, mantuve mi arma apuntada al motociclista grasiento, ya que Stefan aún no sacaba su arma. Todavía.

Él inclinó la cabeza a la izquierda, como si hubiera dicho algo ridículo. “De acuerdo con los hombres de bien y respetables de este MC”.

Romeo maldijo, burlándose de la evaluación de Stefan sobre el club de motociclistas.

“Y Ricky”. Stefan entrecerró los ojos. “¿Te acuerdas del hijo de Henry, verdad?”. Inclinándose hacia un lado, intentó ver a Nina agachada detrás de mí. “Parece que has estado bastante ocupado haciéndote amigo de su hija”.

No respondí, dejando que el imbécil se retorciera bajo la presión de mi silencio.

Rodó los ojos. “La perdió en una apuesta… justa y cuadrada”.

“¿Cómo demonios lo sabrías?”, preguntó Romeo.

Stefan se encogió de hombros. “Lo escuché en las salas de juego. Ya sabes cómo se corre la voz y todo eso”.

“Ella no va a ningún lado”, le dije.

“Oh, pero eso es justo lo que prometí a mis nuevos amigos”. Stefan metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones. Era una maniobra estúpida, y sabía por qué lo hacía. Para parecer casual y no amenazante. Qué pena. Nunca, jamás bajaría la guardia con mi antiguo amigo de hace tanto tiempo. No me engañaría. No después de que corriera la voz de que siempre podría contar conmigo para apoyarlo y alinearme con él cuando no era cierto. Ni después de la

insistencia de su hija por reclamarme como su esposo. Y especialmente no después de que se aliara con los idiotas de Domino.

"¿Amigos?", me burlé, apuntando mi arma al motociclista. "¿Qué, no pudiste vencerlos con la ayuda de los Domino, así que ahora te vas a unir a ellos?".

"Me gusta estar con el poder, Dante".

Era una indirecta, insinuando que, porque no quería tener nada que ver con él, carecía de poder. *Qué broma.* "¿Y ellos representan poder?", me burlé.

"Sí. Una vez que escuché que te habías llevado a la nueva chica de Reaper, pensé que podía ayudarles a acercarse un poco más para que él pudiera reclamar lo que se le había prometido".

"Ah". Gruñí. "¿Y a cambio, te dejarían participar en algún trato con las rutas de armas regionales? ¿Aprovechar el botín y establecer una supuesta asociación mutuamente beneficiosa?".

"No me digas que estás celoso de mí por diversificar". Sonrió, engreído. "Después de todo, primero me acerqué a ti. Intenté conseguir tu apoyo con esas rutas de armas".

"No te acercaste para pedirme flexibilidad o disposición para apoyarte en nada. Lo asumiste, incorrectamente. Igual que ahora, al pensar que puedes invitar a estos malditos motociclistas aquí y hacerles un favor".

"Esa perra no es tuya", dijo el motociclista calvo. "Ahora le pertenece a Reaper".

"De ninguna manera lo es". Apreté más fuerte su mano. "No se va a ir contigo".

"Es hora de entregarla a quien le pertenece", dijo Stefan. "Los hermanos del Diablo solo están recogiendo lo que es de él".

Negué con la cabeza. "No".

"Ya te divertiste", repitió Stefan. "Pero ella no es con quien te vas a asociar ni con quien te vas a casar".

Escuchar ese argumento de él, de todas las personas, me irritó hasta el extremo. Tenía la intención de que eligiera a su hija para asegurar aún más la conexión entre los nombres Giovanni y Constella.

"No va a pasar". Apreté los dientes y volví a negar con la cabeza. "No va a pasar. Nunca habrá nada entre Vanessa y yo. Nunca querré a tu hija cobarde y egoísta".

"Cuida lo que dices", advirtió. Sin embargo, su amenaza no tenía mucha fuerza. Cuando di un paso hacia adelante, preparándome para lanzarme sobre él y golpearlo, retrocedió tambaleándose, casi chocando con los motociclistas.

"No. Tú cuida lo que digo. Escúchame. Por última maldita vez, no quiero tener nada que ver con Vanessa". Fijé mi mirada en él, levantando la voz para que se escuchara por encima de la pelea que ocurría más allá en la sala. "Ni contigo".

Stefan negó con la cabeza. "No sabes de lo que hablas".

"¿Estás tratando de manipularlo?", Romeo se burló. "Lárgate de aquí. Llévate a tus nuevos amigos contigo, y desaparece".

Stefan no se movió, pero los motociclistas reaccionaron. El calvo empezó a hablar basura con él, soltando tonterías que no afectaron en lo más mínimo a mi hijo. El tipo grasiento no apartó su atención de mí. Al menos tuvo el sentido común de ser prudente con una pistola apuntándole.

"No eres bienvenido aquí", le dije a mi ex amigo. Romeo y yo éramos un frente unido aquí. Padre e hijo. Jefe y segundo al mando. Juntos, representábamos el poder más grande del mundo criminal, y cualquiera que hubiera pausado lo suficiente para presenciar este enfrentamiento lo vería. Reconocerían la importancia de lo que estaba sucediendo en este lugar.

Ya había refutado las afirmaciones de Stefan de que los Constella siempre apoyarían y se

alinearían con los Giovanni. Aquí, en acción en vivo, estaba demostrando al mundo que nunca lo haríamos.

"No te atrevas a preocuparte por lo que hago. Nunca más". Retrocediendo, tomé la mano de Nina. Sentí el temblor en su agarre, pero seguía siendo firme. No era débil. Asustada, pero no tan vulnerable como para reducirse a un desastre de llanto e histeria.

Observé cómo Stefan se giraba ligeramente, dirigiéndose al motociclista mayor. Habló demasiado bajo como para que pudiera escuchar lo que dijo, pero la expresión tormentosa en su rostro envejecido transmitía suficiente.

Estaba furioso. Acorralado. Y enojado porque lo había empujado a admitir la derrota. Era un idiota por arriesgarse a traer a los motociclistas de los Hermanos del Diablo aquí solo para intentar sacar a Nina de mi protección. Aún más estúpido por aliarse con el MC y contar con ellos para avanzar.

Sosteniendo la mano de Nina, esperé a que el imbécil diera la vuelta y se retirara. Lo hizo, y me complació dejar que el resto de los invitados aquí se encargaran de su invasión. No era el único líder molesto porque trajera a esos imbéciles a este lugar, donde estábamos todos reunidos. Y cuando intentó salir con sus amigos motociclistas, varios soldados y capos los apuntaron en su camino de salida, exigiendo una explicación y advirtiendo a los hombres del MC que no se cruzaran nunca más en su camino.

"Dante".

Odiaba el miedo en la voz de Nina cuando tiró ligeramente de mi mano, arrancando mi concentración de observar a Stefan irse.

Al girarme hacia ella, me propuse borrar esa expresión de ansiedad de su hermoso rostro. Sus rasgos nunca debían estar tensos y cargados de preocupación, y detestaba que alguna vez la hubieran puesto en esta posición.

"¿Podemos irnos?", preguntó. Su garganta se tensó con la dificultad de tragar, más evidencia de lo tensa que estaba.

"Sí". Exhalé, deseando que una simple respiración pudiera purgar la tensión y la rabia acumuladas dentro de mí. "Vamos a casa".

Ella asintió, agradecida y claramente aliviada de que no la obligara a quedarse más tiempo. Después de la forma en que el MC y Stefan habían hecho su entrada, con disparos y rabia, dudaba que la gala continuara.

Romeo se acercó a nosotros, y Franco no estaba muy lejos detrás de él. Eva seguía apartada, hablando con los soldados que se quedaban con ella para seguridad.

"Me la llevo a casa", le dije a mi hijo.

Asintió una vez. Franco también lo hizo antes de decir: "He pedido que más hombres los sigan hacia afuera". Entrecerró los ojos, furioso mientras miraba en la dirección en la que Stefan conducía a los motociclistas. "Ya sabíamos que esos imbéciles nos iban a causar problemas".

Romeo sonrió. "Más temprano que tarde".

"Lo siento…".

Tiré de Nina hacia mi lado, abrazándola con más fuerza y silenciándola. "Nada de esto es tu culpa. Nada". Una vez que levantó su mirada preocupada para encontrarse con la mía, frunció el ceño. "No quiero escuchar otra maldita palabra de disculpa salir de tus labios", la regañé.

Ella cerró la boca en una firme línea. No pude decir si era terquedad lo que la tenía molesta porque la estaba controlando de esa manera o si se estaba conteniendo para no hablar de nuevo.

Teníamos que hablar. Ella tenía que escuchar. Pero no aquí. Tan pronto como tuviéramos algo de privacidad de nuevo, lo discutiríamos todo. Antes de llegar, planeaba decirle que la

quería para siempre. Ahora, parecía que tendría que reiterar eso, de todos modos.

Porque nadie la iba a quitar de mí.

Ni los Hermanos del Diablo. Ni Stefan. Nadie.

Nina sería mía para siempre.

24

NINA

Dante estaba al teléfono durante el trayecto de regreso a su casa. Por lo que podía notar mientras me sentaba en el asiento del copiloto y dejaba que el paisaje se desdibujara por la ventana, estaba poniéndose al día con muchos miembros de la fuerza Constella. Stefan y esos motociclistas habían causado un gran alboroto, y no tenía ninguna duda de que se necesitaría hacer un seguimiento.

"Puedes dejarme aquí", le dije cuando no estaba hablando por teléfono. "Si necesitas… controlar los daños y supervisar…".

Negó con la cabeza. "No. Romeo y Franco pueden encargarse por mí".

"Pero no necesitas consentirme".

Con una mirada severa, me instó a que abandonara ese argumento. Tal vez consentir no era algo que un hombre duro como él pudiera hacer.

"No necesito un trato especial".

No respondió, atendiendo nuevamente su teléfono.

Mi cálido y agradable sentimiento de embriaguez se había desvanecido. Me había despejado rápidamente con la insistencia de Dante de tener sexo como lo hicimos, de manera tan arriesgada. Me despejé aún más cuando escuché a los hombres hablando sobre secuestrarme. Ver y oír los disparos y la discusión que Dante tuvo con Stefan… bueno, eso me sacó por completo del embeleso y me devolvió de golpe a la cruda realidad.

Era mucho para asimilar. Mi mente se sentía demasiado llena. Tenía que compartimentar todo lo que había sucedido, racionalizar mis emociones para poder sentirme cuerda y más como yo misma otra vez.

Dante no estaba dispuesto a darme tiempo ni espacio para que todo eso se asentara. En lugar de llevarme a la habitación de invitados en la que me había estado quedando, me llevó a su habitación privada. Su cuarto. No me di la oportunidad de observar el entorno o detenerme a apreciar el tema de madera oscura que predominaba en su santuario.

Quería mantenerme cerca. Eso era evidente por su rechazo a que Franco me llevara a casa. Tenía la sensación de que Dante no quería perderme de vista en absoluto después del evento. Mantuvo mi mano firmemente en la suya, lo cual agradecí porque me daba una sensación de arraigo. También se negó a ir a hablar con sus hombres y soldados, priorizando mi presencia.

Y aquí, en su habitación por primera vez, sentí que quería atraparme con él.

"No necesito ser supervisada", dije mientras él dejaba su chaqueta sobre una silla.

Frunció el ceño, observándome mientras yo permanecía inmóvil cerca de la puerta,

demasiado asustada para dar un paso más. “No lo estás”.

No me estaba expresando claramente. Después de lamerme los labios y apresurarme a encontrar una mejor manera de decirlo, articulé: “No soy una debilucha delicada”. Levantar la barbilla me dio confianza. “Entiendo que puedas percibirme como una joven a la que proteger, pero está bien, Dante. Si tienes responsabilidades que atender, no necesito que me vigiles de cerca”.

Resopló mientras caminaba hacia mí desabrochándose la camisa. La lenta revelación de su pecho firme y peludo captó mi atención, y fruncí el ceño al darme cuenta de lo fácilmente que podía distraerme.

“No tengo la intención de vigilarte”. Dejó caer la camisa a unos pasos de distancia antes de llegar hasta mí. “Pero sí quiero mantenerte bajo observación”.

Antes de que pudiera comprender su intención, agarró la parte superior de mi vestido y lo bajó. Mis pechos se liberaron, desnudos y sin restricciones. Aun así, mantuvo contacto visual directo conmigo, demostrando lo que acababa de decir.

“Quiero mantenerte bajo observación esta noche”. Empujó mi vestido hacia abajo, estirándolo a medida que alcanzaba mi cintura. “Mañana”. Se inclinó más para bajarme el vestido por completo. “Y todos los días después de eso”.

Controlé mi respiración, abrumada por lo que dijo. Sin que su mirada recorriera mi cuerpo, daba la impresión de que no buscaba sexo. No ahora. Me miró fijamente, confundiéndome mientras se quitaba los pantalones y la ropa interior. Estábamos allí, desnudos juntos, pero me di cuenta de que él estaba interesado en otro tipo de intimidad.

Me abrazó con fuerza, y el contacto cálido de su cuerpo duro contra el mío se sintió tan familiar y correcto. Cerré los ojos mientras él besaba la parte superior de mi cabeza.

“¿Pretendes retenerme?”, le pregunté, pensando en cómo les había dicho desafiante y seriamente a los motociclistas y a Stefan que no me entregaría. A pesar de que Ricky me había perdido en una apuesta. Parecía no querer hacerlo, pero no estaba segura de cómo interpretarlo.

“Quiero que estés conmigo”, dijo mientras me guiaba hacia el baño. Sus dedos se entrelazaron con los míos, y me deleité con lo reconfortante que era su agarre.

“No tienes que fingir aquí”, le recordé.

“No lo hago”. Me lanzó una mirada seria mientras se detenía en la ducha y abría ambos grifos. El vapor se levantó y llenó el aire rápidamente, y yo me estremecí, tanto por el calor tentador en mi piel como por la intensidad de su mirada.

Me metí bajo el agua con él, distraída por su erección evidente. No inició nada sexual. Después de lo rudo que me tomó en el balcón, tenía curiosidad por obtener más, pero me intrigaba por qué intentaba ignorar su evidente excitación.

En lugar de eso, me abrazó y comenzó a ducharse conmigo. El agua resbalaba por su pecho, resaltando las curvas y hendiduras de sus músculos. Calloso y fuerte, pero gentil, me enjabonó y me enjuagó. Fue una experiencia íntima pero pacífica que compartimos, y nunca olvidaría la tierna consideración que me mostró.

No hablé. No podía. Todavía trataba de descifrar lo que él quería decir. ¿Quería mantenerme como una opción permanente, para asegurarse de que Vanessa no lo molestara? ¿O planeaba hacer que esto fuera real entre nosotros?

Aceptando que necesitaba pensar y evitar hablar, lo seguí. Una vez que estuve limpia, lo atendí. Enjabonarlo fue solo otra manera de sentir su físico robusto, pero él perdió el control mientras lo hacía.

Besándome despacio y suavemente, me mostró cuánto me deseaba. No solo como un cuerpo

para tener sexo, sino como una mujer con quien ser afectuoso.

Después de enjuagarlo, salimos de la ducha juntos. Me quedé quieta, sonriendo adormilada mientras él me secaba con una toalla gruesa y esponjosa. Al ajustar el borde de la toalla alrededor de mis pechos, suspiró y se apartó. Agarró una toalla para él mismo e inclinó la barbilla para indicarme que saliera del baño con él.

"¿Adolorida?".

No estaba segura de cómo aún podía sonrojarme frente a él después de que ya había visto todo de mí. Me limité a encogerme de hombros. "No mucho…".

Se rió mientras me observaba acercarme a la cama. Después de terminar de secarse, tiró su toalla a un lado y levantó las cobijas. No necesitaba que me dijera que me metiera en la cama. Sabía seguir las señales. Me quité la toalla y me metí en el colchón, emocionada y feliz de que él se metiera conmigo.

"No estoy fingiendo", me dijo una vez que estuvimos acurrucados. De lado, nos miramos el uno al otro. Tomó un control remoto y apagó las luces. Mis ojos se ajustaron rápidamente, y me enamoré de la tranquilidad y el simple confort de estar acostada con él y mirándolo a los ojos. Levantó su mano para acariciar mi mejilla, apartando mi cabello de mi rostro.

"¿Qué significa eso?".

Un lado de sus labios se levantó en el inicio de una sonrisa sexy. "¿Tú sigues fingiendo?".

Sacudí la cabeza y luego me incliné para besar su palma mientras enmarcaba mi cara. "Me costó fingir desde el principio".

Ahora sonrió por completo, con una expresión autosuficiente y arrogante que quería ver todos los días.

"Pero, ¿qué significa esto?". Tenía que saberlo. Podía asumir muchas cosas, pero estaba demasiado nerviosa para pensar que esto podía ser real, que él no era demasiado bueno para ser verdad.

"Tú dime. Si no estamos fingiendo salir, entonces es real. Estamos juntos, punto. ¿Qué quieres de una relación conmigo?".

Levanté las cejas, emocionada de que me diera la oportunidad de expresar mis sueños. Mis fantasías podrían convertirse en realidad, y eso era un gran cambio que aceptar.

"¿Qué quieres de tu futuro?", preguntó, acercándose más.

"¿En general?", pregunté.

Asintió, frotándome la espalda con este abrazo más apretado. La única distancia que quedaba entre nosotros eran unos cuantos centímetros para poder mirarnos mientras conversábamos, pero de pecho para abajo, estábamos pegados el uno al otro, envueltos bajo las sábanas y la manta con calidez.

"Siempre quise ir a la universidad". Me sentí avergonzada de decir eso, ya que él era mucho mayor y no era algo con lo que pudiera identificarse personalmente. Ya había pasado su juventud académica, ya tenía una carrera, múltiples negocios y una gran riqueza. Cada diferencia entre nosotros parecía otra razón por la cual no tenía sentido, pero hice lo mejor por ignorarlo.

"¿Para qué?". Sonaba intrigado, no molesto o irritado porque quisiera algo que parecía tan lejos de su realidad.

"Alfabetización infantil. He investigado programas de educación, pero no quiero ser una maestra en el sentido clásico, de estar frente a un salón de clases. Quiero especializarme en la alfabetización, sin embargo".

Él me besó en la frente. "Algo simple y bueno". Luego se rió. "Me gusta eso. Es el ideal opuesto a la oscuridad complicada con la que trato en mi vida".

“Nunca tuve mucha oportunidad de planear para la universidad, y mucho menos trabajar para lograrlo. Ricky se llevó todo, y una vez que papá murió y nos dejó dinero en su testamento, ese idiota también lo perdió todo”.

Él exhaló un largo y cansado suspiro. “Henry no estuvo para criar a tu hermano mejor”.

Asentí, odiando que fuera verdad. “Y mi abuela se rindió. Nos dio refugio y lo esencial lo mejor que pudo, pero ya había criado a un hijo. Ya había pasado por la paternidad y estaba demasiado cansada y enferma para querer volver a hacerlo”.

“Siento que hayas sufrido en tu infancia”.

“Es lo que es. Durante mucho tiempo, odié que papá no pudiera quedarse. Nos abandonó. Pero supongo que la paternidad no es para todos. Quiero decir, mi mamá se fue aún antes”.

“Creo que Alison probablemente se dio cuenta de cómo era un hogar militar y no le interesó. Eso no es una excusa, pero como tú dices, es lo que es”.

Ninguno de nosotros podía cambiar el pasado. Ya había dejado de lado a mi madre hace mucho, nunca tuve la oportunidad de conocerla ni recordarla. Pensando en el tiempo que pasó, me pregunté de nuevo cómo mi papá, Dante y Stefan pudieron haber sido amigos alguna vez. Más aún, que no fueran amigos ahora o no lo hubieran sido recientemente.

“¿Lo dices en términos de cómo todos se distanciaron? ¿Tú, mi papá y Stefan?”.

“Sí. Es como te dije antes. Simplemente queríamos cosas diferentes. No fuimos arrastrados en la misma dirección”. Frunció el ceño. “Bueno, Stefan y yo sí lo fuimos. Ambos seguimos las expectativas de asumir nuestras familias. Él se convirtió en el líder del nombre Giovanni y yo asumí la familia Constella cuando mi padre murió”.

“Pero ahora son rivales”. Le acaricié la mandíbula, esperando que pudiera ver el agradecimiento en mis ojos. “Aprecio que te enfrentes a él por mí”.

“Incluso si no se hubiera hecho amigo de esos motociclistas, habría dicho lo mismo. Nadie te va a quitar de mí, Nina. Lo digo en serio”.

Conmovida por sus palabras, lo besé, vertiendo todo mi amor en el contacto de mis labios con los suyos.

“Stefan se ha hecho mi enemigo, sin embargo. No solo al entrometerse en mi vida y tratar de que te deje, sino también al aliarse con esos motociclistas. Se alió con la Familia Domino antes de que el MC los destrozara, y eso es solo lo más reciente en su patrón de tomar decisiones codiciosas y estúpidas”.

“¿Es por eso que Stefan está tan ansioso de que te cases con Vanessa? ¿Para vincularte con él de alguna manera?”. Estas políticas mafiosas tomarían mucho tiempo en descifrar. “Parece tan seguro de que deberías estar con ella. Como… como un matrimonio arreglado”.

Suspiró. “Los matrimonios arreglados suceden en nuestro mundo. Es una práctica común para combinar familias y fortalecer el poder. Estaba arreglado para casarme con Grace, y ella no vivió dos meses después del nacimiento de Romeo. Dado que soy mayor, esperaría estar exento de todo ese asunto”. Sonrió. “Y dado que te he encontrado, te quiero a ti, a nadie más”.

Mi corazón se hinchó de esperanza y amor. Parecía demasiado pronto para usar la palabra que empieza con A con Dante.

“Soy demasiado poderoso como jefe establecido de la familia para ser manipulado en un matrimonio arreglado”.

“¿Pero alguna vez Stefan pensó que tenías un acuerdo antiguo o algo así? ¿Hablaban sobre el futuro entre los tres para que él se aferrara tanto a la posibilidad de que te casaras con Vanessa?”.

Sacudió la cabeza. “No. Nada de eso. No hablábamos de eso en aquel entonces”. Con una sonrisa traviesa, bajó su mano hasta mi trasero y me acercó más a su cuerpo desnudo. “Imagino

que si Henry estuviera vivo y supiera lo que quiero hacerte, me patearía el trasero".

Me mordí el labio, completamente provocada y emocionada por las fantasías de Dante que podrían tenerme a mí como protagonista. "¿Ah, sí? ¿Qué quieres hacerme?".

El beso que me dio fue lento y seductor. "Te lo mostraré".

25

DANTE

Aparte de besar y abrazar a Nina hasta que nos quedamos dormidos, no le mostré nada. Tenía muchas ideas sobre lo que me gustaría hacer con ella. A ella. Pero ambos estábamos tan exhaustos y adormilados después de esa ducha que ninguno de los dos se quedó despierto hasta tarde.

Cuando desperté, maravillado por el regalo de la sumisión de esta mujer y su acuerdo de pasar la noche conmigo en mi cama, me quedé allí relajado en el silencio de la mañana.

Su rutina parecía ser levantarse para un desayuno rápido y café, luego hacer ejercicio. Ya era más tarde de la hora en que normalmente estaba en el gimnasio, así que me sentí seguro de que la estaba mimando para que durmiera más. Conmigo.

Era justo donde la quería todas las mañanas, y después de nuestra conversación de anoche, tenía la esperanza de que lo entendiera.

Mientras dormía, respirando de manera uniforme y tan dulcemente, disfruté de la dicha doméstica de simplemente estar con ella. Sí, estaba desnuda, y la sensación de su cuerpo delgado, cálido y desnudo, pegado al mío era la tentación personificada. Todo lo que necesitaría hacer sería empujar un poco su pierna y deslizar mi pene dentro de su vagina. Abrazarla así era una tortura. Seguir sintiendo su trasero contra mi erección matutina era un desafío resistir, pero no se trataba solo de sexo con ella. No era solo físicamente que la necesitaba. Quería su compañía porque su simple presencia me calmaba. Encajaba conmigo, y saber que tenía una pareja, otra mitad que me hacía sentir completo, era algo difícil de entender.

Esto es solo el principio. Si fuera inteligente en esto, garantizaría que cada mañana comenzara así. Con ella. Pacífica y llena de esperanza.

Tenía que hacerla mía. Tenía que mantenerla conmigo. El primer paso estaba hecho. Le había dicho que todo esto de las citas falsas había terminado. Entre nosotros sería real, y su futuro sucedería conmigo.

Es hora de ponerme en marcha.

Después de salir lentamente de la cama sin despertarla, me levanté y me vestí en silencio. Ella no se movió, y la dejé cómoda en mi cama.

Salí de mi habitación y me dirigí hacia las escaleras. El desayuno en la cama era lo que mi mujer merecía, pero antes de avanzar, me detuve en el pasillo. Luego retrocedí, mirando las puertas que daban a su habitación de invitada.

No volvería allí. Pertenecía a mi cama. Considerando que necesitaría mover sus cosas a mi suite, y finalmente llenar la mitad del armario que había estado vacío durante treinta años, entré

en su refugio temporal.

No había nada desordenado, y me complació ver que era tan ordenada. Un vistazo rápido a su ropa me divirtió. Sin duda, Eva había organizado la compra del ochenta por ciento de las prendas aquí, pero Nina no las usaba. No la había visto con ninguna de estas cosas de diseñador. Prefería ropa más relajada, cosas para estar en casa, como si se considerara una hogareña.

Sabía que no era materialista, pero esto era demasiado gracioso.

¿Por qué guardar todo eso si prefieres otra cosa? No le preguntaría. Lo intuía bien. Probablemente no quería quejarse o parecer desagradecida y simplemente aceptaba lo que Eva compraba para ella.

Me sentí intrigado. No era simplemente curiosidad; esta era mi casa, ella era mi esposa y todo lo que estaba adquiriendo era gracias a mi dinero. No le importaría si le hubiera pedido revisar su habitación; estaba tan seguro de nuestra cercanía.

Antes de irme, agarré su computadora portátil porque estaba allí, convenientemente al alcance.

Abajo, en la cocina, coloqué la laptop en el mostrador y la encendí. No había configurado una contraseña ni bloqueo. Era tan abierta y no quería guardar secretos. Lo tomé como un signo de fe y confianza en mí, y me inspiró para nunca traicionarlos.

Mientras el navegador arrancaba y se poblaba con lo último que había estado viendo, preparé café. Me senté con una taza de la bebida y revisé las pestañas que había dejado abiertas. Varias páginas de ropa y otras necesidades. Incluso una página de equipo deportivo adecuado para correr y un reloj de fitness. En los carritos de compras, había guardado muchas cosas como "guardar para más tarde" o en una lista de deseos. La mayoría de los artículos estaban en oferta o de liquidación.

"Al diablo con eso", murmuré mientras elegía las opciones nuevas de todo lo que había seleccionado. Una vez que trasladé todo al carrito, lo compré todo. Mientras estaba en ello, ordené más opciones, por si había tenido dificultades para elegir, y luego, en uno de los sitios que ofrecía lencería, seleccioné una variedad de ropa sexy que me encantaría verla usar, por un rato. Hasta que se las quitara de su hermoso cuerpo.

Mientras sorbía mi café, me despertaba con cada momento que pasaba. No era solo la cafeína lo que borraba los restos de sueño y me hacía estar más alerta. Era ella. Era la promesa de lo que podía construir con ella, para siempre. Consentirla era un gesto simple. Tenía más dinero del que jamás podría gastar en mi vida, y usarlo en ella no era un desafío. El desafío de encontrar formas de complacerla me llenaba de energía. Estaba emocionado por poder tratarla con la delicadeza y el cuidado que siempre había soñado experimentar con una amante.

¿Puede ser tan simple?

Tratarla como una diosa. Dejarla embarazada. Casarme con ella. *Y mantenerla.*

Sonaba perfecto, y planificaba más formas de mostrarle que siempre proveería para ella y la cuidaría. La advertencia de Stefan y las demandas de los motociclistas no entraron en mi mente. Tenía demasiado poder para que ganaran. Tenía suficiente seguridad y capas de protección para que nunca se acercaran lo suficiente para alcanzarla.

"Buenos días", dijo Eva cuando entró a la cocina momentos después. Parecía que se había quedado en la casa principal en lugar de la villa de invitados que llamaba su propio hogar.

"Estás despierta temprano", la molesté. No era nada madrugadora.

Se encogió de hombros, preparándose para hacer una taza de algún tipo de brebaje azucarado con cafeína. Si alguien me lo preguntara, diría que ponía café en su crema, no al revés.

"¿Tío?". Se abrazó a sí misma y apoyó la espalda contra el refrigerador una vez que había

puesto su café a preparar.

Maldita sea. No me incomodaba que deseara mi compañía, pero me sentía molesto. Había traído esta laptop que Nina había estado usando para ponerme a investigar sobre una universidad a la que podría asistir. Me había distraído con todas las compras, y supuse que tendría que esperar otra oportunidad para investigar las opciones cerca de casa.

"¿Sí?". Cerré la laptop y la dejé a un lado.

"¿En qué estás pensando, al estar con alguien como Nina?".

Suspiré, odiando que preguntara esto de nuevo. Ya lo habíamos hablado. En los primeros días en que Nina había vivido aquí, Eva me había enviado mensajes de texto, llamado y enfrentado directamente sobre por qué esta mujer estaba aquí. Le había dicho que estábamos saliendo, sin querer complicar la explicación de que habíamos estado fingiendo ser una pareja. Ahora, era un punto discutible. Nina y yo estábamos juntos.

"Ella no es de nuestro mundo".

"¿Y…?".

Me recosté en el taburete que había reclamado.

"Ella es una civil".

No por mucho tiempo. En el momento en que la dejara embarazada o me casara con ella, sería una esposa de la mafia de principio a fin.

"Ella es…".

Levanté la mano, deduciendo por el gruñido y la expresión de desdén en su rostro que estaba lista para desatar más juicios amargos. Eva quedó huérfana cuando era niña, cuando mi hermana y mi cuñado murieron. Ella era como la hija que nunca tuve, pero estaba bien consciente de lo mimada y arrogante que se había vuelto. Una princesa de la mafia.

"Detente ahí", la advertí. "Cualquiera que sea tu prejuicio hacia Nina, necesitas encontrar la manera de superar tus palabras o, de lo contrario, aprender a olvidarlas. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras cuestionas a la mujer que quiero en mi vida. Y no voy a tolerar escuchar tus quejas porque otra mujer se atreve a estar aquí".

"Ella no encaja".

Me levanté. "Tal vez eso sea algo bueno. ¿Alguna vez lo has visto de esa manera?".

No tuvo respuesta. En su lugar, bajó la mirada y frunció los labios en un puchero.

"¿Te ha dicho o hecho algo para justificar tu defensiva o actitud grosera?".

Después de un largo momento, sacudió la cabeza.

"¿Te ha molestado? ¿Interrumpido tus planes o tu vida de alguna manera?".

De nuevo, se detuvo antes de negar con la cabeza.

"¿Te ha pedido ayuda? ¿Te ha rogado que dejes lo que estás haciendo y…?".

"No". Levantó la barbilla y me frunció el ceño. "No, tío. No lo ha hecho. Ella simplemente está aquí, y…".

"Y se quedará también".

Levantó las cejas. "¿Qué tan serio es esto?". Resopló suavemente, mirando hacia un lado. "Pensé… pensé que era algún tipo de trato. Que la mantendrías alejada de Reaper y los motociclistas como una forma de atacarlos o fastidiarlos".

"No". Se sintió como una mentira. Al principio, ofrecí salir con ella para que los motociclistas se retiraran. Pero no era para frustrarlos. Solo quería que ella no sufriera o quedara atrapada en ese destino.

"Hablas en serio. Realmente te gusta lo suficiente como para querer que se quede".

"Sí. Nina está aquí para quedarse".

Con quién estaba involucrado románticamente no era asunto de ella. Quería hacerlo su asunto porque se preocupaba por mí. Eva era protectora conmigo y con Romeo, pero a veces se pasaba de la raya. Su suposición predeterminada era que todo el mundo intentaba aprovecharse de mí, de los Constella. Era más rápida en pensar que alguien me estaba engañando que en considerar la posibilidad de que yo quisiera casarme. Pero con Nina no había motivo de preocupación. Ella no tenía ningún motivo oculto, aparte de evitar el futuro que su hermano casi esperaba que sufriera.

"Nina no va a irse a ningún lado".

Ella resopló. "Te escuché decir eso anoche".

Exactamente.

"Estará aquí todo el tiempo que quiera estar". Mientras pasaba a su lado para sacar cosas del refrigerador y comenzar a hacer el desayuno, añadí, "Y más te vale acostumbrarte a eso".

26

NINA

Me estiré en la cama, perezosa y cálida. No había dormido tanto y tan bien en mucho tiempo, incluso desde que llegué aquí y viví en la casa de Dante. La cama en la habitación de invitados era cómoda, pero no había nada mejor que dormir en sus brazos.

Después de sacar mi mano y darme cuenta de que estaba sola, suspiré y cerré los ojos nuevamente.

¿Acaso todo fue un sueño? ¿Aluciné después de todo ese champán y fantaseé con que él decía que quería hacerlo real y mantenerme en su vida para siempre?

Para mi sorpresa, no tenía resaca. Anoche había bebido de más, pero a mitad de la noche, al despertarme para ir al baño, me tomé un vaso de agua antes de regresar a Dante, quien me abrazó y me mantuvo cerca.

Sabía que habíamos hablado. Lo escuché expresar su deseo de hacerme su 'verdadera' novia, pero era escéptica. Simplemente sonaba demasiado a un cuento de hadas para creérmelo. Esta desconfianza no podía ser saludable, pero era el resultado de cómo había crecido. Era el efecto secundario de enfrentar el trauma y el miedo de ser perdida por los hombres del MC.

Antes de poder sentarme y preguntarme qué hacer después de haber dormido tanto, la puerta se abrió.

Dante entró, manteniendo el panel de madera abierto al empujar su trasero contra él. Y qué trasero. Vestido solo con un pantalón de chándal gris, era una tentación, eso era seguro. Perdí la batalla y lo miré, deleitándome con su torso esculpido, sus brazos musculosos y su sonrisa desafiante mientras se giraba hacia mí.

"¿Tienes hambre?".

Asentí, pensando en un hambre más carnal. Tenía hambre de él, eso estaba claro, pero también era dulce de su parte traerme desayuno en la cama.

"Muy hambrienta".

Usó su pie para cerrar la puerta, y lo hizo sin que nada en la bandeja que sostenía se tambaleara. Olí el café, pero había superado ese mínimo de cosas para el desayuno. Dos platos estaban cubiertos con cúpulas plateadas. Un tazón de fruta cortada se deslizó un poco en la bandeja, pero nada cayó. Nada se derramó.

Excepto tal vez yo. Me recordó mi estado de desnudez mientras mi excitación comenzaba a desbordarse. Juntando mis muslos, hice mi mejor esfuerzo para no ensuciar las sábanas. Pero este hombre simplemente lo hacía por mí. La mera vista de él sin camiseta, esos pantalones colgando tan bajo que me ofrecían una visual de las líneas de corte bajando hacia su entrepierna.

Solo respirar y estar cerca de él me excitaba.

"¿Hambrienta de qué?", desafió.

Aún no estaba cien por ciento segura de lo que significaba su atención de esta manera. ¿Era solo un juguete sexual para él? ¿Una mujer conveniente para mantener y follar cuando quisiera?

¿Como si eso fuera tan terrible?

Todo lo que podía hacer era dejarme llevar por la corriente y disfrutar de esta emoción todo lo que pudiera.

Una rápida racha de picardía me instó a mostrarle de qué tenía hambre. Quería más que ser solo una carga que proteger; deseaba todo de él. Pero en este momento, viéndolo casi sin ropa mientras yacía desnuda en su cama…

Osada, pero un poco nerviosa, me senté y eché las cobijas de encima. Deslicé un pie por el colchón, levantando mi rodilla y dándole un vistazo a mi vagina.

Su mirada cayó. Miró y miró, sin moverse en absoluto mientras sostenía la bandeja en su lugar. "¿Hambrienta de qué?", preguntó de nuevo.

El material de sus pantalones se empujaba hacia arriba con su pene levantándolos, y abrí un poco más mis piernas. "Hambrienta de ti", respondí, orando para que me viera sexy y segura, no necesitada y desorientada.

"¿Qué estás haciendo, Nina?", preguntó mientras colocaba la bandeja sobre la mesa cerca de la cama.

"Esperaba estar seduciéndote". Una pequeña risa autocrítica salió de mis labios. "Pero soy una novata en todo esto…".

Él gruñó, mirando mi entrepierna con una tensión ardiente. "Pero si tienes hambre", contraatacó, "eso es solo un aperitivo para mí".

Gateando hacia la cama, señaló entre mis piernas.

"Quería decir…".

Su profunda risa, con un tono provocador, podría haber sido burlona si él fuera así, pero no era lo suficientemente sensible como para sentirme molesta.

"Dime lo que quieres", ordenó.

Me encogí de hombros, levantándome sobre mis codos para observarlo acercarse en posición de rodillas. "¿No es obvio?".

"Dímelo". Miró hacia arriba en mi dirección mientras se acercaba. Colocando sus manos en mis rodillas, acarició suavemente las articulaciones con un roce lento que también me empujó a abrir más las piernas.

"Quiero a ti. Quiero a Dante".

"¿Traerte desayuno en la cama?". Se inclinó, acercando su rostro más y más a mi vagina.

"Es un pensamiento dulce".

"Pero en este caso", respondió mientras movía su cabeza a una pulgada sobre mí, "no es ese pensamiento el que cuenta".

"Yo…".

Él estaba plano en la cama, apoyándose sobre su estómago. Deslizándose las manos bajo mi trasero, me levantó y cerró otra escasa pulgada de distancia entre mi entrada húmeda y su boca burlona. "Es este pensamiento el que cuenta". Presionó su boca contra mí, besando con succión. "¿Verdad?".

"Oh, Dios…". Lo observé con una mirada entrecerrada, demasiado aturdida e hipnotizada con él allí para apartar la vista.

"No puedo leer todos tus pensamientos, Nina. Dime lo que quieres".

Nunca había sido tan directa así. No sexualmente. Perdí mi virginidad con él, y mi experiencia giraba en torno a él. Solo a él.

¿Quería que simplemente lo dijera? ¿En voz alta? ¿Por qué no podía leerme tan bien que no tendría que preguntar? No estaba segura de si podía ser tan directa y franca.

"Dime", me provocó, mirándome.

"Quiero…". Mordí mi labio inferior, intimidada.

"Cada vez que haces eso…". gruñó. Presionó su boca contra mi vagina y mordisqueó cerca de mi clítoris, a lo largo de mis pliegues.

"Oh, ¡Dios mío!". Casi salté de la cama.

"Sexy, Nina. Cada vez que juegas con tu labio así y lo muerdes, me hace querer hacer lo mismo". Nuevamente, puso su boca sobre mí y chupó la carne cerca de mi clítoris, luego deslizó su lengua hacia arriba y hacia abajo, aliviando el ardor.

"Más, Dante. Quiero tu boca sobre mí. Justo ahí".

"Dímelo, Nina". Me provocó, lamiendo y picoteando con la punta de su lengua mi clítoris. "Dímelo".

"Chúpame. Lame mi vagina". Un torrente de calor se extendió sobre mis mejillas. No fue humillante, sino liberador. Admitir lo que quería era una nueva aventura de ir a por ello también.

No se demoró. Sus dedos se hundieron en mi trasero mientras me levantaba, y aplastando su cara contra mi vagina, me llevó hasta un orgasmo rápido e intenso. Lamiendo desde mi entrada hasta mi clítoris. Su boca succionaba y besaba, pero cuando chupó mi clítoris, yo ya no podía más.

"¡Dante! Mierda. ¡Dante!". Luego vino un balbuceo, y mientras jadeaba y respiraba con dificultad a través de las olas de placer extremo de mi liberación, no sabía, y no me importaba, qué demonios estaba diciendo ya.

No se quedó allí abajo. Arrastrándose, se movió hacia un lado para quitarse los pantalones. Sin ropa interior. No tuvo que perder más tiempo quitándose los calzoncillos. Desnudo y erecto, me colocó sobre mis manos y rodillas.

"Dime lo que quieres, Nina".

Era una orden, no una sugerencia. Mientras todavía bajaba de la euforia de haber llegado una vez, seguía excitada. Seguía ansiosa por compartir mi cuerpo con él, por entregarme a él.

"Quiero…". Me lamí los labios mientras me levantaba sobre mis rodillas. Fue un movimiento tembloroso, pero sus brazos se enrollaron a mi alrededor y me mantuvieron firme. Disfruté de la fricción de su pecho duro contra mi espalda, pero me negué a relajarme demasiado, saciada y satisfecha.

"Dime", ordenó.

Una risa incrédula pero débil se escapó de mí. "¿Por qué? ¿Me darías cualquier cosa que pidiera?"

Agarró mi barbilla y me giró para mirarlo. El beso que me dio me dejó sin aliento y necesitada. "Sí", respondió. Simple y directo, y quería creerle.

"Quiero esto", dije mientras bajaba mi mano y la deslizaba entre nuestros muslos. Agarrando su pene duro, envolví mis dedos alrededor de su dureza y acaricié la suave erección.

"Tómalo". Gimió mientras apretaba un poco más y lo movía un poco más rápido.

¿Realmente lo dices en serio? ¿Ser mi amante, no solo mi proveedor? ¿Ser mi hombre, mi novio, y no solo el poderoso líder que puede salvarme de esos motociclistas?

"Lo quiero dentro de mí, profundo".

Gruñó, besándome brusca y rápidamente mientras bajaba su cuerpo. La gorda cabeza de su

pene empujó mi sensible entrada, todavía palpitando por la magia de su magistral boca allí. Luego, con un levantamiento y un fuerte abrazo de sus brazos sosteniéndome contra su frente, apuñaló y se deslizó completamente dentro de mí.

Sentado profundamente, se introdujo en mi interior. Gemí ante la sensación de estiramiento, respirando para asimilar la deliciosa plenitud que me ofrecía. Era una sensación gratificante que me incitaba a suplicarle que se moviera y me acariciara de manera tan íntima.

"¿Vas a tomarlo?", preguntó.

"Dámelo, Dante". Me estaba acostumbrando a esta charla sucia. "Dámelo ahora".

Él se rió, aflojando sus brazos de mi cintura y pecho para instarme a bajar. De vuelta sobre mis manos, el ángulo de su pene penetrando en mí se sentía más profundo y diferente. Luego, aún más bajo, mis pechos se balanceaban con su fuerza al golpearme mientras me inclinaba sobre mis antebrazos. Al darme cuenta de que mis pezones podían recibir atención al rozar sobre la sábana, me deslicé aún más abajo.

"Tómalo todo, Nina".

Asentí, aplastando mi cara contra la cama mientras él empujaba mis hombros hasta que mi trasero estuvo en el aire. Estirada con los brazos extendidos, estaba completamente inclinada hacia abajo. No se detuvo ni una sola vez, embistiendo contra mí con tal velocidad y poder que sus testículos golpearon mi trasero y sus muslos se apoyaron contra los míos con cada empujón.

Sus manos permanecieron en mis caderas. Se veían medias lunas por sus uñas clavándose en mi piel allí, pero no me importaba el dolor. Sirvieron como pinchazos de conciencia mientras él arrasaba todos mis sentidos. Con su dura polla golpeando mi coño, absorbida con mis jugos y apretándolo con fuerza, no podía pensar. Lo sentí en todas partes, y cuando volví, me golpeó el trasero y rugió.

"Sí, Nina. Así. Mierda. Ordeña mi maldita polla".

Cerré los ojos, consciente de que mi baba se pegaría al colchón. Así de desordenados estábamos. Me había reducido a un charco de felicidad, superado por el éxtasis y el alivio total de todas mis terminaciones nerviosas explotando con la ola de este orgasmo. Gruñí algo, o tal vez fue otra palabra que salió de mi boca. No lo sabía.

Al momento siguiente, se corrió, apretando mi carne para aguantar. Su polla se sacudió dentro de mí, llenándome con su semen caliente. De un lado a otro, se balanceó un poco más, pero más lento y sin la feroz urgencia que había usado para traernos hasta aquí.

Inclinándose hacia adelante, se desplomó sobre mí. Su pecho se agitó contra mi espalda. Gotas de sudor cayeron sobre mi cabello. Encorvados juntos, respiramos entrecortadamente y tratamos de calmar nuestros corazones de la prisa.

"¿Es eso lo que querías?", preguntó momentos después mientras se deslizaba fuera de mí.

No pude evitar el leve gemido al salir. Aún estaba tan sensible. "Sí, lo era". Me arrodillé para mirarlo con él de pie al lado de la cama.

Como unos tontos ridículos, nos sonreímos el uno al otro. Satisfechos, complacidos, y lo mejor de todo, cómodos juntos.

Solo podía esperar que durara, como él afirmaba que debería.

27

DANTE

Durante las siguientes dos semanas, Nina y yo profundizamos en la conexión real entre nosotros. Sin más pretensiones. Sin excusas de practicar para nada más.

Antes, el acuerdo era que teníamos que actuar frente a los demás. Ahora, nuestro acuerdo era que no queríamos dejar la compañía del otro el tiempo suficiente como para preocuparnos por alguien más.

Ella se mudó a mi habitación, complacida y halagada de que había ido a comprarle las cosas que realmente quería. No el guardarropa y la apariencia que Eva asumía que debería tener para encajar conmigo.

La mantenía a mi lado en la cama cada noche, y cada mañana, pasaba varios minutos observándola dormir y ser perezosa, desnuda y satisfecha, igual que yo.

Franco bromeaba diciendo que habíamos reclamado una luna de miel no oficial, y Romeo sonreía de una manera tan cómplice que sugería que estaba de acuerdo.

Me hacía el ausente, manejando las llamadas con Nina en la habitación conmigo. Mientras seguía con mis reuniones, Franco y Romeo me mantenían informado sobre lo esencial de la organización; tenía esas reuniones solo en la casa y cuando Nina estaba cerca.

Hacíamos ejercicio juntos. Cocinábamos juntos. Dormíamos juntos.

Lo mejor de todo, sin embargo, era cómo ella cobraba vida y realmente prosperaba bajo mi tutela. Nunca olvidaré las ‘lecciones’ en las que le enseñé cómo quería que me hiciera sexo oral. Apostaría que ninguno de los dos olvidaría el momento en que incorporamos algunos juguetes y vibradores para intensificar y duplicar sus orgasmos. También los míos.

Después de décadas conformándome con aventuras pasajeras aquí y allá, una noche que olvidaba tan pronto como terminaba, Nina me dio la oportunidad de revisar el concepto de amor.

“¿Crees que puedes prestar atención?”, bromeó Franco.

Estábamos sentados afuera en nuestra mesa de patio favorita. Con el calor del verano implacable, Nina optó por nadar vueltas en la piscina mientras hablábamos. Verla en mi visión periférica era un hechizo. En ese bikini escueto, los brillos dorados de sus senos reluciendo con el agua, todo ese largo cabello marrón en ondas sexys y despeinadas…

Me aclaré la garganta, molesto de que me hubieran sorprendido mirando. “Sí. Claro. ¿Qué estabas diciendo?”.

Romeo se rió y movió su silla hacia un lado, bloqueando más a Nina de mi línea de visión.

Mejor así. Mi enfoque no vale nada cuando ella está nadando tan cerca.

“Los hombres de los Hermanos del Diablo han hecho una costumbre de entrar más a menudo

en las habitaciones del Hound y el Tea". Franco perdió su sonrisa burlona, frunciendo el ceño al repetir esta noticia. "El personal de seguridad los está rechazando, pero a veces vienen sin su ropa habitual de motociclista y se cuelan disfrazados de otros".

Negué con la cabeza, más que molesto por esto. "Nunca quise que estuvieran ahí en primer lugar".

"No deberían haber entrado en esas habitaciones". Romeo se quedó en blanco, mirando fijamente su vaso de agua cubierto de gotas de condensación sobre la mesa. "Solo se puede entrar con invitación desde el principio".

"Sí, pero cuando los Domino intentaron hacer frente a los motociclistas con esos tratos de drogas, parecía que convirtieron nuestras salas de juego en terrenos comunes, una zona neutral para reunirse o discutir".

Esa fue la única forma en que los hombres del MC lograron entrar. Alguien de la organización Domino probablemente le dijo a Reaper o a sus otros motociclistas que se reunieran en el Hound y el Tea. Ninguno de los miembros de la Mafia habría aceptado reunirse o discutir nada en el club de la pandilla de motociclistas, y ninguno de los motociclistas se habría ofrecido a poner un pie en el territorio de los Domino.

"A menos que Stefan facilitara la llegada de los hombres del MC a las salas de juego", dije. "Él se alió con los Domino, así que tal vez era su papel organizar las reuniones. Y eligió las salas del Hound y el Tea para recibirlas".

Franco asintió. "Eso no me sorprendería".

"Todo encaja", dijo Romeo. Se dio un bostezo y se frotó la parte de atrás del cuello. "Los trajo a la Gala Sarround. Podría haberlos convencido para que se convirtieran en habituales en las salas de juego también".

"Independientemente de cómo o por qué esos cabrones entraron, han sobrepasado su estadía. Es hora de que entiendan que las puertas seguirán cerradas para ellos; para siempre".

"Hasta ahora, no han causado problemas", dijo Franco.

Le lancé una mirada envenenada. "¿Sin problemas?".

Romeo se rió. "¿Olvidas que Ricky Bardot apostó por Nina ahí? ¿Con Reaper?".

Franco hizo una mueca. "Bueno, eso".

Esa era una cuestión muy crítica para mí, personalmente. "Por cierto, ¿alguien lo ha visto recientemente?".

"¿Reaper?". Franco adivinó al mismo tiempo que Romeo preguntó: "¿Ricky?".

Señalé a mi hijo. "Ricky".

Ambos sacudieron la cabeza.

"He preguntado por ahí", respondió Franco. "Desde que Nina vino a vivir aquí contigo, se convirtió en un caso, y he tenido hombres buscando información sobre Ricky".

"Lo mismo", informó Romeo. "Cuando Nina mencionó que había apostado por ella con Reaper…".

"¿Te lo dijo?", pregunté.

Él puso los ojos en blanco. "Cuando la llevé a casa desde lo de Escott. Se le escapó cómo se había topado contigo".

Él lo sabía desde hace tiempo. Que comenzamos fingiendo todo.

Sin embargo, la sonrisa conocedora que me lanzó sugería que no se lo había creído.

"He tenido a gente buscándolo", añadió Romeo. "En caso de que intentara comunicarse con Nina y todavía entregársela a Reaper".

"¿Ella ha tenido noticias de él?", preguntó Franco.

“Una vez”, respondí. “Me mostró el mensaje de texto que le envió, pero aparte de eso, ni llamadas, ni mensajes, ni mensajes de voz”.

Romeo se encogió de hombros. “Me hace preguntarme si tal vez los del MC se lo llevaron. Si podrían intentar usar a Ricky como rehén para que Nina viniera a ellos”.

Entrecerré los ojos y sacudí la cabeza. “Lo dudo. Hemos comenzado a hablar un poco más sobre su pasado. Ella ama a su hermano en nombre de cuidar de él, pero nunca han sido cercanos”.

“Compartieron un apartamento”, dijo Franco.

“Sí, porque él me pedía dinero”, dijo Nina, claramente reacia a dejarnos hablar de ella. Se acercó, apareciendo alrededor de Romeo. Tenía una toalla gruesa atada apretadamente alrededor de su cintura. Con otra toalla más pequeña, se secaba la humedad del cabello. “Lo siento. Escuché mi nombre y me quedé escuchando”.

Deslicé mi silla hacia atrás para que pudiera sentarse en mi regazo. Ella era mi mujer, siempre lo sería, así que no fue difícil incluirla en esta conversación. Era leal hasta el extremo, pero conmigo.

“Si el MC se lleva a Ricky y trata de negociar, para que yo vaya a ver a Reaper a cambio de liberar a Ricky…”. Se lamió los labios antes de levantar un dedo. “Uno, no soy tan estúpida. No lo liberarían”.

Exactamente.

“Dos, es karma. Ricky intentó entregarme a ellos, y solo sería justicia que él fuera a ellos en su lugar”.

Sonaba frío, pero firme. Esa era la mujer fuerte que tenía mi corazón.

“Y tres”, dijo, levantando el tercer dedo, “tendrían que pasar por él para llegar a mí”. Me dio una palmadita en la mejilla, satisfecha.

Agarré su mano y besé su palma. “Bien dicho”.

“Sin embargo, no deberíamos ser tan laxos con los hombres de los Hermanos del Diablo viniendo al Hound y Tea”, dijo Romeo.

Sospechaba que lo decía con ese rastro persistente de culpa del sobreviviente con el que aún batallaba. Como si creyera que, si podía evitar que otros hombres enfrentaran un destino peor, no dudaría en lanzarse a la acción de inmediato.

“Entonces iré a hablar con ellos”, respondí con franqueza.

Nina se levantó de mi regazo. “¿Esta noche?”.

Asentí. “Cuanto antes, mejor”.

Me besó rápidamente. “Entonces, espero volver cuando tú regreses”.

“Hoy es tu día de spa”.

Sonrió ampliamente. “Creo que podría ser divertido. Nunca he tenido un día de ‘spa’ antes. Fue amable de Eva invitarme”.

Romeo puso los ojos en blanco. “Probablemente solo quiere justificarse para ir ella misma”.

Nina se encogió de hombros. “Bueno, aprecio la invitación. Estoy deseándolo”.

Yo también. Si regresaba a casa relajada, sería la motivación perfecta para excitarla de nuevo, en mi pene.

Más tarde, Romeo me acompañó en el camino hacia el Hound y Tea. No había vuelto aquí desde esa noche en que Nina literalmente se chocó conmigo. No tenía razón para hacerlo. De hecho, ahora que habíamos saltado a nuestra relación, rara vez encontraba tiempo para muchas visitas. Romeo parecía beneficiarse al manejar las cosas que solía hacer. No estaba ni cerca de estar listo para entregarle las riendas de la organización, pero mientras lidiaba con la noche en

que esos tres soldados fueron asesinados, estar ocupado y no tener tiempo para reflexionar era un resultado positivo.

Habló con el personal de seguridad al llegar a las puertas traseras. Dos hombres estaban perturbados, enojados de que les hubiera llegado la noticia de que dos motociclistas se habían colado.

“Yo me encargaré”, les dije. Y así lo haría. No esperaba que los matones de menor nivel y los guardias de seguridad en la puerta le dijeran al líder de otra unidad criminal que se alejara y no regresara. Esa era una tarea mejor delegada a mí. Un líder manejando a otro. Hombre a hombre.

Ayudaba que Reaper estuviera allí. Si hubiera sido un par de sus hombres, mi mensaje no habría sido tan directo. Era preferible decirle a ese hijo de puta del MC en la cara que se largara de mis salas de juego y que se mantuviera alejado.

No era fácilmente reconocible vestido con ropa más básica. Sin el chaleco de cuero sucio y polvoriento y todos los parches coloridos cosidos en él, casi se camuflaba. En lugar de unos jeans rasgados y sucios, eligió pantalones para complementar el traje barato que había recogido en algún lugar. La bandana característica no estaba atada a su cabeza, y el efecto de pelo engominado que tenía, aunque escaso, podría haber sido presentable en alguien más.

Sus ojos no mentían. Al cruzar la mirada desde el otro lado de la habitación, se burló con pura malicia. Este idiota siempre estaría en problemas. Echarlo sería un placer para mí.

“Sal de aquí”. Esa fue mi bienvenida. Era la única orden que tenía en mente. En un solo movimiento, transmití todo lo que necesitaba ser dicho.

“Que te jodan”, respondió con arrogancia. “¿Qué tiene que hacer un hombre para conseguir un maldito trago por aquí?” Golpeó su puño contra la parte superior de la barra en la que se apoyaba.

Cuando el camarero me miró, negué con la cabeza. El hombre inteligente se hizo a un lado.

“Sal de mis salas de juego. Sal de mi vida, pedazo de mierda fea”.

Reaper se mantuvo firme, girando el cuello de un lado a otro mientras hacía crujir sus articulaciones. “¿Y si mejor… no?”.

Lo agarré por el frente de su patética camisa. “Piensa bien tu respuesta”. Alzándolo un poco, me aseguré de que sintiera la diferencia: yo tenía más peso y volumen que él, todo en puro músculo.

“No voy a reconsiderar nada. Tengo derecho a estar aquí”.

“No, no lo tienes”. Romeo ajustó sus puños. “Nosotros decidimos quién tiene permiso para estar aquí”.

“Oh, ¿solo porque ustedes piensan que son unos hijos de puta de la mafia pueden decidir que pueden llevarse a mi chica?”.

“No es tu chica”, gruñí entre dientes apretados.

“Yo la gané…”.

Apreté los dedos, aferrándome con más fuerza a su camisa holgada, que le quedaba grande. Al juntar más tela en mi mano, prácticamente lo estaba estrangulando con el agarre alrededor de su cuello.

“Déjala, Constella”. Me gruñó, escupiendo. “La gané de manera justa y legal”.

Sin soltarlo, esperé un momento para responder. Quería que pensara que estaba buscando algo que decir, algo con que argumentar, pero ya conocía mi carta ganadora en este trato.

Inclinándome más cerca, para mantener esto solo entre nosotros, casi cedí a una sonrisa. “¿Estás seguro de que quieres a una mujer embarazada de mi hijo?”.

Mostró los dientes, zafándose de mi agarre. Lo solté y sacudí mis dedos, como para quitarme la contaminación de haberlo tocado.

"¿Qué demonios?", exigió. "¿La embarazaste?".

Ahora dejé que mi sonrisa se mostrara. Le iría bien notar lo triunfante que me sentía sobre ese tema. "Si no la he embarazado aún, lo haré más pronto de lo que piensas".

Nina significaba mucho más para mí que ser la madre potencial de mi hijo. Ya tenía a Romeo. Tenía a alguien con quien compartir mi legado, alguien a quien pasárselo. Si Nina tuviera a mi bebé, estaría feliz. En la luna. Emocionado.

No era un requisito para mantenerla conmigo. Claro, la presencia de un bebé fortalecería su conexión conmigo. Haría que fuera mucho más difícil para cualquiera intentar quitármela.

La quería por ella. Porque era la mujer dulce, fácil y generosa que era.

A la velocidad que íbamos, estaría tan llena de mi semen por tenerlo a diario que simplemente estaba destinada a quedar embarazada tarde o temprano. Y dado que ella era muy consciente de que no estábamos usando protección, estaba bien con asumir ese riesgo.

Chasqueé los dedos, sin desviar mi atención de Reaper mientras se enfurecía. Los soldados de Constella lo rodeaban a él y a su amigo, y con una mínima resistencia, los tenían restringidos para sacarlos.

"No vuelvas. Más te vale que esto sea lo último que vea de ti", advertí.

Me escupió. El asqueroso globo aterrizó en la alfombra, justo al lado de mis zapatos. "No contaría con eso".

Eso sonó como una amenaza, pero no me asustaba fácilmente. Este MC ya debía haberse ido de la zona, y estaba contento de poder contribuir a su exilio, al menos de mis negocios.

Buena despedida, hijo de puta.

Quería que los Hermanos del Diablo fueran cosa del pasado para poder concentrarme en mi futuro con Nina.

28

NINA

Eva y yo llegamos al spa sin ningún problema.

Una hora después, relajándome tras un masaje completo, me hundí contra los cojines de un sofá en el área de descanso del spa y suspiré.

"Me siento como un charco".

Eva asintió, estirándose hacia atrás mientras gemía levemente. "Ha pasado un tiempo desde que me he sentido tan relajada".

"Es… transformador", bromeé. "Nunca me di cuenta de que un masaje podía ser tan bueno". Bueno, pero aún no era tan bueno como tener sexo con Dante. O su tipo de masaje que le gustaba darme. Cualquier momento en que ese hombre sexy tenía sus manos sobre mí era un regalo.

Me miró mientras un miembro del personal del spa nos traía nuestras aguas heladas. "¿Nunca habías tenido uno?".

Negué con la cabeza y luego di un sorbo. Hasta el agua sabía mejor, de alguna forma. La masajista me había dejado como gelatina después de ese masaje de tejido profundo, y ahora estaba sedienta.

"Nunca tuve el dinero".

Eva levantó las cejas. "Ahora lo tienes, acostándote con mi tío".

No me inmuté. Estaba harta de su actitud de chica mala, pero había empezado a pensar que se estaba suavizando conmigo.

Parece que no.

"No soy una cazafortunas, Eva". Bebí más agua. "No soy la villana, no importa cuán desesperada estés por verme así".

Ella no insistió con el ataque. En cambio, asintió. "Solo quiero estar segura".

Me encogí de hombros. Si no la había convencido de que no fuera una perra conmigo hasta ahora, no había nada más que pudiera hacer para salvar la situación. "Si me odias tanto, ¿por qué me invitaste esta noche?".

"No te odio. Y puedo decir que no eres una cazafortunas. Revisé tu habitación de invitados". Sonrió. "Ni siquiera has tocado ninguna de las prendas que pedí para ti".

Me reí ligeramente, demasiado relajada para encontrar la energía para mostrar mi diversión por completo. "No, no lo hice. Tuve que usar esos vestidos cuando Dante me lo dijo. Pero él me pidió cosas más de mi preferencia…".

"Más baratas, quieres decir".

Me encogí de un hombro. "Tenemos gustos diferentes. No es un crimen".

“Supongo”.

“¿Por qué sigues dándome un mal rato si sabes que no soy una materialista que intenta aprovecharse de Dante?”.

“Porque él ha sufrido con mujeres así antes, aventuras de una noche que se imaginaron que él sería su *sugar daddy*”.

Su comentario me recordó aquella vez que Tessa y yo bromeamos sobre eso. *Sugar daddies*. Dante no era uno. Él era… mi novio.

Hablando del diablo. Mi teléfono sonó con otro mensaje, y fruncí el ceño a medida que lo sacaba de mi bolso mientras Eva charlaba.

“Muchas mujeres han visto a mi tío, y a mi primo, como maneras fáciles de hacerse ricas”.

“Él aún no me ha dado dinero”, le dije.

“Pero todos sus romances…”.

Antes de mirar mi teléfono, le lancé una mirada.

“¿Qué, no te gusta que mencione que ha tenido aventuras?”, me provocó.

“Él ha tenido sexo antes. Estoy bien al tanto. Es mucho mayor que yo, pero creo que estás exagerando. Dante estaba casado con su trabajo, con los negocios y tratos de la familia, antes de que yo me mudara”.

Ella resopló. “Tienes razón en eso”.

“¿Que no es el jugador que estás haciendo que parezca?”.

“Eso. Pero también que ha cambiado sus hábitos de adicto al trabajo desde que apareciste”.

No podía seguir con las mentiras. Semanas atrás, después de aquella desastrosa noche en Escott’s, le solté a Romeo que Dante y yo estábamos fingiendo ser una pareja. Nunca se lo conté a Eva. Aunque Dante y yo ya no estábamos fingiendo nada, me sentía mal por no explicárselo a su sobrina.

“Cuando conocí a Dante, acordamos tener una cita falsa. Estábamos pretendiendo estar juntos para que no tuviera que ir a los Hermanos del Diablo”.

Ella frunció el ceño. “¿Por qué lo harías?”.

“Mi hermano apostó usándome y me perdió con Reaper”.

Ella puso los ojos en blanco. “Qué idiota”.

“Un idiota con el que corté lazos cuando me encontré con Dante esa noche”.

“¿No has hablado con tu hermano desde que perdió su apuesta con el líder de los motociclistas?”.

Negué con la cabeza. “No”.

Ella hizo una mueca.

“Siento haberte ocultado eso. Y sé que asumirás que estoy engañando a alguien al explicar por qué me mudé a la casa”.

“Oh, por favor”. Ella me despidió con la mano y rió una vez. “Puede que haya comenzado así, como una relación falsa, pero está bastante claro que mi tío te quiere de verdad”.

Sonreí. Eso parecía. También se sentía así. Sin embargo, una pizca de duda permanecía, y odiaba que siempre fuera así de cautelosa en la vida.

Mi teléfono vibró nuevamente, y me encogí al mirarlo, sacada de esta conversación con Eva.

“¿Quién te ha estado llamando toda la noche?”, preguntó.

“No son llamadas. Solo mensajes de voz antiguos que están en blanco y textos que no cargan. Es un teléfono viejo”.

“Mi tío te comprará uno nuevo”, dijo.

Estaba segura de que lo haría, pero no quería pedirlo. Este funcionaba… o lo hacía hasta que

parecía querer morir hoy.

"Bueno, ¿quién es?".

"Mi amiga. Tessa. Solíamos ser meseras en la parrilla juntas". Mordí mi labio e intenté llamarla de nuevo. La llamada se cortó.

"¿Hay algo mal?".

"Me preocupa que haya algo. La han presionado para que se case con ese idiota. Es abogado, y sus padres la están empujando a casarse porque creen que eso significa que obtendrán dinero. Me pone nerviosa pensar que él la obligue a fugarse o algo por el estilo".

Eva sacudió la cabeza. "Eso es una tontería".

"Y ahora que mencionamos a mi hermano, me doy cuenta de que no podría contactarme si este teléfono está muerto. No recuerdo su número". Mi paz y somnolencia se desvanecieron. La ansiedad volvió a asomarse. "Es un idiota, y digo que el karma debería actuar por haberme perdido en una apuesta. ¡Por apostar con mi vida en primer lugar!"

"Yo diría", dijo Eva.

"Pero es mi hermano. La única familia que me queda. Cuando mi papá estaba muriendo en el hospicio, me hizo prometer que cuidaría de Ricky".

"Espera, ¿es un hermano mayor o menor?".

"Mayor". Me metí el cabello detrás de la oreja. "Pero eso no importa. Sigue siendo familia. Lo intenté, pero…".

Eva me sorprendió, extendiendo la mano para darme una palmadita en la rodilla. "Oye, todo saldrá como se supone que debe".

"Vaya. ¿Le pusieron un sedante a tu agua? ¿Estás intentando ser amable conmigo?".

Ella sonrió. "Sí. No puedo evitarlo. Me alegra que te preocupes por los demás. Lo veo en la forma en que interactúas con mi tío. Escucharte preocuparte por tu amiga, e incluso por tu hermano, que no merece amabilidad por haberte perdido en una apuesta con el MC…". Sonrió, casi tímida por hacerlo. "Me gusta que no seas egoísta".

"Gracias. Eso significa mucho".

Debía haber cumplido su cuota de temas empalagosos y compartir sus sentimientos. Frunciendo el ceño, se concentró. "¿Tu amiga está atrapada en un matrimonio arreglado?".

"No. No formalmente. Solo atrapada entre personas persuasivas que solo quieren usarla, creo".

"Algunas familias solo emparejan con matrimonios arreglados".

"Eso suena como un infierno".

Ella asintió, sacudiendo su cabello perfectamente lacio hacia atrás. "Oh, lo es".

"¿No has estado arreglada con nadie?".

Su risa fue altanera. "No. Mi tío nunca tomaría esa decisión por mí".

"¿Pero sí sucede?". No estaba pensando en Dante o en mí. Ni siquiera en Eva o Romeo. Por alguna razón, estaba mirando hacia adelante. *Si tuviera un hijo con él… ¿se esperaría que mi bebé se casara con alguien elegido para él?*

No estaba segura si me estaba adelantando demasiado. Con cada día que mi periodo se retrasaba, me emocionaba más con la posibilidad de que ya podría estar embarazada. Si no lo estaba, debía ser infértil. Dante y yo teníamos sexo al menos una vez, pero generalmente múltiples veces, a diario. Nunca habíamos usado protección, y sentía que era cuestión de tiempo para que sucediera.

Si mi retraso se prolongaba, pediría una prueba. Cuando trabajaba duro, siempre como mesera, rara vez tenía mis ciclos. El estrés. El trabajo constante. El mal dormir. Nunca me

preocupé porque era virgen. Ahora que no lo era, la ausencia de mi periodo podría significar algo. Algo permanente.

"Nina". Eva aclaró su garganta, rompiendo el silencio de varios minutos al decir mi nombre.

"¿Sí?". Metí mi teléfono en mi bolsillo, rindiéndome por ahora. Tendría que pedirle a Dante uno esta noche. No quería quedarme sin un medio para llamarlo.

"Te das cuenta de que el hecho de que Ricky no te esté contactando podría significar…". Ella hizo una mueca, levantando las cejas como un indicio para que terminara su afirmación.

Suspiré. "Sí. Consideré eso. No quiero pensar en ello. Si el MC estaba enojado porque no me entregó, podrían haberle hecho cualquier cosa". Cosas horribles e incomprensibles como tortura.

O asesinato.

"Quizás Dante pueda investigar eso por ti", ofreció ella.

Casi sonreí. "Él me dijo que podía pedirle cualquier cosa".

Ella soltó una risa. "Sí, está obsesionado contigo. Te daría el mundo si pudiera".

Una calidez me llenó, y en el fondo, me sentí en paz. Realmente se preocupaba por mí. Lo sabía desde el fondo de mi corazón.

"¿Estás preparada para comprometerte con él?", preguntó. "¿Para el largo plazo?".

Considerando la forma en que me pregunto si ya tengo su bebé dentro de mí, sí, estoy en esto por el largo plazo. Asentí.

"¿Qué quieres con él?", preguntó, pero no sonaba insistente.

"Quiero todo", respondí.

"¿Lo amas?".

Mucho. Asentí. Cuando abrí la boca, lista para admitirlo, me sorprendí. Franco corrió hacia nosotras, atravesando el spa. Sangre goteaba por su camisa.

"¿Franco?". ¡Le dispararon!

Otro guardia de Constella corría con él, pero se escuchó un disparo y el hombre cayó hacia adelante.

Eva gritó. El personal del spa también gritó y chilló, dispersándose y corriendo o agachándose para esconderse de los hombres que entraban, de los disparos y del guardia que caía al suelo, quedándose inmóvil.

"¡Ve!", me ordenó Franco.

Se dispararon más tiros, y cuando Eva se movió para levantarse, para correr, estirando la mano para guiarme a un lugar seguro con ella, me estremecí al escuchar una bala hundirse en el cojín del sofá. A centímetros de mi cabeza. Fue el tiro más afortunado que se pudo evitar, pero no estaba segura de que Eva sobreviviera si se levantaba del refugio de esta sala de descanso.

"¡Agáchate!", lo grité mientras empujaba a Eva hacia abajo, salvándola de un impacto directo en la cabeza, dada la ubicación de donde la bala atravesó la silla en la que había estado sentada.

Mientras nos agachábamos por mi acto de empujarla y cubrirla, perdí el equilibrio.

Caí. Fue un impacto tan fuerte que me quitó el aliento. Lo había estado conteniendo, tensa y preparándome para el dolor con este ataque repentino.

Mi cabeza chocó contra el borde de la mesa baja, y la oscuridad rápidamente se deslizó en mi visión, enviándome a la inconsciencia mientras quedaba desmayada.

29

DANTE

Me quedé en el Hound and Tea el tiempo suficiente para ver que Reaper y su amigo arrugado fueron expulsados. El personal de seguridad consistía en profesionales, y no fue nada tan dramático como arrastrar a los motociclistas por los cuellos de sus camisetas feas.

Mantuvieron las manos sobre ellos mientras los acompañaban hacia la puerta, y desde las ventanas del tercer piso, observé a la pareja de miembros del MC meterse en un coche y acelerar.

"Pensé que vendrían en sus motos", dijo Romeo. Estaba a mi lado, observando a la pareja irse.

"Apuesto a que tienen todo tipo de vehículos para disfrazarse". Así como entraron, vistiéndose más como la clientela habitual que juega aquí. Me di la vuelta, satisfecho de que se habían ido. No tenía dudas de que intentarían volver. Los Hermanos del Diablo serían un problema hasta que todos estuvieran seis pies bajo tierra.

"Quiero más hombres en esto. Sigan todos sus vehículos. Rastréenlos".

Romeo asintió, saliendo conmigo.

"Quiero saber cuántos de esos cabrones hay en ese club". *Porque si tengo que ser yo quien los borre del mapa, necesitaré prepararme adecuadamente.*

"Todo. Quiero saber cada maldita cosa sobre ellos. Tú y Franco ya han comenzado a reunir información sobre ellos. Ahora es el momento de intensificarlo".

"En eso estoy".

Romeo se fue en una dirección diferente, probablemente a una de las otras propiedades que prefería cuando no quería quedarse en la mansión. Esa era a donde me dirigía, impaciente por ver a Nina. Ella era la recompensa que podía esperar después de tratar con escoria como Reaper.

En el camino, pensé en cómo me había referido a ella… potencialmente embarazada. Esa era otra forma de menospreciarla. No estaba aquí solo para tener mi hijo. No era importante en mi vida solo porque tenerla entre mis piernas era como volver a casa.

Era una amiga. Un sistema de apoyo. Una mujer comprensiva y equilibrada que sería una buena pareja, incluso fuera de la cama.

¿Es por eso que todavía se muestra tan reservada? En las últimas semanas, habíamos tenido sexo casi sin parar. Era, como había bromeado Franco, un período de luna de miel en el que no podíamos tener suficiente el uno del otro. Aunque conectar de manera física era fácil y placentero, me di cuenta de que aún mantenía un ligero borde de distancia, como si estuviera esperando que cayera el otro zapato.

No lo haría. Pero, ¿cómo lo sabría? Le había dicho que quería mantenerla conmigo para siempre. Deje claro que ya no estábamos pretendiendo nada.

Sin embargo, aún no había expresado cómo me sentía, aunque en el sentido de una relación más emocionalmente cargada.

Amor. No le había dado ninguna indicación de que todo lo que hacía por ella y quería darle era un acto de amor.

"Es hora de corregir ese error", murmuré mientras llegaba a la entrada. No quería que Nina pasara otro momento pensando que solo era alguien con quien follar consistentemente.

Dentro, no vi ninguna señal de ella. Pero la persona que me esperaba en mi dormitorio me molestó.

"¿Qué demonios haces aquí?". Le lancé una mirada a Vanessa, sentada en una silla cerca de los armarios de Nina y mío. Ese mueble sería retirado y destruido, ahora manchado por su presencia en este lugar y por haber tocado el cojín.

No tenía derecho a estar aquí, ni permiso para estar en la propiedad en absoluto, mucho menos dentro del hogar que ahora compartía con Nina.

"Bienvenido a casa, Dante". Sonrió lentamente. Era una expresión ensayada destinada a hacer que los hombres babeen y se arrodillen. Seductora y astuta, así podría resumirlo. Me había dado esta misma sonrisa innumerables veces antes, y siempre resultaba en la misma reacción: ira y molestia.

"Corta con el juego de gata sexy. ¿Qué demonios haces aquí?".

Se levantó, desenrollándose de su posición en la silla. Su cabello caía suelto pero rizado con destreza. El largo abrigo que cubría su cuerpo le impedía enfatizar el movimiento de sus caderas o las curvas de su cuerpo por las que había pasado por el quirófano.

Cuando se lo quitó de los hombros, revelando su desnudez, me di cuenta de lo que estaba pasando.

Se estaba arrojando a mí. Entrando a la fuerza, invadiendo esta habitación que pertenecía a Nina, y ofreciéndose sin ningún tipo de modestia.

"Estoy aquí para mostrarte lo que te falta", ronroneó mientras se acercaba a mí.

"No me falta nada. ¿Cómo entraste aquí?". Me negué a bajar la mirada y notar su cuerpo desnudo. Manteniendo mi mirada fija en la suya, esperé a que ella comprendiera la gravedad de cómo lo estaba arruinando con esta jugada. Estaba furioso, y solo un ligero fruncir de labios sugería que entendía eso.

"¿Quién te dejó entrar?". Todo el personal sabía que no debía permitirle pasar por las puertas.

"Yo misma entré". Se detuvo ante una mesa y recogió una llave. "Papá hizo una copia para mí".

Madre maldita, Stefan. Se pasó de la raya. "Lárgate de aquí". Justo le había dicho eso a Reaper en las salas de juego. Parecía que esta noche se trataba de exorcizar a los idiotas con los que no tenía paciencia.

"Dante, no sabes lo que estás diciendo".

"Sí lo sé". Me metí las manos en los bolsillos del pantalón, demasiado familiarizado con su tendencia a acercarse y tomar mis manos para jalarse hacia mí. Era un truco que hacía todo el tiempo en público. Haría lo que fuera para quitarle su munición o impedirle acercarse demasiado para mi comodidad.

"Por favor, Dante". Ahora lo hizo, extendiendo su mano para envolver sus dedos alrededor de mi codo.

Me giré, alejándome de su alcance. "No. No vas a manipularme ni jugar con mi mente. No

vas a seducirme ni manipularme. Nunca lo has hecho. Te he dicho cada maldita vez que te acercabas que no estaba interesado, y ya es hora de que entiendas que cuando digo que no, significa un maldito no".

"¡Por favor!". Se arrodilló y trató de alcanzar mi cremallera.

Saltando hacia atrás, giré mis caderas para que no pudiera intentar agarrarme así de nuevo.

Ella se levantó rápidamente, lanzándose hacia mí. "Me necesitas", suplicó. Sus brazos se enrollaron alrededor de mí, y rápidamente la empujé hacia atrás.

Nada funcionaba. No hacía nada por mí, y esta desesperación que mostraba parecía demasiado extraña. Demasiado desquiciada.

La mantuve a distancia, sin confiar en que no intentara acercarse y agarrarme otra vez. Aunque odiaba tener cualquier contacto físico con ella, tenía que mantenerla donde pudiera mirarme y escucharme.

Y explicarle. Las banderas rojas estaban ondeando con su comportamiento, y comencé a asumir lo peor.

Si estaba aquí, la única vez que Nina no estaba… *¿Qué más planeaba?* No era una coincidencia que se hubiera dejado entrar cuando Nina no estaba presente.

"Siempre me has querido, Dante. Sabes que sí".

Sacudí la cabeza. "Quiero a Nina".

Ella hizo una mueca, molesta. "Ella se ha ido".

¡Joder! Apreté los dientes y ajusté mi postura con ella. En lugar de agarrarle los brazos, la rabia que ardía dentro de mí me impulsó a deslizar mis dedos alrededor de su cuello. Levantándola, estrangulándola, esperé a que fijara su mirada aterrorizada en mí para ver que no estaba bromeando. Sus piernas pateaban y se retorcían, y arañaba mis dedos sobre su garganta.

"¿Qué hiciste?".

Ella trató de negar con la cabeza. Las lágrimas brillaban en sus ojos, y mientras luchaba por respirar, privada de la capacidad de inhalar, golpeaba mi mano.

"¡Dímelo!". La solté de un empujón.

Ella voló hacia atrás, cayendo al suelo, y jadeó por aire mientras se sentaba allí.

"Dímelo ahora".

Se arrastró hacia su abrigo, tosiendo y recuperando el aliento. "Stefan necesita tu ayuda".

"No va a conseguir nada de mí. Lo he dejado claro".

Tragó saliva con dificultad mientras se ponía el abrigo, evitándome. "Perdió demasiado dinero al aliarse con la Familia Domino. Cuando terminaron, desmoronados o asesinados, perdió todas las inversiones. Ha tenido que renunciar a muchos de sus activos para mantenerse a flote".

Sacudí la cabeza, preguntándome por qué me estaba contando esta historia triste.

"Si te casas conmigo, él puede tener algo de tu dinero".

"No hay ninguna posibilidad de que eso suceda".

"Y si no logro que te cases conmigo…". Se sonó la nariz mientras se ponía de pie. "Él me entregará al MC. Me entregará a los Hermanos del Diablo. Han puesto un precio sobre mí, pero Stefan parece pensar que están subestimando".

Esta mujer se vio obligada a discutir su precio. A reconocer un futuro de ser vendida. Sacudí la cabeza, frustrado y furioso de que Stefan cayera tan bajo. Con su propia hija. Con su antiguo amigo. No necesitaba más razones para echarlo de mi vida, pero él me estaba dando más y más motivación para odiarlo cada día.

Un soldado corrió hacia las puertas abiertas. Se detuvo en seco, alternando su mirada entre yo y Vanessa. "Las puertas informaron…".

Señalé hacia ella. “Sácala de aquí”. Me empujé a su lado, habiendo oído suficiente.

Tenía que encontrar a Nina.

Si Vanessa había cronometrado su irrupción y su acto seductor para esta noche, significaba que había contado con que Nina estuviera ausente y se mantuviera fuera de la casa el tiempo suficiente para intentar algo.

Bajé corriendo las escaleras, listo para conducir al spa que Eva había elegido para una noche de chicas. Con cada paso, el miedo y la ira se mezclaban en un torbellino violento de emociones. Y dejé que me envolviera. Deje que la rabia se filtrara por mis huesos y me diera la determinación para capturar y matar.

Si algo le pasaba a la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida, nadie podría detenerme de quemar el mundo en represalia.

30

NINA

Desperté rápidamente. Era una distorsión vertiginosa y borrosa de todos mis sentidos, y entré en pánico cuando no pude determinar de inmediato dónde estaba, qué estaba sucediendo y quién era el responsable de este ataque.

Mi visión estaba nublada y limitada. Mi lengua se sentía pesada en mi boca seca, y al rodar hacia un lado, mi estómago se revolvía y amenazaba con enviar bilis por mi garganta. Lo peor era cómo me palpitaba la cabeza con un dolor delicado en la parte posterior del cráneo. Al levantar la mano para tocar el gran bulto que se estaba formando bajo mi cabello, me di cuenta de lo temblorosa y descoordinada que estaba al mover mi brazo.

No era un rebote instantáneo. Me sentía lenta y muy confundida. Pero sabía lo suficiente como para saber que estaría bien. Una vez que averiguara dónde demonios estaba, saldría de este lío. Lo sabía. O quería creer en ese tipo de optimismo y confianza.

Tenía que salir de este oscuro almacén al que me habían trasladado. Tenía que hacerlo. Porque tenía que regresar con Dante. Apenas habíamos comenzado nuestras vidas juntos, y era demasiado pronto para perderlo. Para perder lo que podríamos ser.

La determinación de regresar con Dante era toda la motivación que necesitaba para ahogar la náusea y el malestar de la caída.

Sin sentarme, abrí los ojos y miré alrededor de este lugar viejo y sucio. Carteles de cerveza viejos y rotos yacían en un montón en la esquina. Una montaña de botellas de licor vacías estaba en el otro extremo de la pared opuesta a mí. A lo lejos, escuché la música y el murmullo característicos que indicaban que estaba en un bar.

¿Quizás?

A pesar de que apenas me habían noqueado, podía fácilmente juntar lo que había sucedido.

Había escuchado a esos hombres en el segundo piso en la gala, hablando sobre secuestrarme para que Vanessa pudiera tener a Dante. Presencié a Stefan discutir con Dante que tenía que volver con Reaper y ser entregada al MC. Con esas pistas, supuse que este debía ser su edificio, quizás su club, donde se reunían y festejaban. Eso explicaría los ruidos de bar alborotados que venían de cerca.

Él me encontrará. Me aferro a ese hecho mientras escucho hombres caminando y hablando en esta habitación oscura y sucia. No era un almacén, sino más bien como un depósito. Y en la oscuridad, hice todo lo que pude para volver a Dante, para facilitar mi regreso a él.

Él notaría cuando no regresara a casa. Franco también lo alertaría. No había manera de que esto se convirtiera en un caso de personas desaparecidas. Dante era demasiado posesivo conmigo

como para tener que investigar cómo localizarme.

Agarrando mi teléfono en mal estado, intenté ayudar. No podía estar segura de que funcionara. En su mayoría estaba fallando, pero oré para que al presionar y mantener el botón de un lado se abriera la aplicación de la cámara. Y una vez dentro, que un simple deslizamiento de mi pulgar hacia la izquierda eligiera la opción de video. A tientas en la oscuridad, sin querer moverme demasiado para no revelar que estaba despierta y grabándolos, presioné mi dedo donde esperaba que estuviera el botón de grabar en la pantalla.

"No sé, amigo", dijo uno. "Reaper está loco si cree que podemos ir tras los malditos Constella".

Otro hombre se rió, oscuro y siniestro, antes de toser. "¿Qué, como si no se pudiera hacer?".

"No creo que caigan tan fácilmente como lo hizo el grupo Domino".

"Los Domino eran débiles", dijo un tercer hombre, riendo.

"Los cobardes apenas lucharon, incluso con Giovanni supuestamente luchando a su lado", respondió el segundo hombre.

"Sí, y ahora, Stefan está tratando de cambiar de bando y hacernos dos caras", agregó el primer hombre.

"¿Crees que Reaper lo mantendrá en la cuerda floja por mucho tiempo?", preguntó alguien más. "Ahora tenemos a esta perra Nina, y eso será el desencadenante para que Dante venga contra nosotros".

"No, no, no", dijo el segundo hombre. "No la vamos a mantener. La devolveremos una vez que él pague. La devolveremos en pedazos".

Todos rieron y continuaron hablando sobre cómo me usarían como una pieza en su guerra. La Familia Giovanni no era confiable para nadie, ni para Dante, ni para esta pandilla de motociclistas que trataba de convencer de que ahora eran amigos. Tanto de lo que presumían no tenía sentido. Esperaba, de nuevo, que estuviera grabando porque parecía que estos motociclistas estaban hablando libre y honestamente.

Vamos, Dante. Por favor. Busca mi teléfono. Asalta las puertas de su club. No podía estar lejos, pero me preocupaba que mi tiempo se estuviera acabando. Retrasarse estaba bien, pero los hombres en esta sala de almacenamiento se estaban impacientando.

"No eres tan mala a la vista", dijo un motociclista mientras se acercaba, mirándome como si quisiera violarme.

"Incluso si lo fuera…". Otro hombre se acercó y le lanzó un saco de arpillera a su amigo. "No tiene que mirarnos".

"Vete al diablo", respondí, retrocediendo hacia la pared.

Por favor, Dante. Por favor, por favor, apresúrate. Si estos idiotas tienen la idea de violarme, de compartirme…

La bilis subió nuevamente por mi garganta. La amenaza de una violación en grupo era demasiado horrible, demasiado indescriptible, y mi cuerpo se rebeló.

"Quiero verla mientras la follo".

"No antes que yo".

"Tú te quedas con su culo. Yo me quedo con su coño".

"A la mierda con eso. Ella se va a atragantar con mi polla primero".

Se peleaban, acercándose cada vez más para rodearme. Atrapada así, no tenía ninguna oportunidad de escapar. Con tantos en mi contra, no tenía opción de defenderme.

Por favor, por favor, por favor. Quería salvarme, pero no tenía un solo recurso ni arma.

"Te matará", dije, con la esperanza de que la guerra psicológica tuviera algún impacto.

No lo tuvo. Todos se rieron, burlándose más de mi amenaza. Pero Dante lo haría, y tenía suficiente fe para saber que tenía que estar en camino hacia mí. Todos los hombres de Constella se unirían a su líder.

El destino no podía ser tan cruel. No podía haberlo encontrado solo para perderlo tan pronto.

"Vas a ser una buena perra y…".

El motociclista nunca terminó su frase. Mientras me encogía y me echaba hacia atrás al verlo de pie sobre mí, su cabeza estalló. Sangre y materia gris salpicaron, forzadas hacia la pared.

Giré la cabeza y grité, sin querer que nada cayera en mi boca abierta. Disparos llenaron la habitación, y me metí en la bola más pequeña que pude. Llegaron humo y gritos. Los hombres gritaban y vociferaban. Se lanzaban amenazas. La música se detuvo y, sin arriesgarme a abrir los ojos y presenciar la violencia absoluta que se apoderaba del lugar, sabía que mis deseos se habían hecho realidad.

En un oscuro y morboso detalle, mi rescate había sucedido. O sucedería. Reconocí los gritos de los hombres de Constella con los que ya me estaba familiarizando. Los guardias y soldados que juraban lealtad a Dante. Sentí las vibraciones subiendo desde el suelo de madera en el que yacía, deseando que se abriera un agujero y me tragara para no ser golpeada por un cuerpo o una bala.

Los pasos retumbaban en todas direcciones mientras el lugar era asaltado y se llenaba. Los golpes reverberaban en las paredes mientras los cuerpos eran arrojados y empujados. Manchas húmedas salpicaban constantemente, y contuve un sollozo, manteniendo la boca cerrada ya que sabía que eran más glóbulos de sangre y otros fluidos corporales. Gritando con los labios apretados, temblaba y me tensaba, encogiéndome en la forma más pequeña posible contra la pared.

Intentando bloquear todos mis sentidos, caí en un estado de entumecimiento. Me retiré a la oscuridad detrás de mis párpados entrecerrados, deseando tan vanamente que todo terminara pronto.

Nunca había imaginado estar atrapada en medio de una masacre sangrienta como esta, pero sabía que no podía durar para siempre. Lo único que me quedaba por hacer era acurrucarme y esperar lo mejor, mientras deseaba con todas mis fuerzas que Dante estuviera bien.

Los disparos continuaban, pero sobre el bullicio, lo escuché llamarme. "¡Nina! *¡Nina!*" La desesperación en sus gritos me entristeció.

No podía arriesgarme a abrir la boca. No quería tragar una gota de sangre o cerebros o…

Oh, joder. Solo el pensamiento de ello me hizo vomitar. Giré, pivotando mi cabeza hacia el suelo, y vomité.

Antes de que pudiera inhalar de nuevo para prepararme para vomitar más fuerte, la demanda involuntaria de mi cuerpo de arrojar lo que tenía ante los pensamientos nauseabundos y el olor empalagoso a muerte que había aquí, me golpearon.

El ardor penetrante de una bala atravesó mi hombro, y grité ante la agonía que instantáneamente me atravesó. "¡Dante!"

No sabía si podía verme. Me negué a abrir los ojos, manteniéndolos cerrados para evitar que algo cayera en ellos. Más segura en la oscuridad de la falta de visión, sollozaba y esperaba que él me encontrara en este infierno de asesinato y muertes.

"¡Nina!". Vendría hacia mí. Sentí el peso de su cuerpo cuando se arrodilló, haciendo temblar el suelo. Tan pronto como sus manos me tocaron, instándome a dar la vuelta, cedí a la presión de que me protegiera.

"Nina". No podía dejar de repetir mi nombre, casi como si cuanto más lo dijera, más se

grabara que estaba aquí, que me había encontrado.

"Está sangrando". Franco pudo haberlo dicho, pero no podía estar segura. El dolor llenó mi hombro. Irradiaba por mi brazo y recorría mi espalda. La agonía era tan aguda, tan intensa, que toda la energía que tenía era para quedarme apoyada contra Dante mientras él me instaba a desenroscarme de la posición fetal en la que me había acurrucado.

Aunque el dolor y las agudas agujas de inflamación reclamaban todos mis pensamientos, en el fondo de mi corazón, me relajé. Con este hombre, con Dante luchando por mí, estaría bien.

Él me limpió la cara, maldiciendo mientras intentaba despejarme de sangre y otras sustancias viscosas, pero no podía rendirme a la urgencia de verlo, de mirarlo y confiar en mi visión de que estaba aquí y que todo volvería a estar bien. Que se ocuparía de mí.

Se sentía como un sueño, pero a medida que aceptaba su cuidado mientras me levantaba, mantuve la boca cerrada y tragué los llantos que casi dejé escapar. Dolía moverme. Dolía ser reubicada. Vagamente, con el mareo y la sensación de desvanecimiento que venían con la pérdida de sangre, registré que Dante me estaba llevando y sacándome de esta habitación ensangrentada.

"Estás a salvo, Nina", me dijo mientras me sacaba. "Siempre estarás a salvo conmigo".

Lo sé. Sé que lo estaré. Era una razón por la que lo amaba. Era la piedra angular de mi confianza en él. Desde que me encontré con él aquella fatídica noche hace casi un mes, supe que haría todo lo posible para mantenerme a salvo y protegida. No como una novia falsa. No porque fuera una carga o una obligación joven e inocente. Sino porque se preocupaba por mí, de verdad. Lo escuché en su voz y lo sentí en el temblor de su toque.

Puede que haya asentido, pero me sentía separada de mi cuerpo. Negándome a abrir los ojos o hablar, para evitar que esas cosas entraran en mí, no podía dejar que supiera que escuché y estuve de acuerdo.

"Te lo prometo", dijo mientras me llevaba afuera. El aire era más claro. Una leve lluvia caía, y la sensación de ser enjuagada era catártica.

"Te prometo esto, Nina…". Se apresuró, aumentando su ritmo y haciéndome temblar más, lo que me hizo estremecer. Más rápido y más rápido, me sentía más somnolienta, pero me esforzaba por escuchar, por aferrarme a sus palabras.

Dante me levantó más en sus brazos para igualar su paso más rápido. "Nadie se atreverá a tocar a mi esposa de nuevo".

31

DANTE

Eva se movió para estar junto a mí mientras mirábamos por la ventana de la habitación del hospital donde estaba Nina. Extendí mi brazo para abrazar a mi sobrina, y ella apoyó su mejilla en mí. “¿Ya se ha despertado?”.

Negué con la cabeza. “No, pero no están preocupados”.

“Se golpeó la cabeza con tanta fuerza”, dijo Eva. “Estaba muy preocupada cuando la llevaron y vi toda la sangre en la esquina de la mesa”.

Suspirando profundamente, asentí.

“Me empujó, sabes”.

La miré.

“Al oír el disparo, me empujó hacia un lugar seguro. Para protegerme”.

Sonreí levemente. “Nina es nueva en nuestro mundo, en este estilo de vida, pero no necesita entrenamiento ni experiencia para cuidar. Probablemente actuó por instinto”.

“Estoy de acuerdo”, dijo Eva. “Es única en su clase”.

Y perfecta para mí.

“¿No están preocupados porque esté dormida? ¿Por temor a una lesión cerebral?”

“No. Han hecho múltiples escaneos y resonancias magnéticas”.

Tan pronto como encontré a Vanessa en mi habitación, salí corriendo a buscar a Nina en el spa y asegurarme de que estuviera a salvo. Eva ya estaba saliendo apresuradamente de ese lugar, llamándome y alertando a Romeo y a un equipo de soldados que los Hermanos del Diablo habían atacado y se habían llevado a Nina. Eva fue empujada a un lado y golpeada, no tan gravemente como para necesitar atención aquí en el hospital. Franco lideró la persecución hacia el club del MC. Recibió un disparo y le hicieron puntos. En cuestión de minutos, se convirtió en una cruzada para invadir el complejo de los Hermanos del Diablo.

Llegué justo cuando Romeo y Franco estaban a punto de asaltar, y cuando lo hicimos, fue un maldito desastre sangriento.

“También están revisando todos los análisis de sangre”, le dije.

Me llevaría mucho tiempo superar el recuerdo de Nina cubierta de sangre y materia corporal. Al principio, cuando no habló ni reaccionó a mis gritos, temí lo peor. Que estaba muerta. Que estaba herida tan gravemente que no podía moverse ni hablar. Que estaba en estado de shock y encerrada dentro de sí misma en una defensa mental.

Ese no era el caso. Simplemente evitó abrir la boca o los ojos porque estaba cubierta de fluidos corporales desagradables.

La llevé rápidamente aquí al hospital, y no necesitaba decirles que revisaran si había alguna contaminación. La vieron y respondieron rápidamente. Después de limpiarla, la persuadieron para que abriera la boca. Sin embargo, le pusieron una máscara de oxígeno sobre la boca y revisaron su nariz y ojos en busca de cualquier signo de que algo hubiera entrado. No había nada. Aun así, tomaron todas las precauciones, acelerando los análisis para asegurarse de que no hubiera nada en su sistema.

Irrigar la herida de bala en su hombro rápidamente se convirtió en una cirugía de emergencia. El disparo le estaba haciendo perder demasiada sangre. Si bien entendía cómo Eva podría pensar que Nina estaba sufriendo de una lesión cerebral, las exploraciones mostraron que tenía una conmoción leve, pero nada más.

"Pero, ¿no debería estar despierta?", preguntó Eva.

Sonreí ante la preocupación que no podía ocultar en su voz. "No. Necesita descansar. Su cuerpo lo necesita. Todas esas pruebas de sangre explicaron por qué".

Eva frunció el ceño hacia mí. "¿Eh?".

"Está embarazada". Esta fue la primera vez que dije las palabras en voz alta, y sentí la misma ola abrumadora de asombro que sentí cuando los doctores me mostraron los resultados.

"Está…". La boca de Eva se abrió.

"Está embarazada. Así que, con la pérdida de sangre, los doctores no se sorprenden de que esté tan fatigada". Sin mencionar el costo mental que todo este incidente tendría sobre ella. Fue secuestrada. Se golpeó la cabeza. Se enfrentó a hombres que querían violarla. Mi sangre hirvió al pensarlo. Su teléfono había estado grabando todo el camino hasta el hospital, y mientras lo escuchaba, odiaba que hubiera temido que esos motociclistas la violaran en grupo.

Gracias a Dios llegamos a tiempo.

Romeo se acercó, frotándose la frente. Había estado visitando a Franco mientras le hacían puntos, y entre los dos, la limpieza estaba en marcha. Los cuerpos tenían que ser removidos del spa. Había que sobornar a testigos.

El club del MC podía encargarse de los muertos por su cuenta. Ningún hombre de Constella había caído. Algunos estaban heridos, pero nadie había muerto de nuestro lado. Habíamos llegado con tantos que no había forma de que los motociclistas ganaran esa pelea. Muchos huyeron del complejo, de todos modos, escapando y evitando nuestro tiroteo. Reaper, desafortunadamente, no estaba allí. Tampoco estaba Stefan, pero no contaba con que él estuviera allí.

"Ve a casa. Descansa un poco", le dije a mi hijo.

Asintió, luciendo tan cansado, pero se detuvo lo suficiente como para preguntarle a Eva si quería un aventón con él.

"Sí. Tengo la sensación de que los tortolitos querrán un poco de privacidad".

Romeo puso los ojos en blanco. Sin embargo, Eva me miró, con las cejas levantadas. Tomé su expresión como su forma de pedir permiso para contarle a Romeo lo que acabo de compartir con ella, y asentí.

Volví mi atención hacia la ventana, observando a las enfermeras terminar de revisar sus signos vitales.

Casi la pierdo, y la experiencia solo agudizó el hecho de que ella era mi mundo. Se había convertido en mi todo, y si alguna vez tuviera que cargar en la guarida del enemigo y abrirme paso a balazos para rescatarla, lo haría. Una y otra vez.

Los Hermanos del Diablo eran, sin duda, mi enemigo número uno. Tanto los motociclistas como los Giovanni. Al permitir que Vanessa entrara a mi casa y también al ayudar a que Nina

fuera secuestrada, había solidificado su posición como mi enemigo. Ahora y para siempre.

Lucharía una guerra, y tanto los rivales de la Mafia como el club de motociclistas sabrían de primera mano lo estúpido que era unirse en mi contra e intentar interferir con mi futuro.

Sin embargo, ahora mi enfoque estaba en Nina. La ayudaría a recuperarse. También tenía que darle la noticia sobre su familia, y eso era un asunto delicado que cambiaría quién era ella.

Entré a la habitación una vez que la enfermera se fue, y me alegra que Nina se moviera y despertara.

"Lo siento. Sigo quedándome dormida". Cubrió su boca con un largo bostezo, y no pude evitar sonreírle.

"No te disculpes". Me senté y tomé su mano entre las mías. Luego la levanté para besarle los nudillos.

"Parecía que ibas a decir algo antes de quedarme dormida". Me miró mientras bebía agua de su taza.

"Así es".

"¿Dónde se fue Romeo?", preguntó, frunciendo el ceño. "Él estuvo en mi habitación, ¿verdad?".

"Estuvo. Tenemos varios hombres siendo atendidos y recuperándose aquí", le expliqué. "Romeo ha estado entrando y saliendo de todas las habitaciones con los heridos".

Aclaré mi garganta, odiando tener que darle esta noticia, pero no podía postergarlo. Según lo veía, empezar con las malas noticias solo haría que las buenas fueran más dulces después.

"Cuando Franco y yo entramos al club, encontramos a Ricky".

Su expresión se cayó y bajó la mirada por un momento. "¿Muerto?".

Le apreté la mano. "Sí". Esta mujer tenía un gran corazón. Sabía que estaría triste por la muerte de su hermano. A pesar de que él la había puesto en una situación horrible y era tan codicioso y egoísta como para apostar con su vida, ella era un tipo de hermana generosa.

"Temía que eso sucediera. Cuando no fui a ver a Reaper después de la apuesta…".

Le levanté la barbilla y le besé la mejilla. "No podrías haberlo salvado, Nina".

"Lo sé". Pero, de todos modos, lo odiaba.

"Ricky se metió con las personas equivocadas. Fue un error apostar por ti con ellos. Y sus elecciones… las suyas, no las tuyas… lo alcanzaron".

"Estaba pensando que incluso si hubiera ido a Reaper y hubiera cumplido con esa apuesta, los motociclistas podrían haberlo herido o matado, de todos modos". Un estremecimiento recorrió su cuerpo y cerró los ojos mientras tomaba una respiración profunda. "Vi y sentí cuán terribles son esos hombres".

"Eran", corregí. Porque todos los Hermanos del Diablo que habían estado en esa habitación estaban muertos, asesinados por mí y mis hombres.

"Con la ayuda de tu grabación, podremos localizar y acabar con todo el club", le dije.

"Bien. Aunque odié lo que Ricky me hizo, era familia. Me gustaría saber que no se saldrán con la suya". Frunció el ceño de nuevo, mirando la sábana. "Ahora no tengo familia".

"Tienes". Sonreí lentamente, contento de poder seguir la noticia sobre la muerte de su hermano con el descubrimiento de su embarazo.

"¿Contigo?", preguntó.

"Claro que sí". Me reí. "Y con Romeo y Eva. Toda la organización Constella será tu familia".

Ella comenzó a sonreír, pero no llegó a sus ojos.

"Y nuestro hijo".

Ella se quedó quieta, mirándome. “¿Qué?”, preguntó con un susurro.

“Han sido muy exhaustivos con los análisis de sangre desde que estuviste expuesta a un posible peligro biológico. Todo está limpio”, me apresuré a añadir. “Pero en el proceso de hacer todo ese trabajo de sangre, descubrieron que también estás embarazada”.

“Oh, Dante”. Las lágrimas se acumularon en sus párpados, pero con la amplia y brillante sonrisa que no podía ocultar, supe que serían lágrimas de alegría. “¿De verdad?”.

“Es muy, muy temprano”, le dije, repitiendo lo que el doctor dijo. Él lo expresó como si Nina aún no hubiera sabido sobre su condición. Era tan temprano.

“Así que tendrás a nuestro hijo como familia”.

“Y tú como…”. Ella sonrió, limpiándose las lágrimas de felicidad por la noticia de que traeríamos un bebé al mundo.

“Tu esposo”.

Me miró con tanto amor brillando en sus ojos que me ahogué con todas las emociones que surgían dentro de mí.

“Me preguntaba si estaba oyendo cosas cuando me llevaste de allí. No quería abrir los ojos ni la boca”.

“Es comprensible”, le dije, besando sus nudillos nuevamente.

“Pero podría haber jurado que te escuché llamarme tu esposa”. Su sonrisa era radiante y preciosa. A pesar de que habíamos pasado por el infierno para llegar a este momento, quería memorizar la belleza de su felicidad para siempre.

“No, no imaginabas nada. Te llamé mi esposa porque así te veo. Lo digo en serio. Te voy a casar tan pronto como te recuperes”.

Ella levantó la barbilla en una solicitud silenciosa de un beso, y accedí. Bajé mi boca a la suya y la besé hasta que su monitor emitió un pitido, advirtiendo un aumento en su presión arterial por la emoción que le estaba provocando.

Mirándola, le acaricié la cara y suspiré con la satisfacción de que nada nos detendría de estar juntos. Ni siquiera nosotros mismos. “Fuimos idiotas por pensar que esta atracción entre nosotros era falsa”.

“Y el amor que siento por ti”, agregó, “siempre seguirá siendo verdadero”.

La besé de nuevo, arriesgando el pitido de ese monitor. “Te amo, Nina”.

Ella suspiró contra mis labios. “Y yo te amo”.

32

NINA

Un mes y medio después de la noche en que Eva me llevó al spa para una noche de chicas, me recosté y consideré cuánto había cambiado mi vida.

"¿Estás segura de que no quieres entrar?", preguntó Dante.

Sonreí, manteniendo la pajilla entre mis labios. Reclinada en esta tumbona bajo la sombra de una sombrilla, disfrutaba del cálido sol húmedo de un verano tardío. "No".

Él me salpicó agua, haciendo olas en la piscina. Apoyando las manos en la pared, me miró entrecerrando los ojos. "Me estás tentando a mojarte".

Dejé que la pajilla se deslizara fuera de mi boca mientras mordía mi labio inferior. Este hombre. Las maneras en que me hacía feliz. Y excitada.

Estas hormonas del embarazo no eran un asunto de risa. Hacíamos el amor sin parar, parecía. No me quejaba, pero no quería mojarme ahora. No de esa manera, ya que aún estaba bajando del subidón de que me hubiera dado placer esta mañana y de haberme llevado a un par de orgasmos.

"No quiero entrar a la piscina", aclaré. Mi cabello aún estaba húmedo por la ducha que compartimos. "La cita es en una hora".

Él asintió, encogiéndose de hombros mientras se daba la vuelta para zambullirse y comenzar otra serie de vueltas.

No. Estaba perfectamente contenta aquí, bebiendo mi agua helada, mirando a mi sexy prometido cortar el agua. Nunca me cansaba de ver su cuerpo esculpido, y con el brillo del sol en su bronceado y el agua aferrándose a su piel, parecía salido de un sueño.

Desde el momento en que Dante me dijo que estaba embarazada, sentí que tenía un nuevo y significativo propósito en la vida. Sería madre pronto, y no podía creer lo maravilloso que sonaba eso.

"Hey", dije mientras Dante hacía una pausa después de unas cuantas idas y venidas por la piscina.

"¿Sí?".

"¿Cómo crees que reaccionará Romeo al tener un medio hermano?".

Él se rió, pasándose las manos por su brillante cabello negro para quitarse el agua. "No estoy seguro. No está molesto".

Pero, ¿no es un poco raro? Yo era más joven que el hombre que, básicamente, se había convertido en mi hijastro. Dante y yo aún no habíamos fijado una fecha para nuestra boda. Queríamos esperar hasta que naciera el bebé. Pero seríamos marido y mujer, oficialmente. El hermoso anillo en mi dedo era prueba de nuestro compromiso.

Aun así, dudaba que Romeo alguna vez me llamara su madrastra, y me negaba a verlo como mi hijo. La diferencia de edad simplemente no tenía sentido en ese aspecto.

"Quizás ayude a sacarlo de esta culpa que no puede dejar atrás", dijo Dante mientras salía de la piscina.

Estuve momentáneamente hipnotizada con el despliegue de su cuerpo robusto. Riachuelos de agua corrían sobre su cuerpo, tentándome a probarlos y seguir el líquido mientras se deslizaba hacia abajo. Sin embargo, me resistí, succionando mi pajilla y recordándome que no tenía que lanzarme sobre él cada vez que se presentara la oportunidad.

"Espero que sí", respondí mientras él se secaba y caminaba hacia donde estaba sentada.

Después de inclinarse para besarme, se enderezó y sonrió. "Voy a ducharme. Luego podemos ir a la cita".

"Yo estaré aquí esperando". Este glorioso sol era demasiado hermoso para dejarlo pasar.

Y ese era el tema de mi vida ahora. Sol y felicidad. Tenía a mi hombre. No tenía que preocuparme por el dinero. Los Hermanos del Diablo ahora eran reconocidos como enemigos de los Constellas, y nunca volverían a acercarse.

Dante había trazado la línea entre su familia criminal y la de ellos. Los Giovannis y los hombres del MC no se acercarían a mí, y tenía fe en que Dante y sus soldados no fallarían en ese aspecto.

Después del infierno de esa noche, la terapia me había llevado lejos en el camino de la recuperación y el seguir adelante. Tanto físicamente con mi hombro como mentalmente del trauma.

Estaba en el séptimo cielo, a pesar de que los Constellas estaban listos para declarar la guerra a los motociclistas y a Stefan.

Estar embarazada simplemente me ponía en esa disposición, emocionada por el futuro, no nerviosa por él.

Tenía a Dante por quien vivir. Recibir su amor era una razón enorme para la sonrisa en mis labios. Si eso no era suficiente para hacerme feliz y optimista, la promesa del bebé que llevaba en mi vientre sí lo era. Y más que eso, tenía los cursos en línea para mi título que me mantenían ocupada. Dante no solo quería que estuviera satisfecha sexualmente. Me dijo que tenía la intención de darme el mundo. Como Eva insinuó en esa noche en el spa, Dante quería darme todo lo que pudiera desear, y eso incluía la oportunidad de ir a la universidad y hacer algo altruista y bueno, como enfocarme en la alfabetización infantil.

Basta con decir que las cosas iban bien, y esa facilidad de una vida relajada continuaría. Sabía que los Constellas volverían a pelear contra los Giovannis y los Hermanos del Diablo. Dante había declarado la guerra, y él sería victorioso en ello. Eso no era mi admiración ciega hablando. Dante era simplemente un jefe de la mafia formidable.

No estaría incluida en los detalles. No quería estarlo, y sospechaba que este embarazo y el inicio de mis cursos universitarios eran una bendición disfrazada. Estaría ocupada, demasiado ocupada, para conocer los pormenores de esta guerra que Dante había convocado.

La ignorancia era una bendición, pero estaba aprendiendo que el conocimiento era poder en este estilo de vida de la mafia. No tenía la intención de asistir a todas las reuniones ni conocer todos los detalles, pero a medida que me acostumbraba a este mundo, sabía que podía confiar en Dante para que me dijera lo que necesitaba saber para mantenerme a salvo.

La vida era buena, y esa era la historia con la que me quedaría.

"Qué lástima que Romeo no pueda decir lo mismo", murmuré mientras observaba cómo el agua de la piscina se quedaba quieta de nuevo.

Dante no estaba demasiado preocupado por el estado de ánimo de su hijo. La culpa del sobreviviente que Romeo seguía experimentando después de que tres hombres fueron asesinados hace meses no era un asunto sencillo. Incluso yo podía notar la tristeza del chico.

Estaba distante y siempre tratando de trabajar horas extras, probablemente para evitar tener tiempo libre para pensar y reflexionar.

Lo cual no puede ser saludable.

Pero conocía mis limitaciones. No era su madrastra. No intentaría serlo. Todo lo que podía ofrecer era mi amistad.

Mi felicidad con Dante no podía atenuarse, y me daba un atisbo de optimismo. Antes de conocer a Dante, estaba atrapada en una rutina y pensaba que no había forma de cambiar mi futuro. Ahora, con él, tenía un nuevo comienzo, un nuevo enfoque en la vida.

Quizás si Romeo conociera a una mujer y tuviera la oportunidad de un nuevo comienzo…

"No. Olvídalo". La última vez que intenté hacer de celestina fue en octavo grado, cuando traté de emparejar a Tessa con el chico guapo de nuestra clase. Fracasó y fue un desastre, sobre todo porque él nos explicó que era gay y no estaba interesado en chicas de esa manera.

Hablando de eso…

Saqué mi teléfono del bolsillo y abrí el hilo de mensajes de texto que tenía con Tessa. O más bien, el hilo de mensajes que esperaba tener con mi mejor amiga. Todos mis mensajes no tenían respuesta, y me preocupaba que al reemplazar finalmente mi teléfono hubiera cortado mis lazos con ella. Aún tenía el mismo número. Tenía que estar leyendo los mensajes, pero no me respondía.

Me mordí el labio inferior, preocupada de que algo pudiera haberle pasado.

Si ese maldito abogado se salía con la suya con ella y la hacía huir…

Sacudí la cabeza, negándome a pensar lo peor. Ella me lo habría dicho. ¿Verdad? Mi vida había cambiado tanto, tan rápido, pero nunca olvidaría mi pasado en lo que a ella se refería. Tessa era mi mejor amiga, y no nos distanciaríamos tanto como para perder el contacto por completo.

Nunca la dejaría en el pasado.

"¿Listo?", preguntó Dante al regresar.

Me levanté, apartando mis preocupaciones mientras iba hacia mi prometido. Tomó mi mano, como siempre lo hacía, y juntos caminamos hacia su auto para la primera 'gran' cita del bebé.

Y como siempre, él fue atento y se centró en mí durante el trayecto. Su amor y devoción eran todo lo que había deseado. Durante tanto tiempo, había soñado con un hombre como él cuidándome de esta manera. No se veía como un hombre serio casado con su trabajo y obligaciones empresariales. Tampoco se asemejaba a un líder que se preparaba para declarar la guerra a los rivales que habían amenazado con separarnos.

"¿Un centavo por tus pensamientos?", preguntó una vez que aparcamos cerca de la oficina del médico.

Llevé nuestras manos unidas a mis labios y presioné un beso en sus nudillos. "Solo agradecida", dije.

"¿Por qué?".

"Por la forma en que ambos nos usamos para alejarnos de otros". Esperé hasta que ambos salimos del auto para continuar. "Te encontré, escapando literalmente de Reaper y los motociclistas en el Hound and Tea. Fue mi motivación para aceptar fingir ser tu novia".

Él soltó una risa. "Y yo propuse lo de salir de manera falsa para alejarme de Vanessa y hacer que dejara de perseguirme".

Asentí, caminando a su lado para entrar al edificio del médico.

“Ambos estábamos huyendo de otros, pero era exactamente lo que necesitábamos para juntarnos”.

Él sonrió hacia mí y me apretó la mano. “Como si estuviera destinado a ser”.

“Sí”. Ahora y para siempre. Puse mi mano sobre mi estómago, aún plano, pero sosteniendo a nuestro hijo.

Destinado a ser, pequeño.

Me gustaba cómo sonaba eso. Y prometí asegurarme de que nuestro bebé siempre fuera amado y cuidado, no abandonado por el trabajo u otros llamados.

Le di mi corazón a Dante, y sabía que él me había dado el suyo. Juntos, estaríamos aquí para este bebé, y simplemente no podía esperar a conocerlo o conocerla.